

BRASIL AUTOFÁGICO

Aceleración y contención
entre Bolsonaro y Lula

**Daniel Feldmann
Fabio Luis Barbosa
dos Santos**



BRASIL

AUTOFÁGICO

Aceleración y contención
entre Bolsonaro y Lula

Daniel Feldmann
Fabio Luis Barbosa
dos Santos

BRASIL AUTOFÁGICO

Aceleración y contención
entre Bolsonaro y Lula

Daniel Feldmann
Fabio Luis Barbosa
dos Santos

·CH·XI·



elefante
EDITORA



*tinta
limón*
-EDICIONES-

Serie Ch'ixi. En los intersticios del trajín cotidiano, libros mínimos que meten una cuña, una falla en el continuo. Lo *ch'ixi* es la fuerza de lo heterogéneo, potencia conceptual y política de lo variopinto y abigarrado. Entran aquí todos los esfuerzos y labores de composición práctica, discontinua y problemática: destellos luminosos, adelantos de investigación, conversaciones en desarrollo.

·CH'IXI·

Feldmann, Daniel

Brasil autofágico : aceleración y contención en América Latina / Daniel Feldmann ; Fabio Luis Barbosa dos Santos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 2022.

192 p. ; 17 x 11 cm.

ISBN 978-987-3687-90-7

1. Política. 2. Política Latinoamericana. 3. Brasil. I. Barbosa dos Santos, Fabio Luis. II. Título.

CDD 320.0981

Edición original: *O médico e o monstro: uma leitura do progressismo latino-americano e seus opositos*, São Paulo, noviembre de 2021, Editora Elefante.

Diseño de cubierta: Diego Maxi Posadas

Maquetación: Florencia Ayelén Medina

Producción de imprenta: Gabriela Mendoza

Corrección: Elina Kohen



© 2022, de la edición, Tinta Limón

© 2022, de los textos, Daniel Feldmann y Fabio Luis Barbosa dos Santos

www.tintalimon.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

“El progresismo quiere curar el cáncer con una aspirina”	11
Presentación	27
Parte I: La contención	33
Parte II: La aceleración	69
Parte III: La espiral (idas y vueltas de la contención)	123
Reflexiones finales. En busca de un futuro	171
Bibliografía	177

“El progresismo quiere curar el cáncer con una aspirina”

Entrevista del sociólogo carioca Igor Peres a Fabio Luis Barbosa dos Santos en la que se explicitan y contextualizan las principales hipótesis de *Brasil autofágico*; una obra que evidencia el intento por construir un marco explicativo general de los procesos políticos de América Latina. Prolífico escritor e infatigable viajero, Fabio ha escrito numerosos libros –no solo sobre Brasil, también sobre México, Cuba, Uruguay, Paraguay, etc.– publicados, en su mayoría, por la editorial *Elefante*. Pero ahora es la coyuntura brasileña la que lo convoca, en un momento que condensa hasta el paroxismo las diferentes tendencias configuradas ante las elecciones de octubre de 2022. Los desafíos políticos del presente se delinearán sobre esta tensión. Daniel Feldmann, economista, y Fabio Luis Barbosa dos Santos, historiador, los autores de *Brasil autofágico*, son profesores de la Universidad Federal de San Pablo (Unifesp).¹

En tu primer libro, *Más allá del PT. La crisis de la izquierda brasileña en perspectiva latinoamericana* (Elefante, 2017), argumentás que para poder pensar al Partido de los Trabajadores (PT) hay que enmar-

¹ Esta entrevista fue realizada en el marco del proyecto “La coyuntura brasileña entre el pasado y el futuro”, impulsado por el Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, en Buenos Aires, junio de 2022.

carlo en una historia de los impasses de las propuestas reformistas en América Latina. ¿Podrías ampliar un poco esta idea?

Hay que enmarcar la formación y el desarrollo del PT en un contexto histórico más amplio y decir que el PT ha encarnado una fuerza y una intención política más amplia. ¿Cuál fue su apuesta? Lo que se conoce como el proyecto democrático popular, que incluye una táctica, un método, un camino político que se conoce como la “teoría de la pinza”: de un lado está la presión de los movimientos populares en la calle y del otro, el Partido ocupando espacios políticos por medio de las elecciones. De esta manera, se produce un movimiento, una presión popular, que conduce a reformas democráticas y, en su límite máximo, al socialismo. ¿De dónde viene esta apuesta? Tenemos que recordar que el PT se conforma a fines de los años 1970, principios de los 1980, en un contexto de derrota del movimiento guerrillero, tanto en Brasil como en otras partes de Sudamérica, y de ascenso del eurocomunismo en Europa. Es una apuesta por una ruta que combina la presión de los movimientos sociales dentro del orden con la disputa político institucional. Quiero remarcar que esa es una apuesta mucho más amplia que el PT: el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), las comunidades eclesíásticas de base, la CUT (principal Central Obrera de Brasil) son parte de este campo popular más amplio que encuentra en el PT su instrumento político por excelencia y encaran esta apuesta. La trayectoria histórica del PT entre los años 1980 y la actualidad

es una especie de prueba viva de los límites de esta estrategia.

En términos teóricos esto ya estaba planteado de manera muy clara por Florestan Fernandes (1920-1995), quizás el sociólogo más importante de Brasil, que analizando e interpretando el golpe militar de 1964, concluye que se trató de una revolución burguesa brasileña. Sin entrar en detalles, porque daría para una clase entera, la idea es que el proyecto de esta burguesía se consolida como una contrarrevolución permanente. De ahí que el espacio para la reforma dentro del orden se estrecha de una manera brutal. No es una cuestión moral: la manera en que se articulan los privilegios internos en relación con el capital externo produce un patrón de lucha de clases que no permite espacio para las reformas. Es una burguesía que se asume como antipopular, antidemocrática y antinacional. Entonces, los gobiernos del PT, sobre todo el primero de Lula, van a recuperar la idea de un desarrollo nacional conformando una especie de nueva encarnación de aquella burguesía, que se conoce con el nombre de los “campeones nacionales” y cuya orientación es neodesarrollista. Es un poco como la idea del “capitalismo en serio” en Argentina. La reencarnación de una apuesta que nace en aquel contexto específico –la expansión capitalista de posguerra– que teóricamente ya tenía una elaboración indicando los límites concretos (sociales, económicos, etc.) de esa apuesta, pero que el PT es la prueba práctica de esos límites.

A nivel interno vos caracterizás los gobiernos de Lula como un modo de regulación de los conflictos sociales, basado en concesiones puntuales y sustentado en un modo de acumulación financierizado. Al mismo tiempo, a partir de este funcionamiento interno del PT, reflexionás sobre su despliegue hacia la región. ¿Cómo se articula esta configuración interna con el proyecto externo, regional?

La idea del modelo lulista de regulación del conflicto social, que es una idea del sociólogo y colega Ruy Braga, es una articulación entre discretas mejoras para los más pobres –como alzas en el salario mínimo y políticas de transferencia de renta condicionada, como fue el programa Bolsa Familia– y la continuidad de los negocios de siempre. Y los negocios de siempre en Brasil, desde las décadas de 1980 y 1990, son el extractivismo y la financierización. Este modelo se desarrolla en el contexto regional del boom de los commodities, lo que permite el *win-win* sobre el que se ancla la paz lulista. Esto empieza a desplomarse en junio de 2013, con la conjunción de una crisis económica, política y social. De ahí es que pienso que la clave más adecuada para comprender el proceso de *impeachment* de Dilma Roussef es el agotamiento de este modo de regulación del conflicto social.

Por otro lado, está el proyecto regional. La idea de un neodesarrollismo está anclada en una integración regional de Sudamérica, pero no como un equipo, sino como la proyección del liderazgo de Brasil. Por eso se explica que Brasil y Argentina (con Kirchner y Cristina Fernández) hayan apoyado

la constitución de UNASUR, en lugar de integrarse al ALBA, propuesta por Venezuela y Cuba. ¿Y cuál es la idea brasileña? La expansión de negocios con empresas conocidas como “las campeonas nacionales”, que son efectivamente explotadoras de recursos primarios, de la carne a los hidrocarburos, como Petrobras, o las constructoras. Hay una expansión de estos negocios en la región. ¿Y cómo se da esa política? En primer lugar, a través del crédito del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES). Y en segundo lugar, a partir de la diplomacia del Palacio Itamaraty, sede del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil. Hay una política muy activa de expansión con la idea de proyectar la influencia económica brasileña. Y esto fue un pilar para la proyección política internacional. O sea que el liderazgo brasileño de la región transforma a Brasil en un *global player*. Desde este punto de vista la política venezolana es vista como una competencia, más allá de las apariencias o la empatía personal entre Chávez y Lula. Por eso Brasil no integró, por ejemplo, Telesur y no apoyó ninguna iniciativa venezolana en ese período.

Tanto en lo interno como en lo externo, al principio fue exitoso, hasta que estalló la crisis de 2013 con sus tres componentes: económico, político y social. El componente social es la rebelión de junio de 2013, que a mi manera de ver expresa el agotamiento del modo lulista de regulación del conflicto social. El componente político son las denuncias de corrupción, retratadas como espectáculo mediático, transformando a los jueces en *popstars*. Al mismo

tiempo, la crisis económica estalla en 2014 y hacia fin de año comienza una recesión que sigue en 2015, 2016. La conjunción entre los tres elementos expresa el agotamiento del modo lulista y es en respuesta a este agotamiento que las clases dominantes brasileñas cambian de estrategia. Con el desplome de este proyecto, también la dimensión de integración regional es echada por tierra. Esto es más evidente en el caso peruano, con los escándalos de corrupción en el marco de la causa Odebrecht, con tantos presidentes involucrados y hasta presos. Esta arquitectura que vinculaba negocios y proyección política se desplomó y arrastró a Odebrecht, pero también a la Unasur.

Sobre junio de 2013 existe una interpretación que ha circulado en muchos espacios académicos y que vos discutís. Esa interpretación sostiene que fue una pelea intra-clase, donde una cierta clase media con un comportamiento resentido se habría incomodado con el ascenso de los que hasta entonces ocupaban los segmentos inferiores de la pirámide social. Vos proponés otra interpretación e, incluso, diferenciás junio de 2013 de sus derivas en 2015 y 2016.

La respuesta requiere un encuadramiento más amplio. Mi interpretación retrospectiva es que en ese momento, más que el agotamiento del PT, es el agotamiento de lo que llamamos la *Nueva República*. Es el período político que se instaura después de la dictadura –entre 1964 y 1985– y que tiene como referente fundamental la Constitución Ciudadana de 1988. En aquel momento se abrió un horizonte de

esperanza y expectativa de inclusión e integración de la población a una ciudadanía salarial: derechos sociales, de un lado; trabajo estable, del otro. Pero en seguida vino el neoliberalismo y una primera frustración. El partido que se identificó con esa agenda, “los tucanos”, como se les dice a los del PSDB, con Fernando Henrique Cardoso como figura más conocida, se desgastaron de tal manera que ya no volvieron a vencer una elección presidencial. Luego vienen los gobiernos del PT con la esperanza de retomar este horizonte ciudadano. Me parece entonces que junio de 2013 es una frustración en relación a esta expectativa de inclusión. El agotamiento del PT en el poder es, a la vez, el agotamiento de la esperanza en la *Nueva República*. Esto nos ayuda a entender la dirección de la política brasileña después de este contexto. Veamos: los tucanos conspiraron para sacar a Dilma y enseguida —cuando ya era tarde—, se arrepienten. Sacando al PT de la silla presidencial, lo que se hunde es la *Nueva República*, que se identifica con los dos partidos. Igual a como ocurre con los partidos Demócratas y Republicanos en los Estados Unidos, son opuestos, pero no contrarios. Esto ayuda a entender por qué para las elecciones de octubre de 2022 Lula construye la fórmula con Geraldo Alckmin, uno de los cuadros históricos más importantes de los tucanos con un pasado de oposición a Lula (aunque Alckmin esté afiliado actualmente a otro partido). Ahora están juntos en una tentativa imposible de resucitar a la *Nueva República* y los partidos que la condujeron. De ahí el mesianismo que caracteriza la candidatura de Lula.

Las interpretaciones que vos mencionaste, que trazaban una supuesta continuidad entre 2013 y las protestas contra Dilma, no se sostienen; las investigaciones de campo que se hicieron evidencian lo contrario. Los perfiles de las personas que protestaban, en uno y en otro caso, eran totalmente diferentes. Existe una narrativa de que hubo un ascenso social, que conformó una nueva clase media y que luego se dio una especie de ingratitud cuando no pudo seguir ascendiendo. Es la misma narrativa a la que apeló García Linera para interpretar la situación de Bolivia en 2019. El progresismo en Sudamérica comparte muchas estrategias narrativas en las que se sobrevalora el rol de Estados Unidos en estas crisis. Es una manera de eximirse de culpas, de ponerla en las clases medias, en Estados Unidos. También es una manera de polarizar para producir movilización. Pero es una movilización que convoca a los sentimientos, o a los instintos, y es enemiga del pensamiento crítico. Y acá hay un punto de contacto evidente —y es una de las razones por las que afirmamos que el lulismo es opuesto, pero no contrario, al bolsonarismo—.

Con respecto al agotamiento de la Nueva República, esta idea podría extenderse hasta alcanzar al horizonte civilizatorio, es decir, a un achatamiento del horizonte de expectativas; lo cual, a su vez, impacta en el modo en que el progresismo latinoamericano se piensa hacia atrás y también hacia adelante. En este mismo libro, *Brasil autofágico*, Daniel Feldmann y vos trabajan con la idea de *buying time* de Wolfgang

Streeck: el capitalismo entra en una fase depresiva en la que no tiene para ofrecer más que recetas de ajuste y opciones electorales neofascistas. Usás esta idea también para caracterizar los límites del progresismo en términos de imaginación política. Puntualmente, trabajás una idea que es la de la *contención aceleracionista*, ¿podrías desplegarla?

Si miramos la ola progresista en un marco más amplio, pensando en la crisis estructural del capital a partir de los años 1970, si comprendemos que la idea de una ciudadanía salarial con estabilidad laboral y derechos sociales se va erosionando en todo el mundo y el neoliberalismo la acelera, podemos comprender el progresismo latinoamericano y al PT como el capítulo brasileño de la tentativa por contener la crisis. El drama es que las políticas y dispositivos de contención de la crisis, también aceleran esta misma crisis. Esto tiene que ver con una forma social y no con las intenciones de sus líderes. Doy tres ejemplos de Brasil para ver si puedo ilustrar la idea.

El primero es cuando Lula gana las elecciones en 2002 y convoca como presidente del Banco Central a un diputado “tucano”, del partido de oposición, que había sido presidente mundial del Banco de Boston. Este renuncia a su banca de diputado y va a presidir el Banco Central por los siguientes ocho años. ¿Por qué? Porque había amenaza de fuga de capitales. Es decir, una concesión en función de garantizar que se respetara la agenda de austeridad que indica la ortodoxia financiera. Esta figura, Henrique Meireles, terminó siendo el Ministro de Economía de Michel Temer y luego candidato presidencial por

el Partido del ex presidente golpista, el *Movimiento Democrático Brasileño* (PMDB). ¿Cuál es el punto? Meireles ingresa al gobierno para contener una amenaza de crisis, pero en un segundo momento la estrategia de contención empoderó a un agente crucial de la aceleración de la crisis.

Un segundo ejemplo, que hay que pensar en términos políticos, es el propio ingreso de Michel Temer al gobierno del PT. ¿Cómo sucedió esto? En 2005 hubo un escándalo muy importante de corrupción conocido como el Mensalão, porque se pagaban mensualidades a distintos diputados para apoyar al gobierno. ¿Cómo reaccionó el PT a la crisis? Ampliando el espacio político de sustentación del gobierno hacia el PMDB, el partido de Temer, un partido de derecha que se presenta como de centro, un partido sin ideología, pero con mucha capilaridad en los territorios, con muchos votos. Con el apoyo del PMDB, el PT consolidaba la estabilidad política. A cambio de eso, Temer termina dos veces vicepresidente. Otra vez: para contener la crisis política, la respuesta, la estrategia, termina fortaleciendo a actores sociales y fuerzas políticas que en otro momento serán claves para la aceleración de la crisis.

Por último, podríamos hacer este mismo razonamiento para pensar el fortalecimiento del poder político de los militares durante el gobierno del PT. En 2004 el PT envía militares a Haití para comandar la intervención internacional de la ONU. A su vuelta, empoderados, se volvieron un actor fundamental y ocuparon cargos claves en el gobierno de Bolsonaro.

Y los ejemplos podrían seguir, podemos pensar en las empresas constructoras o en las iglesias evangélicas, la estructura es siempre la misma. De ahí la idea de que la contención termina provocando o fortaleciendo a los agentes de la aceleración. Bajo esta mirada, el proceso de *impeachment* que abre el Senado, en 2016, contra Dilma Rousseff y su destitución como Jefa de Estado, no se debe comprender como un giro de 180 grados, como un cambio hacia una dirección opuesta, como si fuera el golpe del 73 de Pinochet en Chile. No tiene nada que ver. Para comprenderlo mejor podríamos utilizar la imagen de una metástasis: todos estos intereses, fuerzas, actores corrosivos, pero que parecían contenidos con la política del PT, en un segundo momento avanzan de manera incontenible por el tejido social. En este sentido hablo de una contención que luego acelera. Hay otros ejemplos en América Latina, pero el caso brasileño es bien claro.

Es interesante como argumentás que lo que parece nuevo con Jair Bolsonaro ya venía contenido en el proceso anterior. Pero, entonces, ¿cuál sería la diferencia específica del bolsonarismo respecto de los gobiernos de Lula? ¿Está constituido de una materia propia o todo lo que despliega remite a los gobiernos del PT?

Hagamos una aclaración: es evidente que el PT y el bolsonarismo no son lo mismo. Si la política del PT es la contención, la del bolsonarismo es la aceleración. Pero el problema es que la contención no evita la aceleración a pesar de su intención, que es

importante. No es una crítica moral al PT: estamos hablando de procesos históricos que están más allá de las voluntades o intereses de los agentes individuales. Así como la contención no evita la aceleración y termina provocándola, la aceleración también va a demandar la contención, que es otra idea que desarrollamos en el libro. El PT es la gestión de la crisis, mientras el bolsonarismo gobierna mediante la crisis, o a través de la crisis: ahí hay una diferencia importante. Como ejemplo podemos pensar la actuación de cada fuerza en el contexto de pandemia. ¿Qué haría el PT? Un intento importante de salvar vidas, pero respetando la austeridad fiscal. ¿Cómo combinar eso de manera más inteligente, con tecnologías sociales y económicas? En eso son competentes y por eso exportaron sus políticas a muchas partes de América Latina. Pero son tecnologías de gestión de una situación cuyas causas estructurales no se desafían. La idea del PT en un principio es una idea muy sensata. Mirando un país grande y desigual como Brasil, la idea es que se puede hacer mucho sin enfrentarse a peleas estructurales. En teoría funciona, pero ahí está Florestán Fernandes para explicar por qué es inviable.

En cambio, el bolsonarismo es la aceleración y en la pandemia gobierna disfrutando de la crisis. Pero, ¿cuál es el punto en común del bolsonarismo con otras modalidades de la política del odio en el mundo? Se comenta mucho sobre los votos de la extrema derecha, de la clase media que salió a las calles, contenidos que estaban reprimidos y salieron como monstruos. Pero hay que acordarse que muchos han

votado a Bolsonaro no por fascista, sino por percibir en él a un antisistema. Alguien que sigue diciendo que quiere cerrar el Congreso nacional, que está contra la Rede Globo (que es como el Grupo Clarín en Argentina: el monopolio mismo de las comunicaciones). Históricamente son banderas o ideas de la izquierda. ¿Por qué destaco este aspecto? Para mostrar que lo que otra vez se hundió es la esperanza de la Nueva República. No son sólo los fascistas o la nueva derecha. Eso explica también por qué un porcentaje importante de los votantes de Lula en el pasado luego votaron por Bolsonaro.

La última, pero fundamental pregunta, sería qué hacemos con la sociedad que se presenta ante nuestros ojos estos últimos años en Brasil; una sociedad donde lo que prima es un tejido afectivo negativo, violento, agresivo, con lazos que se sustentan más en el miedo y la ira que en la solidaridad. ¿Cómo pensamos una política desde ahí? Sumo algo más: el bolsonarismo también mostró que tenemos una deuda con nuestro pasado colonial y esclavista que no fue saldada.

Tres comentarios: primero, el bolsonarismo también nos enseña que hay potencial para políticas radicales en el pueblo. En un principio Lula se basó en encuestas que señalaban que el pueblo creía que el Estado debía intervenir en lo social y económico, pero sin rupturas radicales. Esa fue la justificación para la elaboración más sofisticada sobre lo que se conoce como “lulismo”. El punto sobre el que quiero llamar la atención es que el bolsonarismo está

movilizando poblaciones con una agenda radical. El problema no es la radicalidad, lo clave es cómo esta radicalidad conecta con la realidad de la gente. Ahí hay un potencial.

Segundo comentario: las recientes rebeliones en Sudamérica, incluyendo junio de 2013, nos señalan un dilema: tuvimos rebeliones muy radicales en Colombia, en Perú, en Chile, incluso en Paraguay durante la pandemia, que son rebeliones también contra las formas políticas del progresismo. Eso nos ayuda a entender por qué Verónica Mendoza no ha ganado en Perú, por ejemplo. Pero el drama es que cuando las calles se vacían, la mejor idea política que tenemos hoy en el continente es convocar una Asamblea Constituyente y elegir otro presidente. Hay una falta de imaginación política colectiva. No es el problema de un país en particular, o de una persona puntual. Si en el siglo XX teníamos como horizonte la revolución como toma del Estado, la transición del capitalismo al comunismo que sería el socialismo, hoy ese imaginario ya no moviliza a las masas, porque se conoció todo el problema del socialismo estatista, etc. Pero sigue estando abierta la pregunta sobre qué ponemos en su lugar. Si eso no era bueno como sueño, si incluso el estalinismo fue para muchos una pesadilla, ¿qué ponemos en el lugar del sueño? Es un drama mundial. Las rebeliones están, la rabia está, la gente sale, sigue la indignación. Tenemos el ejemplo argentino del “¡Qué se vayan todos!”. Cuando todos se vayan, ¿qué vamos a hacer al día siguiente? Tenemos que pensar, tenemos que inventar.

Tercer comentario: el diagnóstico es que Brasil y el continente tienen cáncer, que es una enfermedad muy grave. Y el progresismo –o el petismo en el caso brasileño– ofrece una aspirina: matiza efectos y puede ser bienvenido, lo cual es mejor a que alguien te golpee –como hace el bolsonarismo, acelerando la enfermedad–. Pero no se resuelven los problemas causados por la enfermedad. No conocemos la vacuna contra el cáncer y ese es el desafío a enfrentar como planeta. Y ahí es clave estar atento a todo lo que se enfrenta a la lógica de la mercancía, que son como laboratorios: las ocupaciones o los movimientos –como en junio de 2013– por la gratuidad del transporte público ponen el usufructo (o el valor de uso) antes que la mercadería (el valor de cambio). También los que enfrentan la lógica de la individualidad y del no pensar. Porque la polarización actual en Brasil entre lulismo y bolsonarismo es funcional a un lado y a otro. La oposición Coca-Cola o Pepsi no tenía como objetivo que la persona consumiera una o la otra. El objetivo es terminar con las alternativas. Se polariza de una manera mesiánica y se proyecta a ciertas figuras como superhéroes, lo que es una manera de infantilizar al pueblo brasileño, pero también de preparar frustraciones a futuro. ¿En qué se tradujo el peso de la frustración con el petismo? En la frustración de la *Nueva República*. La pregunta que dejaría es: si gana Lula, ¿qué va a ser de Brasil de acá a cuatro o cinco años, cuando se descubra que su gobierno no pudo resolver ninguno de los problemas importantes de la población? Pero la espiral sigue. El Brasil de 2023

es muy diferente al de 2003, cuando Lula ganó por primera vez. Podemos tomar la aspirina, pero hay que trabajar intensamente por la vacuna. La vacuna exige superar esa forma social que producen los bolsonarismos.

Presentación

Lo correcto en lo equivocado: así fundamenta el Primer Comando de la Capital (PCC)¹ la ética que orienta a la organización. Al aceptar las actividades delictivas como respuesta legítima a un sistema opresor, el desafío de su modalidad de gobierno de las conductas es discernir lo justo (lo correcto) dentro de un universo ilegal (o “equivocado”). Es en ese justo proceder cotidiano que se asienta la legitimidad de la organización, que no es una empresa ni una pandilla —aunque sus miembros ganen dinero de forma criminal—. Y fue así que las “ideas” del PCC se esparcieron, ordenando presidios y favelas, hasta hegemonizar la escena delictiva del estado de São Paulo en el siglo XXI.

Recordemos el telón de fondo de este ascenso. En los años 1990, mientras relucían las promesas de democracia y ciudadanía anunciadas por la Nueva República², la periferia vivía un “holocausto urbano”, según la definición del reconocido grupo de rap y hip

1 El Primer Comando de la Capital (PCC) es considerado la facción criminal más grande de Brasil. Su modo de operar se asemeja a las hermandades secretas, funcionando como una masonería del crimen —una red de apoyo mutuo, pautada por un conjunto de valores considerados justos—. En muchas partes del país, la organización se estableció como una especie de agencia reguladora del crimen.

2 Se conoce como *Nova República* al período que inicia luego de la última dictadura brasileña (1964-1985).

hop Rationais MC's. Mientras la inflación era domada por el Plan Real y el país aspiraba a una nueva inserción internacional en el núcleo de la globalización, los índices de homicidio se disparaban, y los de encarcelamiento también.

Contrario a cualquier revisión de ruta, el horizonte ciudadano asociado a la Nueva República alcanzó su apogeo en la década siguiente, con la llegada a la presidencia del Partido de los Trabajadores (PT). Fue anunciado un nuevo desarrollismo, mientras el país ambicionaba la condición de *global player*. Fue durante los primeros años del gobierno Lula, sin embargo, que afloró el término “milicia” en Río de Janeiro, mientras que en São Paulo se volvió imposible negar la existencia del PCC después de que en mayo de 2006 causara el primer y único *lockdown* efectivo hasta hoy en la capital.³ Si eso ocurría en las dos principales ciudades brasileñas, ya podemos imaginar lo que sucedía en el resto del país.

Pero ese universo marginal, en el doble sentido de la palabra, transcurría en las sombras. Los focos del oficialismo mostraban al partido de gobierno exportando tecnologías de gestión social, mientras las “campeonas nacionales” del neodesarrollismo (Odebrecht al frente de ellas) hacían negocios en América del Sur y más allá también. El PT ganó cuatro elecciones presidenciales consecutivas, y la

3 Una ola de atentados del PCC contra objetivos relacionados a las fuerzas de seguridad estatales produjeron un inédito vaciamiento de la ciudad y, posteriormente, represalias policiales que se cobraron más de quinientas vidas.

modernidad brasileña fue premiada con el Mundial de Fútbol de 2014 y los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro dos años más tarde —a los que Dilma Rousseff ya no pudo asistir como presidenta—.

El golpe parlamentario, seguido de la prisión de Lula y de la victoria de Jair Bolsonaro, invirtió posiciones: de repente, lo que estaba en las sombras salió a la luz y lo que estaba al margen se volvió al centro. Inmediatamente quedó en evidencia que Bolsonaro era tan solo la punta del iceberg con el que el acorazado de la Nueva República había colisionado. La barca ciudadana hacía agua por todos lados. Afloraron fracturas insondables que no se limitan al *apartheid social* denunciado por Florestan Fernandes, ni a las tendencias centrífugas que amenazan la unidad federal, como escribiera Celso Furtado.

En poco tiempo quedó claro que, en las fisuras de una ciudadanía que nunca se realizó, adquirieron forma y cuerpo comunidades imaginadas (y vividas) que instituyen lealtades antitéticas al ideario de una república democrática liberal: la comunidad del crimen, la comunidad policial, la comunidad evangélica, entre otras. Esos universos —que a veces se complementan y a veces compiten entre sí— convergen en la idolatría del dinero, que sella fidelidades y negocios. Asimismo, el caldo de cultivo común a esas visiones de mundo es la razón de la competencia neoliberal, en que la reproducción social es vivida como una lucha de cada uno para sí y de todos contra todos. Hermanos del crimen, teólogos de la prosperidad y policías militares navegan como peces en las aguas de esta sociabilidad autofágica.

Así navega el bolsonarismo. La misma lógica social que produjo al PCC y favoreció la expansión del cristianismo conservador fermenta la modalidad brasileña de politización odiosa del resentimiento social. Ese fenómeno tuvo correspondencia en el plano mercantil: es necesario recordar que, a la sombra de las ya referidas empresas insignia del neodesarrollismo, también el PCC y el neopentecostalismo se internacionalizaron a paso firme. Si la sociabilidad producida por la Nueva República alimentó el caldo de cultivo en el que prosperan fenómenos políticos, sociales y económicos que la niegan, es necesario repensar los nexos entre lulismo y bolsonarismo, y entre la Nueva República y la emergente “república miliciana”.

Este libro propone una clave de lectura sobre el progresismo y sus opuestos a partir del análisis del caso brasileño. Nuestro objetivo inicial es comprender cómo y por qué, a pesar de las intenciones de los gobernantes, la política progresista fortaleció una lógica económica que profundiza las fracturas sociales, aquellas que sus técnicas de gobierno pretendieron mitigar. El punto de partida del argumento puede ser enunciado en los siguientes términos: las tecnologías de gobierno progresistas llevaron al límite las posibilidades de inclusión, en los marcos de una dinámica social que produce exclusión a escala masiva.

Dicho de otro modo: cuando el expresidente de Ecuador Rafael Correa afirmó que “estamos haciendo mejor las cosas con el mismo modelo”, o su colega Néstor Kirchner se propuso hacer un capitalismo *en serio* en Argentina, observamos una razón

común, que puede ser sintetizada en la siguiente idea: el progresismo persiguió el gobierno correcto de la lógica social equivocada.⁴ Equivocada desde el punto de vista de los objetivos de igualdad social y soberanía que estos mismos gobiernos evocaron: podemos decir que el progresismo es lo correcto posible en un mundo equivocado.

El libro se divide en tres partes. En la primera, examinamos el progresismo latinoamericano y sus contradicciones en los marcos de una dinámica social que lo precede y lo envuelve: la desocialización autofágica que caracteriza al neoliberalismo (Jappe, 2017 [2021]). A partir del análisis del caso brasileño, nos enfocamos en el progresismo como una

4 “El plan es construir en nuestra patria un capitalismo *en serio*, con reglas claras en que el Estado desempeñe su papel inteligentemente para regular, para controlar, para hacerse presente donde haga falta mitigar los males que el mercado no repara, imprimiendo un equilibrio en la sociedad que permita el funcionamiento normal del país” (KIRCHNER, Néstor, “Palabras del presidente Néstor Kirchner en la firma del acta de presentación del programa de asistencia crediticia en operaciones de corto plazo”, 29 de marzo 2003. Disponible en: <https://www.casarsada.gob.ar/informacion/archivo/24456-blank-90565382>). Y en las palabras de Rafael Correa: “Básicamente estamos haciendo mejor las cosas con el mismo modelo de acumulación, en vez de cambiarlo, porque no es nuestro deseo perjudicar a los ricos; nuestra intención es, en cambio, tener una sociedad más justa y ecuánime” (“El desafío de Rafael Correa”, *El Telégrafo*, 15 de enero 2012. Disponible en: <https://www.eltelegrafo.com.ec/noticias/especial/1/el-desafio-de-rafael-correa>).

tentativa de *contención* de los efectos más corrosivos de esta dinámica. En la segunda parte, discutiremos el bolsonarismo como una forma política opuesta aunque no contradictoria en relación con el lulismo: la política de la *aceleración*, impuesta sobre la contención. No obstante, nuestro análisis revela que, así como la contención produce aceleración (a pesar de las intenciones de los gobiernos progresistas), la *aceleración* exige *contención*. A la luz de esta dinámica, en la tercera parte del libro discutiremos acerca de la restitución de los derechos políticos de Lula. Sin embargo, no se trata de un movimiento pendular, sino de una *espiral acumulativa* de la corrosión social, que vuelve a la política de contención cada vez más limitante. El libro concluye con una breve reflexión en torno de las *rebeliones* que esta dinámica social tiende a producir y a los desafíos de convertir el odio contra lo existente en emancipación.

São Paulo, junio de 2022

Parte I: La contención

El movimiento de la historia

En los meses que antecedieron a la eclosión del coronavirus, sucedieron muchas cosas en América del Sur: insurrecciones en Chile, en Ecuador e intensas protestas en Colombia; elecciones en Argentina, en Uruguay y en Bolivia; el espectro del golpe de Estado rondó a Venezuela y tomó cuerpo en Bolivia; un presidente renunció para no ser juzgado en Perú, sumándose a otros tres condenados a prisión, mientras uno de ellos se suicidó; y, en Brasil, Lula fue liberado de la prisión.

Como en otras partes del mundo, la irrupción de la pandemia, a comienzos de 2020, fue interpretada por algunos gobiernos como una carta blanca para el estado de sitio permanente: la necesidad de la represión se transformó en la virtud del confinamiento. En nuestro continente, la imagen icónica de esta afrenta fue la del presidente chileno, Sebastián Piñera, posando para la foto en la Plaza de la Dignidad, finalmente vacía, luego de meses de hostigamiento popular.

Pero no todos permanecieron en sus casas. No solo en Chile. Estallaron rebeliones en Colombia y en Paraguay; en Perú, las calles hicieron caer a un presidente cinco días después de su asunción, en reacción a un nuevo juicio político ilegítimo en la región. A comienzos de 2021, las elecciones en Bolivia, en

Ecuador y en Perú trajeron esperanza, pero también desilusión al campo progresista, mientras la restitución de los derechos políticos de Lula trajo esperanza, pero también ilusión.

Frente a ese remolino, el punto de partida de este libro es indagar si existe algún punto común entre lo que sucede en los diferentes países. ¿Es posible encontrar un hilo conductor o, al menos, un sentido común entre procesos nacionales tan diversos?

Nuestra hipótesis es que vivimos un agravamiento de la crisis social en América Latina, que se expresa políticamente en el agotamiento de las formas de gestión de las tensiones sociales, que incluyen el “progresismo”. La expresión alude a gobernantes identificados con la izquierda, electos en reacción al neoliberalismo en la región: Hugo Chávez, en Venezuela (1998); Luiz Inácio Lula da Silva, en Brasil (2002); Néstor Kirchner, en Argentina (2003); Tabaré Vázquez, en Uruguay (2004); Evo Morales, en Bolivia (2005); Rafael Correa, en Ecuador (2006); y Fernando Lugo, en Paraguay (2008).

Se trata de un doble agotamiento, en la medida en que el progresismo es percibido desde dos perspectivas distintas: visto desde arriba, se inviabiliza como vía de gestión del orden; desde abajo, pierde la legitimidad que alguna vez tuvo como hipótesis civilizatoria alternativa. En ese marco, se están generando nuevas formas de gestión de la olla a presión social que es América Latina, en sintonía con una tendencia mundial, en que las convergencias entre neoliberalismo y autoritarismo se intensifican.

Para ser más precisos: nuestro análisis no afirma que el progresismo está sepultado como alternativa electoral, sino que lo está como expectativa de cambio. Incluso quienes lo eligen rara vez esperan un mundo mejor, pero sí temen algo peor: el miedo venció la esperanza, incluso entre quienes todavía la cultivan. De modo análogo, la lectura que adelantamos no implica que las viejas fuerzas políticas estén inmediatamente condenadas, como lo demuestran los blancos en Uruguay, los colorados en Paraguay, Lasso en Ecuador y el espectro de Fujimori en Perú. Lo que nuestro análisis sugiere es que tales fuerzas, a la derecha y a la izquierda, perdieron su dinamismo y sobreviven *como forma*, en una política que está en búsqueda de *otras formas*. ¿Cuáles son estas? Las que corresponden a un momento avanzado de la corrosión social producida por el capitalismo en la actual fase y que, en su versión latinoamericana, tiene que combinar cristianismo conservador y redes sociales; policía militar y crimen organizado; estado penal y políticas focalizadas; extractivismo y capital financiero. Todo junto y mezclado. Para sobrevivir en el juego, la derecha tradicional también precisará reinventarse.

¿Y cuál es el lugar del progresismo en este mundo? Para responder a esa pregunta, es necesario analizar la historia reciente, lo que supone una segunda hipótesis. En lugar de entender el momento que sucedió a la hegemonía del progresismo, como una reacción —una onda conservadora que se insurgió contra los avances precedentes—, sugerimos que la tentativa progresista de contener la corrosión social en curso en los marcos de la crisis estructural del

capitalismo implicó recurrir a prácticas, dispositivos y políticas que aceleraron ese mismo proceso, según una dinámica que denominamos *contención aceleracionista*. Esa dinámica, a su vez, conduce al refuerzo de rasgos socioeconómicos que remiten a un origen colonial, resultando en una segunda paradoja: un *progresismo regresivo* que, no obstante, no debe confundirse con una vuelta al pasado, pues la integración mediada por el consumo conformó modalidades de *neoliberalismo inclusivo*, que corroboraron y profundizaron la razón neoliberal. Contención aceleracionista, progresismo regresivo y neoliberalismo inclusivo son las claves propuestas para examinar las contradicciones del progresismo y comprender por qué el ciclo no abrió camino hacia un mundo mejor.

Esta perspectiva de análisis enfatiza la fuerza de los condicionantes estructurales de una crisis cuyas raíces anteceden el propio neoliberalismo y cuyo alcance es más amplio que América Latina: una crisis estructural del capital que se pone de manifiesto a partir de los años 1970 y que ha sido analizada desde ángulos diversos (Brenner, 2003; Mészáros, 1999; Kurz, 2014). Ese es el escenario en que avanza una dinámica que llamamos *desocialización autofágica*, o sea, una corrosión del tejido social producida por la convergencia entre la erosión del mundo del trabajo y la degradación de los servicios públicos estatales, que soltó el lastre histórico de la utopía de una ciudadanía salarial. Ese proceso corresponde a una individualización de elecciones y responsabilidades, por medio de una razón que afirma la competencia como principio ordenador de las relaciones sociales:

no existe sociedad, solo individuos, como afirmó Margaret Thatcher.¹ Al vaciarse las mediaciones entre la reproducción del capital y la reproducción de la vida, ambas se mezclan en una simbiosis violenta, sintetizada en la noción de “capital humano”, de acuerdo con la cual los individuos incorporan la lógica del valor en el gobierno de su vida, transformándose en emprendedores de sí mismos. En este mundo, en el que cada uno lucha para sí y todos luchan contra todos por el privilegio de la valorización, la reproducción social se convierte en un engranaje que destila miedo, odio e indiferencia.

1 La razón neoliberal entiende que la competencia es un principio optimizador de las relaciones sociales por establecer las mejores relaciones costo-beneficio. En esta perspectiva, el rol del Estado es asegurar el ambiente ideal de la competencia, que es el libre mercado. En el polo opuesto, la provisión de servicios públicos gratuitos y universales que caracteriza al Estado de Bienestar implica una intervención social contraria a la competencia y, por lo tanto, a la libertad. Por ello, en la óptica neoliberal, la reducción de la intervención social estatal se identifica con la ampliación de la libertad, que se realizaría individualmente, en la forma de elecciones de consumo. Una lógica de responsabilización colectiva que se materializa en derechos universales da lugar a una lógica de responsabilización individual, fruto de elecciones de vida, vida que debe ser administrada por medio de cálculos responsables, como las empresas. En último análisis, la libertad neoliberal es radicalmente antisocial, en el sentido de que corroe la propia existencia de una esfera social. De allí deriva su carácter antidemocrático, según analiza Brown (2019).

Esta dinámica de desocialización autofágica es el telón de fondo de nuestro análisis de los límites y contradicciones de los procesos políticos identificados con el progresismo latinoamericano y del caso brasileño en particular. No se trata de un ejercicio de juzgamiento de la historia, identificando a los culpables y sus errores, sino de comprender los límites de la apuesta progresista a pesar de la intención de sus protagonistas en cuanto a la gravedad del momento histórico que atravesamos. Entendemos que ese enfoque es imprescindible para un balance del ciclo progresista en el subcontinente, así como para la comprensión de lo que vivimos y de lo que vendrá.

Nuestro punto de partida

¿Cómo entender la desventura de los progresismos que continúan en el poder y el reflujo del ciclo? Tal es el punto de partida de nuestra discusión.

Interpretado en sus propios términos, el ciclo pareció exitoso en un primer momento, lo que se comprobó en el hecho de que todos estos gobernantes fueron reelectos, y/o lo fueron sus sucesores, con excepción del caso paraguayo. El crecimiento económico inflado por el alza en el precio de los *commodities* facilitó la creación de políticas focalizadas que mitigaron la pobreza, mientras los negocios prosperaron como de costumbre, lo que resultó en una relativa pacificación social. Cuando la Unión de las Naciones Sudamericanas (UNASUR) fue fundada en 2008, Colombia se sintió coaccionada a participar, bajo el riesgo de verse aislada

en la región. En esos días, Obama consideraba a Lula el político más popular del mundo,² y la revista *The Economist* estampaba en su tapa una imagen del Cristo Redentor carioca que se eleva como un cohete espacial, con la leyenda: “Brasil despega”.³

A fines de 2015, cuando el bolivarianismo sufrió una derrota abrumadora en las elecciones parlamentarias venezolanas y Mauricio Macri fue elegido presidente de Argentina, parecía que el ciclo cedía a una resaca reaccionaria, percepción consumada con el *impeachment* contra Dilma Rousseff en Brasil al año siguiente. Cinco años después, aunque Maduro aguante en el poder, López Obrador gobierne México y el kirchnerismo haya vuelto —en la vicepresidencia— a la Casa Rosada, se percibe un *cambio de época*.⁴ Lo que queda del progresismo, en el poder o fuera de este, está a la defensiva, aislado o ambas cosas. Colombia pasó de anomalía a referencia, de la excepción a la regla, de resquicios del pasado a la anticipación del futuro. Los tiempos

2 “Brazil’s Lula: the Most Popular Politician on Earth”, *Newsweek*, 21 de septiembre 2009. Disponible en: <http://www.newsweek.com/brazils-lula-most-popular-politician-earth-79355>.

3 “Brazil Takes off”, *The Economist*, 14 nov. 2009. Disponible en: <https://www.economist.com/leaders/2009/11/12/brazil-takes-off>.

4 En 2007, en el contexto de ascenso del progresismo, Rafael Correa sugirió que América Latina no vivía una “época de cambios”, sino un “cambio de época”. Ver Gaudichaud, Modonesi & Webber (2020).

de Lula se tornaron los de Bolsonaro. ¿Por qué este cambio?

Entendemos que ese deslizamiento hacia la derecha resulta de la conjunción de factores sociales, políticos y económicos que operan de modo particular en cada país, pero donde es perceptible una gramática común. En lo económico, se constata un agravamiento de la crisis, expresado como recesión y/o inflación, en el contexto de desaceleración del *boom* de los *commodities*. En lo social, la legitimidad del progresismo fue puesta en jaque por los de arriba, pero también por los de abajo. En la esfera política, la perpetuación del progresismo en el poder alimentó un malestar creciente a su derecha, expresado principalmente en el lenguaje de denuncias de corrupción, denotando una oposición movida por disputas de poder antes que por diferencia de agendas. Esa reacción fue favorecida por el contexto internacional hostil, como indicó el reconocimiento de Juan Guaidó como presidente de Venezuela en 2019 por los Estados Unidos y por la mayoría de los países de la Unión Europea, actitud que desafía la legalidad y el sentido común.

Esa gramática de factores económicos, sociales y políticos es una referencia y no una ley (tanto es así que la economía boliviana aún crecía cuando Evo Morales ya había sido depuesto o que, al mes siguiente, en las elecciones uruguayas, la corrupción fue un tema marginal), pero transmite el sentido del movimiento de la historia, que, como dijimos, tiene una expresión particular en cada caso.

El caso brasileño

En el caso brasileño, el punto de inflexión de la paz petista fueron las jornadas de junio de 2013, el mayor ciclo de movilizaciones de masas en la historia del país. Movimiento multifacético, que generó interpretaciones diversas, desde controversias en la izquierda entre cuadros petistas perplejos con la “ingratitude” de los revoltosos –posteriormente convertidos en precursores de los manifestantes pro juicio político– hasta la lectura de un radical “rechazo sobre cómo somos gobernados, cómo gobernamos y cómo ahora ya no queremos saber nada más del tema” en palabras de Paulo Arantes (2014, p. 453).

Sin embargo, desde el punto de vista de las clases dominantes, el sentido de las jornadas fue otro: ellas pusieron de manifiesto que estaba comprometida la capacidad petista de mediar en las tensiones sociales –el llamado “modo lulista de regulación del conflicto social”–.⁵ En los años siguientes, se acumularon escándalos de corrupción manejados de forma discrecional contra el PT y espectacularizados por los medios corporativos, transformando a jueces en celebridades y a los juicios en telenovelas. Esos procesos ocurrieron en un contexto de desaceleración económica, que acabó en recesión a partir de 2015, multiplicando el número de desempleados. La convergencia entre las movilizaciones de junio de

5 BRAGA, Ruy; SANTOS, Fabio Luis Barbosa dos. “The Political Economy of Lulism and Its Aftermath”, *Latin American Perspectives*, v. 47, n. 1, p. 169-86, 2020.

2013, los escándalos de corrupción y la crisis económica provocó un deslizamiento del abordaje de las clases dominantes en relación con la reproducción social, que puede sintetizarse en dos ideas: el paso de un “neoliberalismo inclusivo” a la expoliación social y de la conciliación al enfrentamiento con los de abajo.⁶ Ese deslizamiento se traduce en la deriva de una dinámica de “contención inclusiva” hacia otra de “aceleración excluyente”, según detallaremos más adelante. Ese es el telón de fondo de los posteriores acontecimientos de la política brasileña, entre la destitución de Rousseff en 2016, el arresto de Lula y la elección de Bolsonaro en 2018.

Más allá de la defenestración del PT y de la suerte personal de Lula, ese movimiento en el piso superior de la sociedad es síntoma de un proceso de mayor alcance, que se manifestó en las elecciones presidenciales de 2018. En ese marco, la economía no estuvo en disputa, dado que el vencedor enfrentaría los problemas del neoliberalismo con más neoliberalismo —ya sea en la versión inclusiva aplicada en el pasado por el PT, ya sea en la modalidad fundamentalista propuesta por Bolsonaro—. Más allá de los personajes, lo que la clase dominante discute es la cara del ordenamiento político, jurídico y cultural que sustituirá la Nueva República, definitivamente

6 Evidentemente, así como la conciliación no excluye el enfrentamiento y viceversa, también hubo expoliación bajo los gobiernos del PT. El punto que debe señalarse es el cambio en la determinación fundamental de la forma de manejar las tensiones inherentes a la reproducción social en Brasil.

condenada. La dispersión de candidatos en esa contienda expresó la búsqueda de un camino, situación que también se observó en la elección ganada por Collor de Mello treinta años atrás, en los comienzos de la Nueva República. Nuevamente, la burguesía buscó un camino, pero esta vez para enterrarla. Entre esos dos momentos, todas las disputas fueron polarizadas por el PT y el PSDB.⁷

Cabe destacar que hay un elemento accidental en la elección de Bolsonaro. Dado que los tres candidatos que representaban explícitamente el capital no sumaron el 10 por ciento de los votos (Alckmin, Amoedo y Meirelles),⁸ el orden se perfiló atrás del capitán. Esto se debe a que el movimiento de la historia, en Brasil como en el mundo, va hacia regímenes en los que se acentúa la colusión entre neoliberalismo y autoritarismo. Desde este punto de vista, el país se encuentra a la vanguardia del continente, ya que Bolsonaro y su ministro de Economía, Paulo

7 El Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) fue fundado en los albores de la llamada *Nova República*, en 1988. Originalmente, representó una vía de cambio alternativa al PT. Su principal líder es el expresidente Fernando Henrique Cardoso (1994-2002).

8 El exgobernador de São Paulo, Geraldo Alckmin, fue candidato por el PSDB, partido que enfrenta al PT en las últimas cinco elecciones. El expresidente del Banco Central durante los gobiernos de Lula, Henrique Meirelles, se postuló a través del PMDB (actualmente MDB), partido de Michel Temer. El empresario João Amoedo fue uno de los fundadores del Partido Novo, a través del cual se presentó como candidato.

Guedes, están sintonizados con una tendencia mundial de la derecha, que responde a la crisis (económica, política, ecológica) acelerando el movimiento rumbo a la barbarie, mientras los progresistas (o la socialdemocracia europea, los demócratas americanos, etc.) anhelan frenarla. No obstante, nadie cuestiona la senda.

Hemos dicho que está a la vanguardia porque en Brasil el proceso de esterilización del progresismo como alternativa y la desconstrucción del andamiaje institucional que le dio sustento avanzaron rápidamente. Aunque ensayada en el segundo mandato de Rousseff, esa inflexión se consumó con la reforma laboral y el congelamiento de los gastos públicos sociales por veinte años implementados por Michel Temer (2016-2018), seguidos por la reforma previsional y la reforma administrativa propuestas por Bolsonaro. Se conforma así una agenda antipopular que compromete la letra y el espíritu de la Constitución de 1988, pilar institucional de la Nueva República.

Oxímoron 1: el progresismo como regresión

La cuestión general que exponemos (cómo entender la desventura de los progresismos y el reflujó del ciclo) en el caso brasileño se plantea en los siguientes términos: ¿cómo entender la relación entre el bolsonarismo y las gestiones petistas que lo precedieron? O más precisamente: ¿cuáles son los nexos entre las contradicciones del lulismo y el ascenso del bolsonarismo?

Entendemos que los reveses del progresismo, así como el ascenso de la extrema derecha en el subcontinente, no pueden ser puestos en la cuenta de los enemigos de siempre: el gobierno de los Estados Unidos, las élites entreguistas, los medios manipuladores, las redes sociales con sus falsificaciones, etc. Esa explicación es cómoda e insatisfactoria no porque tales óbices sean imaginarios, sino, precisamente, por el contrario: ellos siempre estuvieron presentes y nunca dejaron de actuar. Acreditar a estos actores la desgracia reciente es una ideología que disfraza mal una postura que se felicita a sí misma: como sostiene Paulo Arantes, gritar “golpe” en el caso brasileño es también una forma de valorizar lo que, en la práctica, fue una rendición sin lucha.

Necesitamos entender por qué sectores sociales que antes apoyaron al progresismo, incluso entre las clases dominantes en los diferentes países, pasaron al lado de los adversarios. Esto requiere comprender de la dinámica que condujo, después del ascenso conjunto, al vaciamiento relativamente simultáneo del prestigio y de la eficacia de la política progresista. En ningún caso, y esto es fundamental, el agotamiento dio lugar a procesos políticos más democráticos y populares, y sí a su opuesto.

La narrativa progresista entiende que está en curso una reacción a las conquistas sociales efectivizadas en sus gobiernos, llevada a cabo por los supracitados enemigos de siempre. Distante de una supuesta reacción a las conquistas sociales avanzadas, nuestro análisis enfoca la dinámica subyacente al progresismo y las contradicciones que le son

inherentes. En otras palabras, explicamos el derrocamiento del progresismo por él mismo: por el mundo que el ciclo produjo y por su movimiento. O, para ser más precisos, por la lógica económica y social que el progresismo fue incapaz de modificar. En vez de encauzar la dinamización de fuerzas sociales rumbo al cambio, el progresismo operó como una barrera de contención de desechos que nunca dejaron de acumularse y, en algún momento, desbordaron. Así, se comprende por qué, en vez de abrir paso hacia un mundo mejor, el ciclo es sucedido por algo peor.

Argumentamos que, a pesar de las intenciones y de los deseos subjetivos de sus líderes, las prácticas de contención de la desocialización neoliberal implementadas no solo no suspenden el colapso y las contradicciones que emanan de ello, sino que además los aceleran. Ese ángulo de análisis permite entender por qué la degradación del tejido social y la convergencia entre neoliberalismo y autoritarismo atraviesan la región y no se limitan a gobiernos como Bolsonaro, Duque o Piñera. Aunque por vías distintas, Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua también caminaron en una dirección antidemocrática, mientras López Obrador duda en desarmar los dispositivos represivos de la guerra contra las drogas que heredó. El movimiento desocializador es universal, y el progresismo lo corrobora *malgré soi*, o sea: a pesar de las intenciones.

A la luz del estrechamiento del horizonte de expectativas que deriva de ese escenario, se comprende por qué en América Latina y en el mundo, en los últimos años, se abrió espacio para políticos,

partidos y movimientos de derecha que no movilizan más la promesa de mitigar y contener el desmoronamiento autofágico de la sociedad y, al contrario, gobiernan en nombre (y a través) de la aceleración de ese proceso. Al dar expresión y dirección al resentimiento social que necesariamente produce la crisis permanente, esa derecha reivindica una autenticidad perversa pero real. El mundo de la guerra de todos contra todos no es color de rosa, y aquellos que admiten su crueldad aparecen como verdaderos, y hasta subversivos, en contraste con las promesas siempre incumplidas de los diferentes tonos del orden. Esa derecha no remedia la frustración ni gestiona la crisis; gobierna por medio de estas.

Vista bajo este prisma, la popularidad de la derecha radical está relacionada al desencanto con la promesa progresista. Aunque la idea de progreso siempre haya cargado una dimensión de mito, la eterna proyección de futuro se reveló, en el siglo XXI, como un señuelo, lo que no sorprende: al final, si la dinámica sacrificial es la última estación de la vía del progreso en el mundo, ¿qué podría ofrecer el ciclo progresista en América Latina, eslabón frágil y dependiente del capitalismo mundial? ¿Qué podría “proyectarse” exactamente cuando evocamos la reanudación de los “proyectos nacionales”? Si, en el pasado, la ideología desarrollista cumplía el papel de sublimar un tipo de construcción nacional que no se realizaba, la ideología neodesarrollista trató de sublimar el hecho de que no hay más construcción nacional posible y de que solo es posible como construcción simulada (Feldmann, 2020).

La hipótesis de una construcción simulada deriva de una paradoja. Al mismo tiempo que el ciclo progresista erigía una perspectiva de futuro, pretendiendo saldar cuentas con fracasos del pasado (proyectos nacionales, desarrollismo, unidad latinoamericana, etc.), engendró lo que podemos denominar una contención provisoria de la desagregación social en el presente, en que el pasado, y no el futuro, fue estructuralmente reforzado. No se trata aquí de negar que, de diferentes formas e intensidades, la perspectiva de la recuperación nacional estuviera en agenda. Sino que, en lo concreto, esa reanudación fue más bien una apariencia, que proveyó una retaguardia ideológica a los gobiernos, mientras la realidad avanzaba en otra dirección. Paradójicamente, la popularidad y la legitimidad del ciclo progresista tuvieron como base su capacidad de conducir, de forma más democrática e inclusiva, la razón neoliberal. Humanizar el neoliberalismo es lo que puede ser descrito como su proeza.

Porque, en el fondo, lo que estaba en curso en el período fue la versión latinoamericana de lo que Wolfgang Streeck llamó “ganar tiempo”.⁹ Veamos

9 La expresión aparece en Streeck, 2013 [2018]. Delante de la crisis estructural, o sea, de los impases del capitalismo mundial de las últimas décadas, se intenta “ganar tiempo” o instituirse un “tiempo comprado” a través de ondas de crédito y de invención de capital ficticio. En el caso de Brasil y de América Latina, este proceso es aún más precario dada la fragilidad de las monedas nacionales y el hecho de que tal posibilidad de “ganar tiempo” depende de momentos efímeros en los que la situación

los lineamientos del proceso. Veinte años después de la crisis de la deuda externa que explotó en los años 1980, en un contexto de liquidez internacional, el dinero volvía en la forma de dólares en función del alza del precio de los *commodities*. La abundancia de recursos se origina como parte de una burbuja global de capital financiero que impulsaba la economía china y se encadenaba con América Latina, pero que no podría recuperar la modernización productiva, ya sin futuro. Ya no se trataba, como pareció posible en el pasado de ciertos países latinoamericanos, de recurrir al financiamiento externo para profundizar la industrialización y actualizar la frontera tecnológica. Al contrario, la bonanza financiera estuvo pausada por la reprimarización de la economía: por eso el contenido atávico y regresivo de un ciclo que se pretendía futurista.

Por lo tanto, es necesario enfatizar que ese retorno a una vocación exportadora de bienes primarios tuvo un sentido diferente del pasado. En otros tiempos, los procesos de acumulación originaria, o aquello que Harvey (2010) llamó acumulación por desposesión,¹⁰ prometían auxiliar la reproducción

económica externa es favorable.

10 Recurrimos a este útil concepto de una forma que tal vez no corresponda al sentido que le dio su autor. Creemos que la acumulación por desposesión debe ser contrapuesta conceptualmente a la acumulación “normal”, por así decir, a la reproducción ampliada del capital. Mientras que, en esta última, el capital se repone a sí mismo, esto es, a partir del movimiento de su propia lógica interna, en la acumulación por desposesión el capital

ampliada de capital, abriendo la perspectiva de la industrialización y de la integración de la población a una sociedad salarial. En una realidad en la que esa reproducción ampliada está bloqueada, imposibilitando un salto recuperador del atraso en América Latina, la acumulación por desposesión se tornó una válvula de escape para los capitales internos y externos en búsqueda de su aplicación lucrativa en un marco de crisis global. La desposesión se convirtió en un fin en sí mismo.

Por este motivo, la constatación –a pesar de las ideologías que exaltan el desarrollo y el progreso nacional– de que la desindustrialización parece haberse agravado en el país más industrializado de América Latina (Brasil), incluso durante la fase de crecimiento acelerado, mientras que, en el país en el que el cambio parecía más radical (Venezuela), se profundizó la dependencia del petróleo. Ante la depredación de la naturaleza y la expulsión de comunidades –inherentes a esa forma de acumulación–, hubo gobiernos que pautaron derechos indígenas y el Buen Vivir con una mano, pero reintrodujeron la desposesión y la destrucción de medios de vida con la otra.

En conjunto, se operó una readecuación de la “vocación” pretérita del subcontinente como exportador primario, único camino vislumbrado frente a la dinámica capitalista de corto plazo que se

buscará externalizarse, tomar para sí recursos y nuevas fuentes de acumulación hasta entonces no integrados a la dinámica de valorización del valor.

impone, colonizando y brutalizando el presente. En ese contexto, cabe interrogarse si, en vez de progreso, lo que efectivamente se vio no fue un retroceso, evidenciado por el aumento de la brecha y de la dependencia con relación a los polos centrales del capitalismo, que acompañó una nueva ronda de explotación de los aspectos arcaicos de las estructuras económicas del subcontinente.

Oxímoron 2: la contención aceleracionista

Ante esta realidad, no tiene sentido hablar de una “construcción reanudada” de la nación (Mercadante, 2010), en oposición a lo que Celso Furtado llamó, en los años 1990, “construcción interrumpida”. Una vez que la modernización latinoamericana dejó a su paso un batallón de “sujetos monetarios sin dinero” (Robert Kurz, 1993), esto es, de personas superfluas para los circuitos del capital, pero que solo pueden reproducir su vida mediante esos mismos circuitos, el aumento del flujo de dinero a su alcance puede parecer, en un primer momento, una novedad transformadora. Por esta razón muchos tomaron una dinámica efímera –basada en una burbuja de capital internacional ficticio– por una aparente suspensión del desmantelamiento social que se empeñaba en retomar la construcción nacional.

No obstante, la integración nacional entendida por Furtado –que implicaba la apropiación planificada del progreso técnico como pilar de las sociedades salariales y de consumo de masas que se espejaban en los países centrales de posguerra– dio

lugar a políticas de contención del colapso social, viabilizadas por la disponibilidad episódica de dinero. Tomado por un círculo virtuoso del ciclo progresista, se escamoteó un círculo vicioso. Sancionado por la lógica del capital global, el alivio, posibilitado en un primer momento por el flujo de dinero y por promesas ficticias de valorización, simuló una integración social vía la diversificación del consumo, basada en transferencias de ingreso y aumento del crédito.

Sin embargo, en un segundo momento, el otro lado de esta misma lógica salió a la superficie: expectativas materiales y espirituales imposibles de ser satisfechas por el carácter centralizador y excluyente de las formas vigentes de reproducción económica. Lejos de avanzar hacia la integración de la sociedad, esas formas sociales refuerzan la desintegración y, como consecuencia, la difusión ampliada de la violencia y del miedo. El callejón sin salida de las sociedades latinoamericanas se dejó ver.

El razonamiento aquí planteado no se limita a delinear la arquitectura del progresismo, constatando que su fundación estaba condenada previamente, ya que dependía de un flujo de dinero que, en algún momento, menguaría. En realidad, lo que potenció el alcance del desmantelamiento fue el significado concreto del ya mencionado “ganar tiempo” o “comprar tiempo” de este lado del mundo. La cuestión fundamental es que los medios con los cuales todavía se puede intentar contener el derrumbe son, al mismo tiempo, aceleradores del derrumbe. Dicho de otra forma, a pesar de eventuales buenas

intenciones de los gobernantes progresistas, la administración del desmantelamiento de la ciudadanía salarial en la actualidad implica prácticas que aceleran la dinámica social disruptiva. En suma, implica una dinámica de *contención aceleracionista*.

Examinemos algunas facetas de la cuestión a partir del ejemplo brasileño. Siendo presidente, Lula envió al general Augusto Heleno a comandar la misión de paz de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en Haití. Esa participación fue concebida con la intención de elevar a Brasil a la primera división de la política internacional: hacer del país un *global player*. Sin embargo, el general y su tropa volvieron pensando en otra dirección: cómo evitar que Brasil sea Haití.

No es un secreto que los militares brasileños vieron en la isla una oportunidad de entrenamiento y experimentación. Una vez de vuelta, muchos se convencieron de que el Ejército debía involucrarse en misiones similares a las de la ONU, pero en el plano doméstico. Por otro lado, crecía la demanda de misiones de “Garantía de la Ley y del Orden” por políticos deseosos de mostrar su mano de hierro en todo el país,¹¹ lo que, a su vez, fortaleció el poder

11 Realizadas exclusivamente por orden de la Presidencia de la República, las misiones de Garantía de la Ley y del Orden están previstas constitucionalmente en casos de grave perturbación del orden, tras agotar las fuerzas tradicionales de seguridad pública. Así, se faculta provisoriamente a los militares para actuar con poder de policía. En la práctica, su uso se banalizó (mundial de fútbol, visita del papa, huelgas policiales en los estados) y se

de negociación de los militares (Harig, 2018).¹² Impedido por su partido para presentarse como candidato a vice de Bolsonaro, Heleno se sirvió de ese repertorio para comandar el Gabinete de Seguridad de la Presidencia de la República, órgano responsable de los servicios de inteligencia. Otro veterano de Haití, el general Fernando Azevedo e Silva, asumió el ministerio de Defensa, cartera creada en 1999 con la intención de reforzar el control civil sobre las Fuerzas Armadas y que, hasta que asumió Temer, nunca había sido ocupada por un militar. En 2013, Azevedo e Silva había sido nombrado por Dilma para comandar la Autoridad Pública Olímpica.

Entre la ambición de ser un *global player* y las Olimpíadas de Río de Janeiro, los nexos entre el ideal de un Brasil potencia y la gestión armada de la vida social van más allá de la valorización civil de los militares. Su telón de fondo es la dilución de las fronteras entre la militarización de la vida y la asistencia social, que se mezclaron como arena y cemento en los años petistas, en la tentativa de mantener en pie una sociedad que se desmorona. Según el agudo análisis de Paulo Arantes, los militares brasileños operan en un mundo en el cual la guerra se vuelve un “trabajo social armado”, donde no se trata de ganar batallas, sino de pacificar poblaciones

extendió en el tiempo, problematizando su carácter provisorio.

12 HARIG, Christopher. “Re-Importing the ‘Robust Turn’ in un Peacekeeping: Internal Public Security Missions of Brazil’s Military *International Peacekeeping*”, *International Peacekeeping*, v. 26, n. 2, p. 137-64, 3 dic. 2018.

(Bacevich, 2010). En ese marco, las intervenciones militares, en Haití o en Río de Janeiro, adquieren la cara de un trabajo social, cuyo éxito depende de la percepción de los habitantes en relación con la legitimidad del Estado, de donde emana la asistencia y, también, la punición. La otra cara de estas “operaciones de contrainsurgencia”, renombradas como “política pública de pacificación” es la conversión de los derechos humanos en técnicas de gobierno y, en última instancia, también en políticas públicas (Arantes, 2014, p. 368).

Así, la gobernabilidad afianzada por la policía y por el Ejército en Río de Janeiro, laboratorio de la militarización de la vida en los años petistas, tuvo como brazo complementario una generación de militantes entrenados durante décadas en la discusión, formulación e implementación de políticas públicas, que actuaban como representantes del Estado, del partido, de organizaciones no gubernamentales (ONG) o de la comunidad. En este proceso formativo, que acompañó la sedimentación de un “modo petista de gobernar” luego de la dictadura, una ciudadanía insurgente en potencia fue modelada de acuerdo con los requisitos de una ciudadanía regulada. Modalidades de participación guiadas por la institucionalidad estatal vaciaron el sesgo popular y clasista del activismo social: la participación popular se transmutó en participación ciudadana, configurando un conjunto de técnicas que desmovilizan movilizándolo. Decir que en los años petistas los brasileños nunca fueron tan participativos (71 consejos

y 74 conferencias solo en el período lulista)¹³ significa reconocer que nunca fueron tan gobernados (Arantes, 2014, p. 431).

Al mismo tiempo, el engranaje de la “pacificación contrainsurgente” apunta a transformar a los habitantes (la “comunidad”) en emprendedores, forjando, en el proceso, un “simulacro de una sociedad civil activa y propositiva”, ambición compartida por el Estado, las empresas, el tercer sector y las comunidades: la construcción nacional simulada corresponde a una sociedad civil que “hace de cuenta”. Según Arantes, ese proceso de “autoempresarialidad” sin fin produce una falsa mercadería, que recibe diferentes nombres: “ciudadanía”, “inclusión”, “participación”, etc. La novedad es que ahora quien mantiene abierta la puerta de entrada para ese “mercado de la ciudadanía” es la policía (Arantes, 2014, p. 374).

En resumen, coerción y servicio social se dieron la mano en el Brasil petista para producir no la paz, sino una pacificación, que en un mundo de expectativas decrecientes, proyecta la lógica del mal menor para la favela: se trata de convencer a la población de que los beneficios de someterse a la autoridad estatal superan los costos. O sea, que la represión policial es preferible a la opresión del narcotráfico

13 La Constitución de 1988 prevé la creación de consejos y conferencias de políticas públicas como mecanismos de control social de la actuación del Estado. En la práctica, los gobiernos petistas generaron un intenso activismo deliberativo, pero con escaso impacto en el sentido de la acción política.

—aunque las fronteras entre opresión estatal y paraestatal se borren bajo el poder miliciano—. En todo caso, lo que se evidencia es que el perfil de inclusión petista nunca fue el contrario del punitivismo bolsonarista, sino que lo presupuso, lo complementó y lo reforzó. Y viceversa: en el contexto inicial de la pandemia, Bolsonaro amplió el alcance del programa Bolsa Familia, al mismo tiempo que, apremiado por el Congreso, anunció un auxilio de emergencia de un valor cuatro veces mayor, para alcanzar a cuatro veces más personas.¹⁴

La contradicción de esta lógica en la que el intento de contener el movimiento desocializante no impide su aceleración, ya que implica fortalecer justamente lo que se pretende contener, puede ser constatada en múltiples planos. En el caso brasileño, algunas ilustraciones epidérmicas incluyen: al expresidente mundial del BankBoston, Henrique Meirelles, que renunció como diputado “tucano” en 2003 para dirigir el Banco Central por ocho años bajo el gobierno Lula, con miras a “calmar los mercados”, y que después fue ministro de Hacienda con Temer; la tentativa del gobierno Lula de establecer una conexión directa con el bajo clero en el Congreso, que desató el escándalo del *mensalão* en

14 CASTELANI, Clayton. “Bolsonaro anuncia sanción de auxilio de emergencia de R\$ 600 para informales”, *Agora São Paulo*, 1 abr. 2020. Disponible en: <https://ahora.folha.uol.com.br/grana/2020/04/bolsonaro-diz-que-vai-sancionar-auxilio-emergencial-de-r-600-para-informales.shtml>.

2005,¹⁵ dio lugar a más espacio para el PMDB para garantizar la “gobernabilidad”,¹⁶ lo que llevó al PT a designar al futuro golpista Michel Temer dos veces como vicepresidente en la lista de Rousseff; el apoyo de líderes cristianos conservadores a las administraciones petistas, que resultó en retrocesos en la agenda de género y derechos LGBTQIA+ (los cuales, de todos modos, fueron explotados posteriormente como *fake news*) y en la designación de ministros evangélicos como Marcelo Crivella, que en 2016 derrotó en Río de Janeiro a uno de los únicos candidatos de la izquierda en llegar a la segunda vuelta en las elecciones a alcalde; las constructoras a las cuales fueron encomendadas las bases del neo-desarrollismo, pero que no dudaron en mandar a la cárcel, en delaciones reales o imaginarias, a aquellos que les abrieron el camino para ganar dinero

15 Escándalo que denunciaba que el PT ofrecía mensualmente 30.000 reales a los diputados de pequeños partidos (o llamados de “bajo clero”), para asegurar su fidelidad en el parlamento. A nivel de la pequeña política, fue un intento de construir una base de apoyo alternativa al PMDB, principal partido de “centro”.

16 El Partido del Movimento Democrático Brasileiro (PMDB) es el heredero del MDB, un frente de oposición que era consentido por la dictadura. A lo largo de la *Nova República*, el apoyo del partido fue decisivo para asegurar la mayoría parlamentaria al presidente de turno (ya sea del PSDB como del PT). Esto fortaleció el poder de negociación del partido junto a los gobiernos, lo que a su vez, siempre atrajo políticos fisiológicos (es decir, movidos por intereses particulares) a su base.

como nunca;¹⁷ por no hablar de los jóvenes que experimentaron la precariedad como fase transitoria de un ascenso social que pasaba por el crédito y la universidad privada, pero que, una vez alcanzados por la crisis y por el desempleo, transformaron la esperanza en odio; o de los movimientos sociales, envueltos en políticas destinadas a neutralizar su combatividad en lugar de ver implementadas sus banderas (como las reformas agraria y urbana), lo que se tradujo, trece años después, en un campo popular dividido, debilitado y desprestigiado.

En suma, los militares, los bancos, el PMDB, el vicepresidente Michel Temer, el cristianismo conservador, las constructoras, el emprendedorismo y la pasividad fueron todos alimentados y cultivados, en su momento, por los gobiernos petistas. En ese cuadro, la figura más adecuada de la relación entre la defenestración del PT y el ascenso de Bolsonaro no es un giro de 180 grados, sino una metástasis, en la medida en que las fuerzas e intereses corrosivos, cuyo poder nunca fue desafiado y que parecían controlados bajo el petismo, se esparcieron incontestables a través del tejido nacional (Oliveira, Perruso, Santos, 2020).

La trayectoria brasileña pone de manifiesto la dinámica de contención aceleracionista, en la cual el progresismo petista, a pesar de las intenciones,

17 Por ejemplo, el testimonio del expresidente de la OAS, Léo Pinheiro, fue decisivo para apresar a Lula en 2016. En contrapartida, la pena del empresario fue reducida de veintiséis años a tres años y medio.

desembocó en su opuesto. Evidentemente, cada situación nacional tiene una trama propia y sus particularidades. Pero entendemos que el caso brasileño ilustra una dinámica común, iluminando el movimiento del progresismo latinoamericano y su debacle: la tentativa de contener la desocialización autofágica implica prácticas y ordenamientos políticos que fortalecen las fuerzas y tendencias corrosivas que se pretenden contener –lo que, en última instancia, termina por acelerarlas–. No se trata de una elección racional de agentes históricos (una “traición”), sino de la imposición irracional, ciega e impersonal de la lógica de la producción del valor al gobierno de las personas, en una época de crisis de valorización del valor.

Oxímoron 3: neoliberalismo inclusivo

Analizado a través del prisma de la contención aceleracionista, el cambio político operado por el progresismo también reforzó una lógica impermeable al cambio. No se trata de negar la importancia de la superación del Pacto de Punto Fijo en Venezuela, del protagonismo de los indígenas en Bolivia, o de subir a un obrero al frente de un partido obrero a la presidencia de Brasil, sino de constatar que, en una realidad en la que el capital preside de modo totalizante la vida social, la alternancia política puede reforzar la legitimidad de ese metabolismo.

En definitiva, la autonomía de la política bajo la égida del capital se limita a lo que no contradice su dominación penetrante como un sistema

metabólico. En otras palabras, se trata de una autonomía formal, guiada por la determinación totalizadora del sistema del capital, que, a su vez, se impone como una fuerza extraparlamentaria por excelencia. En palabras de Mészáros:

Como posee el control efectivo de todos los aspectos vitales del sociometabolismo, el capital está en condiciones de definir la esfera de legitimación política separadamente constituida como un asunto estrictamente *formal*, excluyendo así, *a priori*, la posibilidad de ser legítimamente contestado en su esfera *substantiva* de operación reproductiva socioeconómica (Mészáros, 2011, p. 31, subrayado en el original).

Al concentrar los esfuerzos de cambio por la vía de la política, el progresismo renunció a cuestionar el capital en su “esfera substantiva de operación reproductiva socioeconómica”. En consecuencia, se fortalecieron las determinaciones fundamentales del capital como sistema metabólico. La dinámica de la contención aceleracionista resultó, en definitiva, en la profundización de la razón neoliberal (Dardot & Laval, 2010). Porque si una mayor disponibilidad y una mejor distribución social del dinero bastasen para la contención de la catástrofe social, no habría nada que objetar, así como tampoco se problematizaría el carácter paliativo y asistencialista de las políticas implementadas. El encuadramiento aquí propuesto es diferente. Argumentamos que la

contención económica y social ambicionada por el progresismo, que pretende aumentar el control y la generalización de los flujos monetarios en la sociedad, genera inadvertidamente su contrario, a saber, un mayor control y una generalización de los imperativos del dinero para el conjunto del tejido social. Fue así que, en la Bolivia del Buen Vivir, circularon más mercaderías en el campo y en la ciudad, pero al mismo tiempo el país pasó a importar papas, un cultivo milenario andino, lo que indica una corrosión de las culturas comunitarias asociadas a la propia idea del Buen Vivir.

Lejos de ser un símbolo de intercambios, como quiere la teoría económica ortodoxa, o una conveniencia estatal manipulable, como defienden los economistas heterodoxos, el dinero en el capitalismo es el medio y el fin del único eslabón posible en una sociabilidad fragmentada, basada en decisiones privadas y no coordinadas. Esa sociabilidad no tiene como base la mera posesión de dinero o su utilización para satisfacer el consumo. En definitiva, se trata de una sociabilidad dominada por el movimiento incesante y ciego que debe hacer, de una determinada cantidad de dinero, más dinero, esto es, el movimiento que debe convertir el dinero en capital. La cuestión que se plantea para América Latina es la amargura de sostener este movimiento teniendo a la vista la contradicción entre el proceso del capital global y el lugar que ocupa el subcontinente.

Dado el agotamiento de la capacidad de extracción de trabajo abstracto derivado del nivel alcanzado por las fuerzas productivas, la dinámica

autorreferente del dinero en búsqueda de la expansión continua se choca con las reducidas posibilidades reales de valorización, engendrando una verdadera olla a presión. La inyección monetaria, que antes aparecía como un respiro (vía trabajo precario, transferencias condicionadas y crédito), sobresale entonces como una renovada asfixia, dado que exige sacrificios redoblados para acceder al dinero, en un mundo incapaz de asegurar la empleabilidad de las personas. La factura del tiempo comprado se cobra entonces con una necesidad desesperada por avanzar con mayor rapidez para no quedar atrás: y por eso el “ajetreo” y el “vendaval” bajo la égida de la economía de plataforma. Cada individuo precisa dar su propio “salto mortal de la mercancía”, como afirmaba Marx, en una arena cada vez más estrecha. En otras palabras, es necesario garantizar la supervivencia monetaria en un escenario cada vez más autofágico. La energía social es absorbida por un proceso de aguda individualización, en el que las técnicas de gobierno neoliberales se imponen como normatividad soberana de selección y, principalmente, de exclusión, en el embudo cada vez más apretado del mercado de trabajo.

Así, en vez de develar un esperado ascenso colectivo y nacional, el impulso original inducido por el arribo de dinero bajo modalidades de *neoliberalismo inclusivo* deviene en la competencia de todos contra todos, disolviendo todavía más cualquier solidaridad de clase, en los marcos de una profunda desocialización. De ahí el movimiento inverso: los procesos sociales desencadenados por el ciclo progresista, a

pesar de su retórica antineoliberal, resultaron en el refuerzo de la razón neoliberal, en que las relaciones entre individuos son reducidas a mecanismos de premiación y punición monetaria de personas cada vez más atomizadas.

La falsa solución de los antagonismos sociales durante la efímera prosperidad amplía la intensidad de esos mismos antagonismos en el momento en que la simulación se disuelve. Entonces, el proceso que aparecía como inclusivo e igualitario por la ampliación relativa del acceso al dinero, se topa, entonces, con la superfluidad de los individuos y con la concentración de la riqueza. Como resultado del impase insoluble de la reproducción económica en las sociedades latinoamericanas contemporáneas, la dinámica autofágica se acelera: la inclusión posible bajo el neoliberalismo agrava la desocialización, fermentando el caldo de cultivo donde prosperan formas de politización (odiosa) del resentimiento social.

¿Hacia dónde va el progreso?

El intento de contención inflada por dinero y capital ficticio –que se presenta como una tentativa de “ganar tiempo”, pero impulsa las economías rumbo a un futuro bloqueado de antemano– provoca una refuncionalización perversa y acelerada de prácticas predatorias y formas precarias de vida que marcaron la región en el pasado. En un marco de crisis estructural del capital, no son veleidades de desarrollo nacional las que prosperan, sino el carácter de

puro negocio que dio sentido a la colonización. El reencuentro con lo nacional no se materializa como la ansiada realización de la nación, sino como un retorno al punto de origen depredador e inmediatista que marcó la formación colonial, bajo la égida de la explotación mercantil en forma bruta.

En esa realidad, la contención aceleracionista, el progresismo regresivo y el neoliberalismo inclusivo son, cada uno, un oxímoron que sintetiza las contradicciones del progresismo, mostrando por qué el ciclo no abrió paso a un mundo mejor. El análisis elucida la antinomia entre la aspiración ideológica y el legado objetivo de la ola progresista. A falta de una reanudación de las estrategias de desarrollo, el motor del optimismo de los “mercados” continuó apoyándose en la transferencia de bienes y recursos públicos al sector privado, así como en la capitalización del ingreso fundiario y de riquezas naturales que sirven de base a una inserción internacional pautada por el agronegocio y por el extractivismo.

En vez del fortalecimiento de la solidaridad colectiva, se reforzó lo que Caio Prado Jr. describió como la “ausencia de nexos morales”, es decir, se acentuó la cosificación de las personas y de las relaciones sociales puramente utilitarias y explotadoras (Prado Jr., 2000). Por eso es que el simulacro de modernidad está acompañado de la expansión del emprendedorismo de sí y del imperativo de la valorización del “capital humano”, propagando la informalidad, la uberización y el trabajo cada vez más intermitente, reafirmando la necesidad de “arreglárselas” para ganarse la vida. En suma, la contención progresista

aceleró la corrosión social, dado que el sentido mercantil de la formación colonial, reinventado bajo la razón neoliberal, disuelve como ácido los lazos sociales.

Frente a esta corrosión, recrudescen una lógica securitaria y represiva, también reforzada bajo el progresismo. La cuestión de fondo es que la contención del derrumbe no puede limitarse al servicio social y a las políticas focalizadas de alivio monetario, y encuentra su complemento necesario en dispositivos de seguridad que multiplican el encarcelamiento y el asesinato de los inintegrables. Así, el Brasil petista mató más que México bajo la “guerra contra las drogas”, mientras los índices de encarcelamiento en el país solo eran comparables a los de Uruguay bajo el Frente Amplio.¹⁸ Ese punitivismo se alimenta de la patología social inherente a las formas corrosivas de sociabilidad en vigor. La reducción de todas las dimensiones de la vida a un puro cálculo abstracto y cuantitativo, contrario a otros valores, hace de la reproducción social una fábrica social de miedo, odio e indiferencia, propiciando el caldo de cultivo de una mentalidad punitivista, e incluso exterminadora.

En ese marco corrosivo, prospera otro atavismo latinoamericano: aparatos privados de violencia que se inmiscuyen en las estructuras estatales y en la cotidianidad civil. Esa dimensión “miliciana” de la sociabilidad –cuyas raíces históricas remiten al control privado de las formas de trabajo obligatorio en

18 Disponible en: <https://www.prison-insider.com/fichapales/prisionesuruguay>.

América Latina— así como reforzaba a los poderosos locales, se repositona en la actualidad como una institución terrorista, en consonancia con la dinámica turbulenta de la acumulación por expropiación en los marcos de una razón neoliberal que, llevada a las últimas consecuencias, conduce a la guerra civil.

Por esa trágica vía, el círculo se cierra: la Venezuela bolivariana se encuentra con la Colombia uribista. El continente que tuvo como faro la paz lulista se ve finalmente desembocando en el estado de sitio permanente colombiano. Si durante la ola progresista se creyó que el futuro pertenecía al Brasil petista, que exportaba tecnologías de gobierno hacia el mundo, hoy queda claro que el futuro es la parapolítica colombiana, que exporta tecnologías de represión al propio Brasil.

Como en la historia de *El médico y el monstruo*, de Stevenson queda claro que contemplamos dos caras distintas de un mismo sujeto. O, para ser más precisos, nos enfrentamos a dos formas diferentes pero no contradictorias de mantener en pie sociedades que se desmoronan. Se constata además una cruel paradoja: en la medida en que el progresismo fuera del gobierno se convierte en una política restauracionista, exhortando a la vuelta a un pasado idealizado, la derecha se posiciona a favor del movimiento de la historia, favor del progreso, lo que solo puede conducir a la barbarie.

Parte II: La aceleración

Médicos y monstruos frente a la enfermedad brasileña

El médico y el monstruo. El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde es una novela del escocés Robert Louis Stevenson, originalmente publicada en 1886. La historia está protagonizada por un respetado médico, que encarnaba a la vez el espíritu científico y la moral iluminista de la época, y que experimentaba consigo mismo con el objetivo de aislar su lado maligno y, eventualmente, expulsarlo de sí. Así es como Dr. Jekyll dio origen a Mr. Hyde: una criatura singularmente pura, porque no tiene bondad, pero que concentra la maldad del médico que lo creó.

Al principio, cuando se transformaba en Mr. Hyde, Dr. Jekyll tenía control sobre su creación y volvía en sí fácilmente, manipulando ciertas sustancias químicas. Su lado civilizado se imponía sobre su lado malo. Mientras que, con el paso del tiempo, se requirieron dosis cada vez más grandes para que el monstruo retomara la personalidad del médico, hasta que el truco dejó de surtir efecto. El cuerpo y el alma de Dr. Jekyll no volvieron a su forma original: el monstruo contenido en el cuerpo del médico se emancipó. La naturaleza mala, que parecía oculta y dominable, se impuso.

Cuando evocamos esta analogía para analizar la situación de América Latina y Brasil, no asumimos

ningún determinismo: existe mucha vitalidad social que se contraponen a las monstruosidades en curso, tanto en el continente como en el mundo entero. Aunque, si la barbarie no es inexorable, es necesario comprender que la política progresista no es su antítesis ni su antídoto. En el mejor de los casos, el progresismo encarna la creencia de que es posible ocultar o domar los monstruos producidos por la sociabilidad del capital en el siglo XXI. Al mismo tiempo, es impotente a la hora de desafiar el principio societario que producen estas monstruosidades. Y, a pesar de sus intenciones, las termina por reforzar.

La trayectoria brasileña ilustra esta espiral corrosiva, que llegó al paroxismo en la pandemia: la escalada vertiginosa de la pila de muertos, el fuerte declive de una economía ya en crisis y la degradación social sin perspectivas de alivio han elevado a un nuevo nivel el habitual *apartheid social*. Aunque no deja de hacerse eco de lo que sucede en otras partes del mundo, el país se ha configurado como un caso particular. En realidad, Brasil llegó al centro de las discusiones mundiales precisamente porque encarna de manera ejemplar los extremos de una lógica que es global.

Este papel de vanguardia ya era considerable antes de la pandemia, desde que la presidencia de Bolsonaro fue identificada como una modalidad extrema de la “política de odio” a escala global. A primera vista, lo que llama la atención en el capítulo brasileño de este fenómeno es la forma militar, que evoca al terrorismo de Estado y hace emanar un pasado siempre presente. La extrema derecha

represiva, encarnada por las Fuerzas Armadas, emergió de los sótanos de la dictadura para ser elevada al seno del gobierno. Sin embargo, después de dos años con Bolsonaro en el cargo, el pilar de su gobierno está en Brasilia y no en los cuarteles, aunque en Brasilia haya muchos militares. Los principales desafíos del presidente se presentan en el ámbito de la política ordinaria y sus cálculos se guían más por la reelección que por los tanques en las calles.

Esta observación sugiere que, más allá de las formas de políticas de odio, el fundamento autoritario del gobierno de Bolsonaro remite a la aceleración de la desocialización autofágica inherente al neoliberalismo. A su vez, esto es lo que le da universalidad a su singularización. En el mundo contemporáneo, diferentes matices de politización del resentimiento social configuran la violencia que emana de una dinámica social en la que las mediaciones entre la razón competitiva (la economía) y la reproducción de la vida (la sociedad) se vacían ante la erosión del mundo del trabajo y la mercantilización de los derechos sociales. Como en la historia de Stevenson, una violencia siempre presente pero reprimida va ganando cada vez más vitalidad.

Sin embargo, los bolsonarismos alrededor del mundo no se limitan a intensificar la violencia inmanente a la sociabilidad del capital. Su sentido más profundo implica un reordenamiento de las subjetividades, de modo que las distintas formas de esta violencia ni siquiera sean percibidas como tales, por ejemplo, la violencia de mercado o la omisión gubernamental. El objetivo es normalizar

la violencia ejercida por otros medios, lo que también puede describirse como la naturalización de la barbarie. De ahí el compromiso de los Bolsonaros de este mundo en una batalla cultural, en términos de valores. El *quid* de esta política no es prohibir los sindicatos, los partidos o las manifestaciones (aunque esto eventualmente pueda suceder), sino modificar las condiciones bajo las cuales las personas consideran imperativo manifestarse y rebelarse. Se puede decir que el significado profundo del bolsonarismo, tanto en la forma como en el contenido, es expandir los límites de lo aceptable: generar una nueva normalidad.

Desde este punto de vista, la pandemia puede verse como un acelerador de partículas del bolsonarismo, que encontró en la crisis sanitaria una puerta abierta para su laboratorio del mal social. A la vanguardia del “tiempo del fin”¹, en Brasil se coronó un conjunto de discursos, comportamientos y prácticas hasta entonces considerados impensables, inconfesables y extremos. La excepción se convirtió en la regla, mientras lo innombrable se confundía con la razón de Estado, que militó para normalizar las muertes masivas. Más aún, existen evidencias de que la matanza fue amplificada por un plan macabro

¹ Esta expresión es de Günther Anders (2007), quien se refirió al inicio de un nuevo tiempo histórico a partir de 1945, un tiempo marcado por la capacidad de autodestrucción de la humanidad con el advenimiento de la bomba atómica. En el siglo XXI, se puede decir que este “tiempo del fin” se ve exacerbado por el creciente potencial de catástrofes ecológicas y sanitarias.

y consciente, explicitando que, en Brasil, los monstruos actúan a plena luz del día.²

Este proceso de descivilización brasileña, que dejaba atrás la utopía de una civilización cordial en los trópicos alentada desde el gobierno de Juscelino Kubitschek (1956-1961), sorprende aún más ante la aparente normalidad que prevaleció en las últimas décadas. En el gobierno de Bolsonaro, el sentimiento predominante es que hubo una súbita inflexión en relación con las buenas prácticas institucionales consideradas de avanzada, que barnizaron la Nueva República, así como en relación con los deseos redemocratizadores que esta canalizó, especialmente durante los gobiernos del PSDB (1994-2002) y del PT (2003-2016). Bajo los tucanos, se terminó el flagelo de la alta inflación, al mismo tiempo que la promesa de una nueva inserción en los flujos de bienes y capitales, bajo el auspicio de la globalización. Con los petistas, abstraídas las diferencias ideológicas y formativas, perduró el mismo proceso, luego templado con las veleidades de un proyecto de desarrollo nacional y, sobre todo, con exitosas políticas sociales inclusivas que fueron elogiadas en todo el mundo.

Hoy es comprensible que este interregno sea tratado por muchos de manera casi elogiosa y nostálgica, mientras que las diferencias ideológicas antes

2 BRUM, Eliane. “Bolsonaro realizó una ‘estrategia institucional para la propagación del coronavirus’”, El País, 21 de enero 2021. Disponible en: (<https://brasil.elpais.com/brasil/2021-01-21/pesquisa-revela-que-bolsonaro-executou-uma-estrategia-institucional-de-propagcao-do-virus.html>).

irreductibles palidecen ante las monstruosidades que se habrían liberado aquel domingo de octubre de 2018. También es notable una mezcla de vergüenza y horror frente a la destrucción, en el muy corto plazo, de cierto prestigio internacional del país, ahora percibido como un paria global. Vista a la distancia, desde 2022, a pesar de las críticas a sus límites y promesas incumplidas, la democracia brasileña de otros tiempos aparece como un antídoto contra las monstruosidades que surgieron de las cloacas y los sótanos. Pero ¿realmente lo es?

Las reacciones ante la “enfermedad brasileña” (una enfermedad en el sentido más amplio y más allá del coronavirus) son síntomas verdaderos, legítimos e inevitables. Pero también expresan la digestión ideológica de un intragable vértigo ante el derrumbe nacional. Uno de estos síntomas es la desorientación razonable, dada la velocidad y el carácter cualitativamente sin precedentes del proceso en curso. No en vano hay una sensación sofocante, replicada en espíritus y mentes, que emula las consecuencias a las que la enfermedad somete a los cuerpos. Al mismo tiempo, la enfermedad brasileña trajo como efecto secundario una nueva pasión (aunque una “pasión triste”) por la medicina, a veces manifestada a través del negacionismo. La frase que dice que en Brasil somos todos entrenadores de la selección de fútbol es útil ahora para un país donde todos somos médicos.

Esta nueva pasión brasileña no tendría mayores consecuencias para nuestra discusión si no fuera trasladada al campo de la política y del pensamiento.

Porque en este otro terreno existe una tendencia dominante a ver la enfermedad brasileña como una anomalía, una aberración intempestiva o un desvío del curso normal, como si las fuerzas destructivas y monstruosas que se desencadenaron pudieran ser controladas con el suministro, una vez más, de los remedios pertinentes. Evidentemente, existen variaciones en el tratamiento prescrito, ya sea en la calidad de las políticas que deben aplicarse o en la adecuación de las dosis.

Y en esto reside la dimensión ideológica del fenómeno propiamente dicho: todo sucede como si la enfermedad brasileña fuera un cuerpo extraño (un accidente histórico, algo exterior y opuesto a lo que antes venía siendo llamado “progreso”, “normalidad institucional”, “desarrollo económico”, etc. Si a principios de siglo las aberraciones del impase evolutivo brasileño fueron sintetizadas por Francisco de Oliveira en la figura del ornitorrinco (Oliveira, 2015b), hoy la rareza de este animal parece suave frente a las monstruosidades que aparecen. Se siente en el aire cierta nostalgia por el ornitorrinco.

Pero ¿y si la enfermedad se ha vuelto crónica y resistente a los remedios habituales? ¿Y si, a pesar de las mejores intenciones profilácticas y terapéuticas, la enfermedad se agrava por los fármacos con los que se pretende contenerla?

El diagnóstico de la crisis brasileña que adelantamos será guiado por estas preguntas. Lejos de reducirse a un recurso estilístico, la imbricación entre medicina y vida social para discutir la situación nacional encuentra apoyo, desde los griegos, en la

misma etimología de la palabra “crisis”. Según el Diccionario Houaiss, “crisis” es originalmente un término médico: “En la evolución de una enfermedad, constituía el momento decisivo, para la cura o para la muerte”. Es sintomático que esta idea solo haya vuelto al centro del debate en Brasil con el trauma sanitario desencadenado en 2020. Pero desde entonces se generalizó: se habla de una crisis sanitaria, económica, social, política, institucional, ética, etc. Sin embargo, argumentamos que esta repentina reaparición enmascara un proceso que ha estado en marcha durante mucho tiempo, pero cuyo alcance se ha ocultado o, al menos, subestimado en las últimas décadas. Desde este enfoque, proponemos una lectura en la que se entrecruzan e iluminan los movimientos de la estructura y los tiempos de la coyuntura.

Para explicitar el trasfondo: el análisis es la crisis estructural del capital que se ha instaurado desde la década de 1970, expresada en la imposibilidad de retomar una dinámica de acumulación expandida comparable al período posterior a la Segunda Guerra Mundial. En los países centrales, la triple crisis del capital, del trabajo y del Estado erosionó la integración de los trabajadores a través del consumo de masas, apoyado en modalidades del Estado de Bienestar. En América Latina, el desarrollismo nacional como proyecto civilizatorio se hizo inviable, al mismo tiempo que se agotaron las condiciones para una ciudadanía asalariada modelada por la experiencia de los países centrales. La amarga ironía, en el caso brasileño, es que esa utopía se

derrumba en el mismo momento en que prometía aterrizar, con el eje en la Constitución Ciudadana de 1988. Desde entonces, tanto en el centro como en la periferia, el sentido del movimiento histórico acentúa los procesos de desocialización autofágica comprometiendo las bases institucionales, culturales y ecológicas de lo que sería una civilización, en los términos del propio capitalismo. Si Marx decía que el capitalismo es la “barbarie civilizada”, la crisis del capital compromete cualquier civismo regido por este principio social: a semejanza de Mr. Hyde, es evidente que la otra cara de esta civilización es la barbarie concentrada.

Al enfocarnos en el capítulo brasileño de esta crisis global, discutimos el bolsonarismo y el lulismo como formas políticas opuestas, pero que se refieren a la misma dinámica social que, de diferentes maneras, los orienta, los condiciona y los involucra. Las disputas entre uno y otro se dan a nivel de la coyuntura y en nuestro análisis se evocarán para dar un contenido palpable e inmediato a los procesos estructurales a los que aludimos.

Entendemos que la otra cara de la forma hiperbólica en que se discute la avalancha bolsonarista es una especie de atrofia que sublima las raíces más profundas de esta crisis. Como consecuencia, las perspectivas propuestas para curar la enfermedad son engañosas. Así como, en el cuento de Stevenson, la premisa del médico de que podía domar a su homólogo monstruoso se basaba en el hecho de que este último siempre permanecía en la sombra (de ahí el nombre “Mr Hyde”, que evoca el

verbo *hide*, “esconder” [*to hide*] en inglés). La suposición de que el lado monstruoso era marginal y no constitutivo de su esencia, que podía ser aislado, manipulado y eventualmente borrado, es lo que condujo al trágico desenlace de la historia.

La razón detrás de la locura: Bolsonaro en la pandemia

A primera vista, la idea de que el bolsonarismo sería un caso atípico, una locura excéntrica, se refuerza en una comparación con sus contrapartes en el contexto de la pandemia. A diferencia de Viktor Orbán en Hungría o Recep Erdoğan en Turquía, Bolsonaro desaprovechó la crisis sanitaria para concentrar poder y restringir libertades, aunque estas amenazas estaban en el aire. Tampoco buscó forjar algún tipo de unión nacional contra el covid-19, posicionándose como líder en una guerra sanitaria, como Boris Johnson en el Reino Unido. Al mismo tiempo, Bolsonaro no cuenta con un aparato de partido consolidado, como fue el caso del entonces presidente republicano de los EE. UU. Donald Trump: por el contrario, el presidente brasileño se peleó con el partido con el que fue elegido e incluso convirtió a sus antiguos enemigos en fuertes aliados, como a los gobernadores de Río de Janeiro y São Paulo. De este modo, aunque se alimenta de la ola de la extrema derecha global, el gobierno de Bolsonaro también deja entrever su carácter único, que lo vuelve particularmente desafiante si se lo interpreta a través de la paradoja de un gobierno que se comporta como un antigobierno.

La trayectoria del gobierno de Bolsonaro en la pandemia ofrece un ángulo privilegiado para discutir la tendencia global, que puede enunciarse de la siguiente manera: la corrosión de la legitimidad de la política sistémica, que incluye diferentes matices de la izquierda partidista, desemboca en formas antisistémicas de la política, que, sin embargo, refuerzan el sistema. Estas formas políticas supuestamente antisistémicas, como el bolsonarismo, actúan en sentido contrario al progresismo, en el sentido de que aceleran una dinámica social que su contrario pretende contener.

Ciertamente, Bolsonaro actúa en modo *aceleración*. Sin embargo, esto conduce a un paroxismo de las contradicciones del sistema, revelando un potencial disruptivo que corre el riesgo de comprometer su propia reproducción: la aceleración sistémica se vuelve antisistémica. En este contexto, se pueden invocar las formas de la política convencional que incluye al progresismo en la defensa del sistema, es decir, para contener las tendencias antisistémicas resultantes de la aceleración del sistema. Dicho de otro modo: así como la contención implica aceleración, la aceleración demanda contención, y esto puede observarse en la política brasileña durante el gobierno de Bolsonaro.

Recordemos brevemente el armado que sostiene a este gobierno. Electo sin tener un programa propio, Bolsonaro tercerizó el manejo de la economía a un auténtico Chicago Boy, el economista Paulo Guedes, quien, además de ser partidario de la escuela de Milton Friedman, trabajó en el Chile

pinochetista en la década de 1980. Al mismo tiempo, avanza con una agenda conductual, cultural y científica regresiva, que la élite tolera aunque no le guste: su apoyo al excapitán se consumó como un matrimonio por conveniencia. Pero, el ex-militar tiene sus propias ideas, que apuntan a una dinastía con la policía y los militares como partido³ y el conservadurismo cristiano como base social. Desde este punto de vista, su mayor desafío sería convertir el apoyo virtual que lo votó en una movilización real, transformando a los internautas en *camisas negras*.

En este camino, sigue un guion invariable: elige enemigos a los que ataca haciéndose la víctima.⁴

3 Además de una policía “civil” estándar, cada estado de la Federación Brasileña tiene una “policía militar”, que oficialmente es una fuerza de apoyo para el ejército nacional. Ambos son bastiones del bolsonarismo.

4 El análisis sobre el resentimiento de Kehl (2004) da lugar a numerosas analogías con el bolsonarismo. El origen del resentimiento se refiere a la impotencia para responder a un agravio en el momento en que sucede. Por lo tanto, en su origen hay un impulso que impidió que surtiera efecto, lo que sugiere una represión. Y eso es porque la víctima no se siente con ganas de responder al agresor, y esto provocaría la impotencia. Entonces, el resentimiento tiene más que ver con la rendición voluntaria que con la derrota. La herida sufrida en estos términos genera un deseo de venganza que nunca se cumple: esto se debe a que el resentido no quiere olvidar ni perdonar, ya que la función psíquica del resentimiento es eximir a la persona de responsabilidad por su fracaso o por el agravio que sufrió. Esta responsabilidad se transfiere a otra persona, mientras que la persona resentida

Acusa a las personas, pero también a las instituciones y a la prensa, como obstáculos a su proyecto, conforme a una lógica de profecía autocumplida. Porque, cuando el presidente Bolsonaro acusa al Congreso de boicotarlo, transfiere la responsabilidad de sus fracasos a quienes, asegura, “no lo dejan” gobernar.⁵ Al mismo tiempo que moviliza el apoyo popular para enfrentar a la institución que, a los ojos de la ciudadanía, sintetiza la política podrida y corrupta. Cuando el Congreso lo confronta, el presidente ve legitimada su narrativa y sube el tono. Cuando se calla, avanza un casillero más. En este juego de inversiones, Bolsonaro aparece como subversivo y antisistémico, mientras que la izquierda enarbola la Constitución Federal en defensa del orden.

La práctica, en Brasilia, de respuestas simples a problemas complejos corresponde, en los canales de Internet, a la narrativa de un héroe que se

se pone a sí misma en la posición de víctima. Y, de nuevo, nos encontramos ante la impotencia, ya que toda victimización atribuye al otro lo que nos hace sufrir, atribuye al otro un poder sobre sí mismo. Impotencia, represión, rendición, victimización, desplazamiento y venganza: falta agregar una relación de dependencia infantil con un otro supuestamente poderoso, que tendría que protegerlo, replicando en el funcionamiento psíquico del resentido la gramática del bolsonarismo.

5 Lago, Miguel. “Uma esfinge na presidência: Bolsonaro precisa do impeachment para fazer sua revolução”, Revista Piauí, n. 163, abril, 2020. Disponible en: <https://piaui.folha.uol.com.br/materia/uma-esfinge-na-presidencia/>.

enfrenta a sucesivos villanos, como en un videojuego. En esta lógica, poco importan los logros del gobierno, porque la regla de la eficacia política es otra: arengar a sus partidarios y naturalizar lo que hasta hace poco era intolerable. En principio, es un movimiento que no puede retroceder, sino que, por el contrario, solo acumula masa, velocidad y violencia, como una bola de nieve. Fue en ese contexto que el mandatario convocó a su base para exigir el cierre del Congreso Nacional en marzo de 2020, cuando el Covid-19 desembarcó en Brasil.

Frente a la peste, el presidente, en un primer momento, reforzó su intención de radicalizar un horizonte de refundación moral y política: una revolución invertida, a la manera del fascismo. En este sentido, existen sorprendentes similitudes entre el carácter fratricida del bolsonarismo y la descripción del Estado nazi de Franz Neumann (2009), a saber, la autoinsurgencia, el clima de semianarquía y la amenaza permanente entre el partido, el Ejército, el empresariado y la burocracia, caracterizando lo que el autor llamó el *Behemoth*. Pero esta similitud no anula las diferencias cruciales: estamos ante algo nuevo y las analogías con el fascismo histórico pueden ser una pista falsa.

El fascismo estaba imbuido en la construcción de lo que podríamos llamar “proyecto nacional”, basado en la preparación para la guerra y el aniquilamiento de los enemigos internos y externos. En otras palabras, el carácter destructivo del fascismo no lo eximía de la tarea de gobernar, dirigiendo el Estado nacional según determinados designios,

con objetivos y resultados. La integración fascista y corporativista de los trabajadores a la nación, el fomento de un complejo industrial-militar, la lucha por imponerse en el mercado mundial y la propia organización para la guerra y el exterminio exigen una razón y una conducción del Estado que fueran eficientes a la consecución de los objetivos bárbaros que se perseguían.

El carácter “orgánico”, por así decirlo, del fascismo clásico se asentó en bases materiales y nacionales que, si alguna vez existieron en Brasil, hoy son pura quimera. Por lo tanto, si el bolsonarismo revive el carácter asesino y suicida del fascismo clásico, nunca podríamos decir que reedita su dimensión totalitaria, que se manifiesta también en su relación con el mundo del trabajo. Mientras atacaba a los sindicatos, el nazismo exaltaba la virilidad del trabajador alemán. En la composición ideal de la nación, la representación política del trabajo organizado no fue descartada, sino reinventada a partir de las necesidades de movilización del cuerpo nacional (Braga & Santos, en prensa). Bajo el bolsonarismo, no hay lugar para las formas tradicionales de representación de los trabajadores, lo que quedó evidenciado en la primera medida del equipo de transición formado por el entonces candidato electo Jair Bolsonaro: la supresión del Ministerio de Trabajo, creado durante el gobierno de Getúlio Vargas.

En lugar de la vieja noción fascista de un cuerpo social articulado como un todo, con el bolsonarismo hay un tipo de política que no solo acompaña el proceso de atomización y desintegración social, sino

que también lo fomenta *in extremis*. En ese sentido, fue sintomático observar, en las manifestaciones del Día del Trabajador en 2021, simpatizantes de Bolsonaro salir a la calle para pedir la intervención militar, gritando consignas como: “Yo autorizo al presidente”. Si el culto a la personalidad y la devoción al líder carismático imitan manifestaciones del viejo fascismo, la forma individualizada y autorreferencial en que los bolsonaristas otorgan un poder notarial al líder –como si autorizaran una orden de pago o un débito automático– pone al descubierto la disolución de los lazos sociales colectivos. En otro plano, la “revolución invertida” de Bolsonaro se une al proceso de selección y exclusión que caracteriza la lógica neoliberal, llevándolo hasta sus últimas consecuencias. Por lo tanto, el *laissez faire* mercantil también puede expresarse sin resquemores como un “dejar morir”, implícito en el reclamo del ministro Paulo Guedes de que la gente hoy quiere vivir mucho tiempo.⁶

Estas constataciones echan luz sobre la aparente contradicción entre los estallidos antisistémicos del bolsonarismo y su compromiso absoluto e intransigente con el sistema capitalista. Es tan erróneo

6 Para Guedes, “todo el mundo quiere vivir 100 años, 120, 130. [...] No existe capacidad de inversión del Estado para poder estar a la altura” de la creciente búsqueda de atención médica. Naldis, Guilherme. “Guedes critica aumento da expectativa de vida: ‘Todo mundo quer viver 100 anos’”, *iG Economía*, 27 de abr. 2021. Disponible en: <https://economia.ig.com.br/2021-04-27/paulo-guedes-aumento-expectativa-de-vida.html>.

aceptar la propaganda que hace Bolsonaro de sí mismo como político independiente y en contra del “sistema” como creer que eso no es más que una farsa y demagogia barata para mimar a sus bases. Tampoco es sostenible una denuncia de sesgo liberal que sugiera que este barullo trastocado es la antítesis del buen funcionamiento de una economía de mercado moderna y racional. Sucede que la contradicción “sistema” *versus* “antisistema” no puede ser captada por la lógica espectacular de la pequeña política, adornada de demagogia por su propia naturaleza. Tal contradicción es objetiva, aunque la política mezquina no es ajena a ella, como veremos a lo largo de este libro. Desde nuestro punto de vista, el comportamiento de Bolsonaro durante la pandemia revela la tensión sistema *versus* anti-sistema en movimiento, constituyendo un material coyuntural privilegiado para dilucidar esta dinámica estructural contradictoria.

Una primera aproximación al problema consiste en explorar vínculos entre la conducta del presidente en la pandemia y las dinámicas sociales y económicas que encarna su gobierno. En lugar de intentar construir algún tipo de arca ante el diluvio que se avecinaba, el gobierno de Bolsonaro hundió al país de cabeza en la peste. Y deliberadamente, como resultado de un cálculo político. El presidente asumió que la crisis tendría dos dimensiones: sanitaria y económica. Su apuesta era que los efectos de la segunda serían más percibidos por el pueblo. El discurso contra el aislamiento horizontal interpeló con potenciales víctimas del hambre, no del Covid-19.

Bolsonaro asumió correctamente que los trabajadores querían trabajar. Los líderes cristianos, cuyas iglesias se vaciaron, así como muchos comerciantes y empresarios, también se opusieron al *lockdown*. La otra cara de esta política fue la certeza de que el Estado brasileño, de origen esclavista, nunca ayudaría a los trabajadores como sucedió en algunos países de Europa: por el contrario, las medidas provisionales efectivamente facilitaron las reducciones salariales y los despidos. El fundamentalismo neoliberal del ministro Guedes fue el punto de apoyo del cálculo político de Bolsonaro. En otro plano, la inmunización de rebaño, la desinformación, la aceleración del caos, la indiferencia ante las muertes fueron algunas de las opciones concientes que se impusieron en lugar de las de un gobernante que velara por la colectividad, lo que sería contradictorio con su “revolución invertida”.

Es cierto que el cálculo de Bolsonaro es cínico y perverso, y que lo vuelve corresponsable de la muerte de miles de personas. Sin embargo, esta razón política solo reemplaza, en otra gramática, un desdén por la vida compartido con la lógica del mercado. A pesar del carácter asesino y eugenésico implícito en la proposición de que “preservar la economía implica aceptar la pérdida de la vida”, este razonamiento solo explicita una verdad sistémica: al fin y al cabo, la lógica económica de nuestras sociedades exige la aceleración de un proceso cada vez más hostil a la vida, en el cual es evidente que no hay lugar para todos. Más allá de eso, asistimos a una auténtica carrera contra el tiempo, en la que se busca acelerar el presente de

forma frenética, ante la ausencia de un horizonte de futuro. De ahí las dificultades objetivas y subjetivas de interrumpir las actividades en la pandemia, pues ni la economía ni las personas saben cómo funcionar de otra manera. En esta realidad, la premisa de que la economía no debe oponerse a la supervivencia y al bienestar humano, por más obvia que sea, termina funcionando como una mistificación desorientadora, porque todo sucede como si el estado de emergencia hubiera aterrizado con el covid, cuando, en realidad, las determinaciones de esta dinámica social solo se intensificaron frente a la peste.

Con Bolsonaro, en el contexto de la pandemia, los trazos de esta fractura se hicieron aún más evidentes. Al pisar el acelerador, el presidente se convirtió, de manera extraña y exagerada, pero no menos realista, en una ruidosa “personificación del capital”, porque encarna y da rienda suelta, sin mediación ni contrapeso alguno, la lógica ciega, impersonal y abstracta del capital. Cuando el presidente afirma ante las muertes masivas: “Yo no soy sepulturero [...], todos moriremos algún día”,⁷ su estupidez indiferente ante la vida tiene correspondencia con la necesidad fetichista de hacer todo lo posible para que el engranaje capitalista siga funcionando, aunque sea en un movimiento cada vez más sin sentido, o justamente por ese mismo movimiento.

7 Amado, Guilherme. “As cinco piores declarações de Bolsonaro sobre a pandemia”, *O Globo*, 28 de dic. 2020. Disponible en: <https://oglobo.globo.com/epoca/guilherme-amado/as-cinco-piores-declaracoes-de-bolsonaro-sobre-pandemia-1-24814810>.

A través de este prisma, su slogan de campaña “Brasil por encima de todo” [*Brasil acima de tudo*] debe leerse como “acumulación de capital por encima de todo”, o sea, una aceleración contra todo y contra todos, incluyendo la salud pública, el medioambiente, los derechos humanos, el trabajo y todo lo que esté por delante. La otra cara de la misma moneda es el dicho “un delincuente bueno es un delincuente muerto”, cuyo episodio prototípico es la masacre [*chacina*] de Jacarezinho, en Río de Janeiro en mayo de 2021, en la que al menos 29 personas murieron víctimas de la violencia policial.⁸ Esto se debe a que, ante una reproducción social cada vez más incapaz de integrar a las personas, la aceleración exige enfrentar con violencia a la legión de excluidos de un mercado laboral que se licúa, ofreciendo a los jóvenes pobres y negros la cárcel o la muerte. En definitiva, Bolsonaro solo evidencia el carácter asesino y suicida de la razón capitalista, que siempre ha estado latente.

El presidente brasileño encarna un poder de muerte que ejerce por medios indirectos, un dejar morir calculado. Si en el feudalismo la coerción económica era indirecta y el castigo a través de la muerte era visible (la horca), en el capitalismo la coerción económica es directa y la muerte, invisible. En el gobierno

8 Esta masacre fue respaldada por Bolsonaro, véase: “Bolsonaro parabeniza policiais por massacre do Jacarezinho”, *Deutsche Welle*, 10 de mayo de 2021. Disponible en: <https://www.dw.com/pt-br/bolsonaro-parabeniza-policiais-por-masacre-do-jacarezinho/a-57483781>.

Bolsonaro, la muerte económica, la indiferencia social, la perversión política y el oscurantismo ideológico son llevados al paroxismo: aunque no será juzgado en Núremberg como los nazis, porque se lo ve como una versión exagerada de lo normal. Más que matar, deja morir. Como dijo el presidente cuando el país superó a China en muertes por la pandemia: “¿Y qué?”. Después de todo, no hay crimen en ello.

Sin embargo, si entendemos la desinformación y la omisión como atentados contra la vida, entonces existen numerosos delitos en estos acontecimientos, pero estos no son percibidos como tales por una parte importante de la población. El presidente encarna una versión extravagante de la razón calculadora de cada día, una variante de lo normal. En un mundo presidido por la lógica ciega, impersonal y destructiva del capital, esta política aparece como una variación de las contradicciones entre el capitalismo y la vida que impregnan la cotidianidad global y acechan el futuro en forma de bombas atómicas, problemas medioambientales y pandemias. Bolsonaro solo es la caricatura de estas contradicciones porque sus trazos son más evidentes, porque están mucho más exagerados.

El antisistémico del sistema o el antisistema sistémico

En otras palabras, la forma antisistémica del bolsonarismo es, de hecho, una aceleración del sistema. Al actuar de una manera aparentemente antisistémica, lo que en esencia está haciendo es llevar el sistema al extremo. Pero ahí es cuando esta política choca con

sus límites, que son también los límites del sistema, ya que las dinámicas llevadas al extremo tienden a ser inviables y, en definitiva, a su implosión. El desgobierno como método puede tener cierta eficacia política en cuanto espectáculo, como veremos más adelante. Pero, en la medida en que lleva al paroxismo los imperativos del sistema, se pone en riesgo la reproducción misma del sistema: lo sistémico se vuelve antisistémico. Esta inversión de sentido, en la que lo antisistémico es sistémico, pero lo sistémico también es antisistémico, perfila un campo de tensión en el que reside tanto la legitimidad política como el límite objetivo de los diferentes matices de las políticas de odio en el mundo actual.

Para profundizar en este argumento, es pertinente referirse a Karl Polanyi en *La gran transformación* originalmente publicado en 1944, en el que se discute lo que el autor describió como la “mentalidad de mercado obsoleta” (Polanyi, s.f.). Para el intelectual húngaro, la reducción de todas las esferas de la vida al mecanismo del mercado, la transformación de todas las actividades humanas en un juego ciego de oferta y de demanda, sería objetivamente insostenible. Polanyi argumenta que, al dejar la relación del hombre con la naturaleza a merced de la ganancia pecuniaria; al transformar el trabajo humano en una mera mercancía, que puede ser descartada y librada al desempleo; al hacer que el dinero deje de ser un medio de cambio controlado por la sociedad y se convierta en objeto de pura especulación, como en un casino, es imposible constituir una sociedad en estas condiciones. La tierra y la naturaleza, el trabajo y el dinero

serían, para Polanyi, mercancías falsas, o mercancías “ficticias” en su terminología, en el sentido de que nunca podrían dejarse llevar por el sabor anárquico de los mercados desregulados.

Por eso, ante lo que llamó el “molino satánico” del movimiento descontrolado de los mercados, las sociedades no solo desean responder, sino que están obligadas a hacerlo. Esta respuesta se asemeja al movimiento de una banda elástica estirada, que luego debe aflojarse para no reventar. De acuerdo con este análisis, las intenciones de ganancias puramente económicas, la tarificación total de las actividades humanas, no podrían proliferar libremente, ya que esto pervertiría el sentido mismo de la vida en común de los individuos. De este modo, el “contramovimiento”, en el sentido de reencuadrar lo económico fugitivo en diferentes formas de control social, se convierte en un imperativo ineludible.

En líneas generales lo que sugiere el análisis de Polanyi es que el funcionamiento de la propia dinámica de acumulación capitalista requiere de la construcción de un orden institucional correspondiente, que logre mitigar las presiones que buscan reducir el mundo a excesos estrictamente mercantiles. En este sentido, Polanyi fue el teórico por excelencia de la contención institucional de la mercantilización desenfrenada de la vida. El capitalismo simplemente no puede existir sin establecer procesos sociales y políticos que lo limiten, o que incluso se le opongan.⁹

9 Streeck, Wolfgang. “Como vai acabar o capitalismo? O epílogo de um sistema em desmantelo crônico”, *Piauí*, n. 97,

Mientras que, si en este punto la tesis de Polanyi fue, en gran medida, corroborada por la propia historia posterior a la Segunda Guerra Mundial, en la que las ideas de planificación, regulación y control fueron compartidas de diferentes maneras entre los “tres mundos”, la realidad se modificó radicalmente en el siglo XXI. A diferencia del pasado, ya no están en marcha procesos que logren replantear la esfera económica bajo el control de las sociedades, a partir de sus instituciones. Aunque prospere la insatisfacción y el malestar generalizados, como preveía Polanyi, estos sentimientos no pueden ser movilizadas políticamente, ni por la izquierda ni por la derecha, contra la individualización y mercantilización profunda de la sociedad (procesos que reemplazan a escala ampliada la asociatividad). De hecho, la tierra, la naturaleza, el trabajo y el dinero –que para Polanyi deben ser preservados y coordinados socialmente– se han transformado cada vez más en objetos de desregulación, mercantilización y especulación.

Si los mercados no “crean sociedades”, como pensaba Polanyi, tampoco ha sido posible, en la actualidad, instituir otras formas de sociabilidad y otras formas de política que no reafirmen el “molino satánico” mercantil. Los intentos de contención resultan en lo opuesto, reiterando la heteronomía de la vida social y la aceleración de los procesos que originalmente se buscaba contener. Con esto, todo

octubre, 2014. Disponible en: <https://piaui.folha.uol.com.br/materia/como-vai-acabar-o-capitalismo/>.

sucede como si el capital mismo se acercara a su movimiento “puro”, sin ninguna oposición que lo contenga. Ya no existe, como en la época de Marx, un mundo fuera de su dinámica, que aún debe ser conquistado y domesticado. Pero, al mismo tiempo, y también por eso, el ritmo del movimiento se acelera vertiginosamente, como un vano intento de compensar los límites internos de la valorización del valor que emerge.

En este contexto, el rescate del pensamiento de Polanyi nos sitúa ante una paradoja insoluble. Si, por un lado, la suposición de que la sociedad siempre producirá alguna forma de coordinación y control de los efectos más corrosivos y antisociales de las economías de mercado se ha vuelto poco realista, por otro lado, sigue siendo inaceptable y suicida permitir que el sistema capitalista funcione a partir de sus impulsos disruptivos, que derriban cualquier institución mediadora, en una dinámica que amenaza el orden mismo del capital. Tal contradicción, que se establece sin ninguna perspectiva de superación positiva en el presente, emerge como un “imposible real”, ya que es imposible tanto “domar al monstruo” como no hacerlo. Este es el trasfondo de la cuadratura del círculo mundial, para el cual la enfermedad brasileña y el caso Bolsonaro ofrecen un ejemplo paradigmático.

La nación como negocio

Las tensiones inherentes a una política antisistémica que refuerza el sistema sugieren que, lejos de ser un

fenómeno ideológico, el bolsonarismo –su falsa encarnación antisistémica– se apoya en realidades objetivas y subjetivas, que necesitan ser investigadas. En una primera aproximación, encontramos que el sesgo antisistémico de la respuesta del gobierno de Bolsonaro a la pandemia se sustenta en la naturaleza asesina y suicida de la propia razón capitalista. Visto a través del prisma de la dinámica económica global, la excentricidad de este gobierno en la pandemia, que también es un fenómeno global, cobra sentido y se relativiza. Esencialmente, lo antisistémico se revela como una aceleración del sistema.

En este apartado, enmarcamos el problema desde el ángulo de la historia brasileña contemporánea, que a su vez nos conducirá a la cuestión de la formación nacional. Ciertamente, la más reciente expresión de la expectativa republicana de constituir una nación –siempre atesorada, pero nunca consumada– es la Nueva República, que se fundamenta en la Constitución Ciudadana de 1988. Desde este punto de vista, podemos decir que la forma antisistémica del bolsonarismo cautivó el sentir popular desilusionado con los gobiernos petistas y con las promesas de la Nueva República, encarnada a su manera por el PT. Al mismo tiempo, la recesión económica iniciada en 2014 puso en la agenda un programa antipopular incompatible con el marco institucional, jurídico y cultural diseñado por la Constitución Ciudadana. Por eso, además de las vicisitudes que presenta el personaje, la candidatura de Bolsonaro en 2018 estuvo en sintonía con el resentimiento social de los de abajo y con la ofensiva

depredadora de los de arriba, para abrirse camino en una dirección diferente a la que proyectaba la Nueva República.

Sin embargo, esta inflexión no debe entenderse como un caballito de batalla de la historia, sino como una aceleración de tendencias que ya se daban incluso antes del final de la dictadura. Como ya hemos señalado, la utopía de una ciudadanía salarial ganó forma constitucional en el país en momentos en que las condiciones para su afirmación estaban agotadas en todo el mundo, socavadas por la articulación entre globalización y neoliberalismo, que, a su vez, expresaba una reacción multidimensional ante la crisis estructural del capital.

Sobre este telón de fondo, el colapso de la modernización brasileña venía ocurriendo al menos desde la década de 1990, aunque esta disolución se vio eclipsada por señales que sugerían lo contrario.¹⁰ Por ejemplo, la estabilidad monetaria y política, que difundía la sensación de un país al fin “maduro”; o el fin

10 La idea del colapso de la modernización fue expresada por Kurz (*El colapso de la modernización. Del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial*, Buenos Aires, Editorial Marat, 2016 [1993]). El autor afirmó que el colapso del “socialismo real”, lejos de darle la victoria a las fuerzas del mercado, señalaba una crisis mayor y global del sistema productor de mercancías. El síntoma de esta crisis para países de la periferia capitalista como Brasil sería el fracaso de sus intentos de “actualizar la modernización”, es decir, de sus intentos de forjar un proyecto de desarrollo nacional con la ayuda de la planificación estatal.

del peso secular de la deuda pública externa, acompañada de un mayor protagonismo internacional del país, especialmente, durante los gobiernos petistas, en que se pueden evocar también la reducción temporaria de la pobreza, la expansión del consumo y el acceso a la educación superior, entre otros aspectos. Visto en esta secuencia, el colapso, que ahora parecería evidente, se muestra como un fenómeno repentino, como si los síntomas en la dirección opuesta fueran antes imperceptibles o poco preocupantes.

No obstante, lo que en la superficie se presentaba como avance, progreso y modernidad, apenas disimulaba los profundos impases que marcan la pauta de la economía, con repercusiones en la vida social. A nuestro modo de ver, uno de los motivos subyacentes de este *trompe-l'oeil* se relaciona con la actualización de la predicción de Roberto Schwarz de principios de la década de 1990, cuando afirmó que nuestra experiencia desarrollista se había convertido en “una idea vacía o, más bien, una idea para la cual no había dinero”, debido a las nuevas reglas del juego de la acumulación mundial (Schwarz, 1999, p. 158). Desde entonces, no fue sino en los momentos efímeros en que los activos brasileños fueron valorados por los mercados globales y los dólares volvían al país cuando fue posible simular el retorno, si no del desarrollismo, al menos de aquello que fue llamado desarrollo con ropaje liberal durante los gobiernos tucanos, y luego del neodesarrollismo, bajo el amparo petista.

En la medida en que la economía brasileña se convirtió en una plataforma de valorización financiera

internacional (Paulani, 2008), reafirmando el lugar de dependencia al que pertenece Brasil en un capitalismo global invertido,¹¹ los momentos de expansión solo fueron posibles a partir de las burbujas de crédito y los capitales ficticios de los países centrales. Desde entonces, Brasil solo ha crecido en dos breves períodos: al principio del Plan Real y durante el gobierno de Lula. En ambos momentos, la economía brasileña fue impulsada, precisamente, por la liquidez y por los estados de ánimo favorables de los mercados globales, a lo que se suma, en segundo lugar, el *boom* de los *commodities*. Inevitablemente, el optimismo a corto plazo se disipó rápidamente cuando las simpatías externas se enfriaron y los capitales se retiraron.

Frente a este arraigado cortoplacismo, el desarrollo del país estaba estancado hacía tiempo. Incluso los períodos de simulada reanudación del desarrollo nacional se mostraron impotentes para

11 La expresión “capitalismo invertido”, de Lohoff y Trenkle (*La Grande Dévalorisation: pourquoi la spéculation et la dette de l'État ne sont pas les causes de la crise*. Fé-camp: Post-Éditions, 2014.), describe el proceso contemporáneo en el que ya no es la perspectiva de valorización productiva la que orienta el rumbo de las finanzas, sino la perspectiva de acumulación financiera a corto plazo que, al inflacionar artificialmente algunos activos, termina alentando ciertas inversiones productivas. El hecho de que esta lógica “invertida” se haya intensificado exponencialmente luego de la crisis de 2008 da cuenta de su tendencia a convertirse cada vez más en el propio *modus operandi* del capitalismo mundial integrado.

revertir la continua desindustrialización y la consecuente reprimarización de la economía en el marco del extractivismo. En ese contexto, los efímeros momentos de “pleno empleo” apenas ocultaban la precarización de las relaciones laborales, la alta rotación de puestos de trabajo y el crecimiento del “emprendedorismo”. Siguiendo la tendencia global de largo plazo de la disminución de la rentabilidad desde la década de 1970,¹² la tónica de la economía brasileña ha sido la búsqueda de válvulas de escape, frente a un proceso de reproducción ampliado y acumulación productiva de capital crónicamente débil.

A diferencia del período de intenso crecimiento económico del país en el siglo XX, en el que se combinaron la dependencia externa con la explotación del atraso y la precariedad de la vida social para cimentar el proceso de industrialización más rápido del mundo (Oliveira, 2015b), hoy prevalece una dinámica capitalista, dependiente y precaria, pero que no apunta a nada más allá de sí misma. Sin ningún motor económico dinámico en vista, la pretensión de estimular el “espíritu animal” de los empresarios solo puede dar lugar a dispositivos especulativos y de desposesión, que en Brasil se han perpetuado como vías privilegiadas de acumulación: privatizaciones, concesiones y exenciones de impuestos a los sectores privados, expansión de las formas de renta de la tierra, fusiones y adquisiciones de empresas,

12 Laurent, Vladimir; Maldonado Filho, Eduardo; Marquetti, Adalmir, “The Profit Rate in Brazil: 1953-2003”, *Review of Radical Political Economics*, v. 42, n. 4, 2010.

flujos de ingresos de la deuda pública, y también del endeudamiento de los hogares, breves momentos de apreciación de las acciones, además de corrupción abierta y sistémica.

Para establecer la cuestión en términos estructurales: existe una vasta tradición del pensamiento democrático brasileño que, a lo largo del siglo XX, abordó el problema de la formación nacional (Sampaio Jr., 1999). La premisa de este enfoque es que la independencia era una condición necesaria pero insuficiente para formar una nación. Según Caio Prado Jr. (2000), la esencia del problema consiste en invertir el significado original que se le dio a la colonización, proceso impulsado por una lógica depredadora e inmediateista, en el que se formó una sociedad orientada por objetivos mercantiles, ajenos a las aspiraciones de su población. En resumen, Brasil nació como un negocio y, desde entonces, se ha reproducido como una empresa. Visto desde esa óptica, la formación de la nación se confunde con la superación del origen colonial, poniendo los frutos del trabajo y las riquezas naturales al servicio de los deseos y necesidades de la población en su conjunto.

De este marco general surgieron diferentes lecturas y proposiciones, que tenían como horizonte la constitución de una sociedad relativamente equitativa, una economía autodeterminada, una cultura autorreferida y una política soberana. La propia concepción de un proyecto de democracia popular en los orígenes del PT remite a este ideal, que también informó, aunque de manera espuria, la ideología

neodesarrollista de los gobiernos del PT. Cuando se aborda la historia reciente del país desde este ángulo, el análisis sugiere que, si la frustración respecto de los gobiernos del PT se identifica en alguna medida con una desilusión con la Nueva República, esta desilusión reforzó el desencanto hacia un proyecto de nación que nunca se lleva a cabo.

La reflexión dilucida el juego de espejos de Jair Bolsonaro como político profesional, que prefigura su nacionalismo invertido en cuanto presidente. Como es sabido, Bolsonaro se construyó a sí mismo criticando retóricamente a las instituciones de la Nueva República que, paradójicamente, sirvieron de pilar de su propia carrera, así como lo hizo con la democracia, el Congreso y los medios de comunicación.¹³ El

13 En 1986, con 31 años, Bolsonaro firmó un artículo en la revista *Veja* exigiendo mejores salarios para los militares, convirtiéndose en la fuente del semanario dentro de la institución. Sin embargo, al año siguiente relató a una periodista los planes de hacer estallar bombas para socavar la credibilidad del ministro del Ejército, Leônidas Pires. Eran los primeros años después del final de la dictadura, y además de la cuestión salarial, era evidente la frustración de los jóvenes soldados debido a la disminución de su poder. La revista hizo público el plan, Bolsonaro declaró que *Veja* mentía y Pires lo defendió. Luego, la revista publicó evidencias, incluidos algunos bocetos del propio Bolsonaro mapeando las explosiones. El capitán fue investigado, estuvo preso unos días y al final del episodio fue pasado a retiro. Famoso entre sus pares, fue electo concejal en Río de Janeiro y diputado federal en 1990. Desde entonces, ha sido diputado durante siete legislaturas a lo largo de veintiocho años, pasando por nueve partidos distintos.

excipitán fue elegido diputado en los albores de la Nueva República, encarnando el resentimiento de los jóvenes soldados que veían el fin de la dictadura como una degradación de las oportunidades de prestigio, poder y dinero que, en ese entonces, ofrecía la carrera. Nunca más salió de Brasilia. Escupir el plato del que comía se convirtió en su forma de vida, en una actuación amplificada por los medios, que le abrió las puertas, dando lugar a la violencia y a las amenazas que generan audiencia. El excipitán era una *fake news* en persona.

Del otro lado de la destrucción retórica de lo que lo construyó como político, la ideología del gobierno de Bolsonaro reivindica retóricamente un nacionalismo que, en la práctica, es la antítesis de la nación. Una ideología que construye retóricamente lo que su gobierno destruye en la acción. Sin embargo, este falso nacionalismo encuentra una base objetiva en el hecho de que Brasil nunca se realizó como nación. Es un nacionalismo falso, que se casa con una idea de nación falsa. Es precisamente porque la nación nunca se ha afirmado y sus tenues cimientos pierden cada vez más sus bases objetivas, que el desmantelamiento del país puede disfrazarse de propósito nacional, o que la devastación de la Amazonia puede presentarse como una defensa de la soberanía, entre otros dislates.

Un síntoma de este *quid pro quo* ideológico es el papel de los militares como columna vertebral de la burocracia estatal del gobierno de Bolsonaro, con la intención de ofrecer una apariencia de orden nacional, en medio del desorden que ayudan a crear. Como señala Domingos Neto (2021, p. 18), estos

“narcisos uniformados” tomaron la recomendación extranjera de “transformar los ejércitos nacionales en policías que les compraban armas e ideas”, lo que, dicho sea de paso, es casi un desarrollo lógico para aquellos que nunca se embarcaron en una guerra en un territorio que no sea contra su propio pueblo. Por lo tanto, contrariamente a los verdaderos *players* militares del mundo, que invierten cada vez menos en personal y cada vez más en tecnología de guerra, la tendencia en Brasil es aumentar las tropas, los oficiales y su salario.

De hecho, este reposicionamiento de los militares está en consonancia con el vaciamiento de la idea misma de nación. En el pasado, las Fuerzas Armadas asociaron su poder a la industrialización del país, que se consolidó entre dos dictaduras (1937-1946 y 1964-1985) que evocaban un proyecto nacional. En el siglo XXI, ante la regresión industrial y la degradación social del país, los cuarteles renunciaron a un “Brasil potencia”, una ideología que encontró su último avatar en el neodesarrollismo del PT. El gobierno de Bolsonaro asumió su papel de gestor armado de la vida social, apostando a una relación privilegiada con Estados Unidos, posición que encarrió el excanciller del gobierno, quien escribió: “Solo un Dios podría aún salvar a Occidente, un Dios que trabaje para la nación, incluso, y quizás especialmente, para la nación estadounidense”. Y concluyó: “Trump todavía puede salvar a Occidente”.¹⁴

14 Araújo, Ernesto. “Trump e a história”, *Cadernos de Política Exterior*, v. 3, n. 6, p. 356, diciembre 2017.

En síntesis, hay una correspondencia entre la inflexión en la forma en que los militares entienden su propio rol y la reafirmación de la lógica depredadora de los negocios, que remite al pasado colonial. Ante la imposibilidad de formar una nación, lo que queda desde el punto de vista burgués es la expoliación, que, por definición, solo puede ser inmediata, en el doble sentido del término: no hay mediaciones que contengan el ansia de valorización, como tampoco hay un horizonte de futuro. Esta realidad objetiva sustenta la política del gobierno de Bolsonaro que, nuevamente, no inauguró este movimiento, sino que lo intensificó e iluminó. La depredación, que alguna vez se pretendió domesticar o instrumentalizar a favor de un proyecto de país, ahora se eleva como la razón de ser del Estado.

El imperativo de la acumulación de capital en Brasil tiene cada vez más como corolario la profundización de la lógica pura y dura del mercado. Se prescinde de la cobertura retórica de los gobiernos anteriores, cuando se suponía que estaba en marcha algo constructivo para el país. La propensión a asumir sin ambigüedades en qué se ha convertido el capitalismo por estas latitudes quedó de manifiesto en una reunión ministerial realizada en abril de 2020 –cuya grabación fue difundida posteriormente– en la que el ministro de Medioambiente, Ricardo Salles, defendió “pasar por arriba al ganado”, es decir, incentivar la apropiación de tierras y la destrucción ambiental, mientras que el ministro de Economía

exclamaba “tenemos que vender esta mierda”¹⁵, refiriéndose al Banco do Brasil.¹⁶

Bolsonaro aparece literalmente como un *bandeirante* del siglo XXI: es el señor esclavista que abre los caminos por donde pasará el progreso de los paulistas.¹⁷ Pero esta política no se reduce a

15 Las trayectorias personales de estos ministros son sintomáticas del alcance de la complicidad de la clase dominante con el gobierno de Bolsonaro. Salles entró a la política como secretario privado del exgobernador de São Paulo, Geraldo Alckmin, del PSDB, para quien se desempeñó como secretario de Medioambiente (2016-2017). Luego se postuló como diputado federal por el Partido Novo, pero no resultó electo. Sin embargo, el gobierno de Bolsonaro lo llevó a Brasilia. Guedes, por su lado, solo se convirtió en el “Posto Ipiranga” del entonces candidato Bolsonaro cuando el presentador de televisión Luciano Huck se retiró de la candidatura presidencial.

16 “Escuche y lea íntegramente la reunión ministerial de Bolsonaro difundida por el Supremo Tribunal Federal”, *Brasil de fato*, 22 de mayo de 2020. Disponible en: <https://www.brasildefato.com.br/2020/05/22/ouca-e-leia-na-integra-a-reuniao-ministerial-de-bolsonaro-liberada-pelo-stf>.

17 Los llamados *bandeirantes* exploraron el territorio de la América portuguesa en el período colonial en busca de minerales y piedras preciosas, pero también cazaban indígenas y se enfrentaban con los quilombos de esclavos africanos. Actuaron especialmente en el sureste de lo que hoy es Brasil, en la región donde se sitúa São Paulo, centro industrial y financiero del país. Los *bandeirantes* fueron posteriormente glorificados como precursores del espíritu emprendedor de la burguesía paulista, es decir, de la burguesía del Estado de São Paulo.

traspasar las fronteras mercantiles, entronizando el despojo como política de Estado. Lo que hace este *bandeirante* del siglo XXI, aunque de manera impredecible, porque es en gran medida intuitivo, es ampliar el horizonte aspiracional de su base. El presidente está quemando la fina capa de la sociedad civil brasileña, mientras profundiza la dinámica autofágica de los negocios. En otras palabras, la violencia en la economía corresponde a una brutalización de la cultura: esta economía de tierra arrasada es el suelo fértil en el que el bolsonarismo cultiva las semillas de la nueva normalidad.

Ciertamente, la forma perfecta de esta fusión entre violencia económica y embrutecimiento social es el poder de las milicias, que también salió de las sombras, para broncearse al sol de Brasilia. En Brasil, como en otras partes de América Latina, las relaciones entre el Estado, la economía criminal y el poder corporativo están entrelazadas y tienden a ser simbióticas. Sin embargo, la élite que forjó una relación instrumental con Bolsonaro, reforzada por el ministro Paulo Guedes, no se conmueve con esta cruda realidad: ellos también creen que los monstruos eventualmente regresarán a las sombras. Su vínculo fundamental con el gobierno está dado por su apuesta por la austeridad fiscal, las privatizaciones y las infinitas reformas.

Nuevamente, este consenso burgués ya estaba establecido antes del gobierno de Bolsonaro. La diferencia es que, en consonancia con lo que ocurre en términos de producción, la austeridad también se está convirtiendo cada vez más en un fin

en sí mismo. En la implementación del Plan Real, o durante la primera administración de Lula, se esperaba que la apuesta por la austeridad y por las reformas en favor del mercado se vería recompensada con entradas masivas de capital extranjero, impulsando períodos cortos de crecimiento con expansión interna del gasto y el crédito, además de alguna inversión productiva. Actualmente, nada de esto está disponible. Bajo el gobierno de Bolsonaro, la tríada austeridad, reformas y privatización, sumada a la reducción interna de las tasas de interés (posibilitada por la caída de la inflación en medio de un alto desempleo y tasas de interés internacionales muy bajas), en el mejor de los casos, posibilitó ganancias de capital en las bolsas de valores, sin relación con una economía real postrada (Lavinás, Araújo & Gentil, 2020). Este radical descenso de las expectativas, que solo puede ser mitigado por un eventual *boom* de los *commodities*, vuelve aún más especulativo y cortoplacista el horizonte capitalista, lo que, a su vez, refuerza el compromiso de las partes con la citada tríada, a la expectativa de producir espasmos de apreciación de las bolsas de valores o de la moneda nacional.

Pero esta degradación en espiral de las condiciones de acumulación corre el riesgo de volverse disfuncional: al incitar a las compulsiones más deletéreas del capitalismo contemporáneo, la aceleración bolsonarista deteriora el marco institucional actual hasta tal punto que provoca reacciones en el piso más alto de la sociedad, a la cual pretende servir. Así, la invitación a saquear el medioambiente choca con la

resistencia internacional, amenazando con echar por tierra el acuerdo negociado con la Unión Europea. La tragedia sanitaria, conscientemente amplificadas, termina por profundizar la recesión económica y la fuga de capitales extranjeros. Y, *last but not least*, el malestar social socava un “entorno empresarial saludable”, como sugirió un manifiesto de banqueros y empresarios en marzo de 2021, que criticaban la acción del gobierno en la pandemia.¹⁸ Por no hablar de los efectos colaterales de las esporádicas impulsividades del presidente, como sus manifestaciones de sinofobia, cuando el país depende cada vez más de los lazos con China, o el cambio de presidente de Petrobras para complacer a los camioneros, gesto que fue respondido con una violenta caída de las bolsas. Este malestar de los de arriba se hace evidente en los medios corporativos, que critican duramente al gobierno del excapitán, pero desde una óptica que se hace eco, punto por punto, de las críticas de estos sectores del mercado.

En resumen, al liberar el monstruo de la acumulación pura y dura, el gobierno de Bolsonaro pone en marcha tendencias potencialmente antisistémicas que, a su vez, generan oposiciones dentro del propio sistema. Después de todo, para que la lógica empresarial prospere, es necesario saber cuándo pisar el freno. Vale la pena recordar la máxima de Joseph

18 “Na íntegra: o que diz a dura carta de banqueiros e economistas com críticas a Bolsonaro e propostas para pandemia”, *BBC News*, 22 mar. 2021. Disponible en: <https://www.bbc.com/portuguese/brasil-56485687>

Schumpeter (1979, p. 119), elaborada en otro contexto, de que los automóviles “van más rápido precisamente porque tienen frenos”.

“Tenemos mucho que deconstruir...”

Pero ¿cómo exigirle un freno a alguien que, a los pocos meses de ser electo, dijo: “Brasil no es un campo abierto donde pretendemos construir cosas para nuestro pueblo. Tenemos mucho que deconstruir. Tenemos mucho que deshacer. Entonces podemos empezar a hacerlo. Si yo puedo servir para que esto sea, al menos, un punto de inflexión, ya estoy feliz”?¹⁹

El punto de inflexión autodeclarado por el excapitán es, en sí mismo, todo un programa. Al asumir la tarea de deconstrucción del país, Bolsonaro revela algo nuevo, que no puede ser captado por las categorías tradicionales de autoritarismo o conservadurismo, incluso si estos elementos están presentes. Después de todo, un presidente elegido por el voto popular no llegó al poder de meramente autoritaria, así como quien deconstruye no puede simplemente preservar las estructuras existentes. En consecuencia, las referencias atávicas que pueblan la retórica bolsonarista (familia, orden,

19 “Nós temos é que desconstruir muita coisa, diz Bolsonaro durante jantar”, *Valor Econômico*, 18 mar. 2019. Disponible en: <https://valor.globo.com/brasil/noticia/2019/03/18/nos-temos-e-que-desconstruir-muita-coisa-diz-bolsonaro-durante-jantar.ghtml>

religión, dictadura militar) no sirven para volver al pasado, sino para instrumentalizar algo nuevo. Pero ¿qué exactamente?

A diferencia de los políticos tradicionales de derecha e izquierda identificados con el “sistema”, la efectividad de la política bolsonarista está ligada al hecho de que va con la corriente, en el sentido de que es impulsada por una dinámica ya puesta en marcha. La deconstrucción predicada de forma histriónica es legitimada por un proceso de deconstrucción social real, es decir, por el hecho de que la sociedad brasileña es cada vez menos digna llamarse así. Al asumir esta negatividad social sin ambages, el bolsonarismo le da expresión y forma a un resentimiento inevitable frente a la desocialización en curso. En este contexto, su carácter único y “subversivo” emerge como un desdoblamiento natural: en lugar de prometer suavizar los crecientes antagonismos, o suturar los lazos sociales disueltos, incluso en el plano discursivo, esta política propone gobernar a través de la demolición y la deconstrucción de los lazos sociales e institucionales, en un proceso alimentado por la dinámica económica actual.

De ahí que el aura de autenticidad del presidente emane de la forma poco convencional con la que hace política, pero también de su contenido. El ex-capitán maneja el lenguaje de la brutalidad, que un pueblo brutalizado conoce y entiende. Como Lula, Bolsonaro se comunica con la gente, aunque de forma perversa. El lenguaje brutal transmite un mensaje violento pero real: en lugar de las falsas promesas de los políticos de siempre, que pretenden contener

la crisis, Bolsonaro reconoce la crisis. El militar admite la autofagia (la lucha de todos contra todos) y promete armar a sus electores para defenderse atacando, como él mismo lo hace. Su autenticidad es el reverso de “Lulinha paz y amor”, en un momento en que se deshacía el lente color de rosa con el que el lulismo retrataba la realidad.

La fuerza del bolsonarismo reside en una positivización de la dinámica social que produce y reproduce la indiferencia, el miedo y el odio, manipulados políticamente a su favor. La indiferencia, en una sociabilidad que desprecia los valores humanos y las cualidades sensibles y concretas que no sirven al dinero; el miedo, ante la precariedad, la violencia y la incertidumbre, en el presente y en el futuro; y el odio, destilado hacia los demás y hacia uno mismo, ya que el culto a la competencia transforma al otro en un enemigo potencial, al mismo tiempo que se individualiza la responsabilidad y la culpa de las desgracias de cada uno.

Como en el “salto mortal de la mercancía” descrito por Marx, es decir, el imperativo de transformar las mercancías en dinero, lo que surge con la reducción de las personas mismas a mercancías (o “capital humano”) es una lógica que se aproxima a una guerra civil interminable, en el doble sentido del término: interminable porque es permanente, pero también porque no tiene objetivo. Es una guerra permanente, precisamente porque no tiene un objetivo que conquistar. Esta guerra se alimenta de la precariedad de la vida, de la lucha de todos contra todos en el mercado laboral y del deshilachamiento de los

lazos solidarios y colectivos que naturaliza el bolsionarismo. En lugar de transformar esta realidad, los embates de la vida deben asumirse como tales, sin atenuantes: “Tenemos que dejar de ser un país de mariquitas”, en palabras del presidente.²⁰ El bolsionarismo se afirma como una forma política de violencia sin fin, en un mundo en el que la violencia de la valorización sin fin se eleva a un nuevo nivel.

De esta manera, se dilucida la diferencia fundamental entre el gobierno de Bolsonaro y las administraciones del PT que lo precedieron. Los críticos del progresismo sudamericano afirman que, al renunciar a enfrentar las raíces estructurales de la desigualdad y la dependencia, el gobierno del PT y sus contrapartes se resignaron a gestionar la crisis (Santos, 2018). El gobierno de Bolsonaro, por su parte, no se propone hacer ninguna gestión, ya que gobierna a través de la crisis. En lugar de frenar la desocialización autofágica, el gobierno de Bolsonaro la acelera. Sin intención de gestionar la crisis en la que está inmerso el país, Bolsonaro opera generando crisis (algunas reales, otras ficticias) por las que navega. De esto parte el sentido de su política, cristalino como en la reunión grabada en abril de 2020, pero también en la respuesta a la pandemia: es una lucha contra todo lo que se le opone. Es también

20 Amado, Guilherme. “As cinco piores declarações de Bolsonaro sobre a pandemia”, *O Globo*, 28 de diciembre de 2020. Disponible en: <https://oglobo.globo.com/epoca/guilherme-amado/as-cinco-piores-declaracoes-de-bolsonaro-sobre-pandemia-1-24814810>.

una política fetichizada, en el sentido de que se lleva a cabo como un fin en sí mismo: no hay proyecto, no hay futuro. Para el bolsonarismo, la lucha es un fin en sí mismo.²¹

La politización de la agresividad social operada por esta política tiene una base objetiva y funcional. Es pertinente evocar la lectura de Max Horkheimer (1982) sobre la demagogia de la extrema derecha del período de entreguerras en el siglo pasado. Según el intelectual alemán, la demagogia no es solo una forma de desahogar la ira de las masas contra quienes amenazan el poder establecido, más aún hoy, cuando no hay perspectivas de ninguna revolución. Esta politización de la agresividad se produce como una forma odiosa pero eficaz de igualación social.

Al dirigir la frustración social contra aquellos que son vistos como extraños, fuera de la norma o relativamente inmunes a las compulsiones sociales en curso, los demagogos difunden la sensación de que nadie escapará a la destrucción general. Los percibidos como diferentes o relativamente protegidos de la degradación de la existencia que se impone como regla deben ser execrados o normalizados, en el sentido de que también se sometan a la degradación general. En Brasil, hoy, esta condición puede proyectarse en el desempleado que depende de las políticas de distribución de ingresos, en un empleado del sector público que goza de estabilidad laboral o

21 A raíz de esto surge la declaración del entonces ministro de Educación, Abraham Weintraub, en la citada reunión de abril de 2020, de que venía al gobierno “para luchar”.

en un beneficiario de una política de cupos. Se trata de una nivelación que se opone a la igualdad sustantiva, porque es una nivelación de la infelicidad y del desprecio socialmente producidos, que gratifica perversamente a los individuos, mostrándoles que no hay mejor alternativa a la vida que la propia mediocridad cotidiana, y que, a la vez, refuerza la idea de que todo debe seguir como está. Una vez más, se puede observar cómo la inclinación antisistémica del bolsonarismo es funcional al sistema.

There is no alternative [No hay alternativa]: se actualiza la máxima neoliberal consagrada por Margaret Thatcher. A diferencia del período en que el neoliberalismo desembarcó en Brasil, cuando la utopía de la globalización autorizó al presidente Fernando Henrique Cardoso a prometer “un nuevo Renacimiento”, la autofagia social hoy ya no es sublimada, sino asumida sin ambigüedades.²² De ahí el aura de autenticidad de Bolsonaro, que se toma en serio el miedo, el odio y la indiferencia, no para enfrentarlos, sino para gobernar a través de estos. Al dar forma pública a deseos y sentimientos previamente reprimidos, el bolsonarismo fomenta la normalización de la autofagia.

La otra cara de esta normalización es la erosión de viejos referentes rectores de la vida, como

22 “Retórica Presidencial. O Presidente discorre sobre o ‘universal concreto’, de Hegel. FHC vê novo Renascimento e evita falar em desemprego”. *Folha de São Paulo*, Diciembre, 1997. Disponible en: <https://www1.folha.uol.com.br/fsp/brasil/fc181202.htm>. Último acceso: 1° de abril de 2022.

la razón, la nación, la sociedad, el trabajo, la ciudadanía y el progreso. Entre otras consecuencias, el campo se expande para deconstruir la idea misma de verdad, reforzado por el hecho de que tales referencias nunca llegaron a ser universales en Brasil.²³ En otras palabras, la ciudadanía siempre ha sido una mentira o, en el mejor de los casos, una verdad a medias.²⁴ Este desapego entre la representación de la realidad en la política y los medios versus la dura verdad de la vida cotidiana de la mayoría es uno de los elementos en los que se sustenta el uso de las *fake news* y la flagrante tergiversación de los acontecimientos típicos del bolsonarismo.

La efectividad del discurso de Bolsonaro frente a la pandemia está relacionada con esa misma conjunción entre pseudociudadanía y desprestigio de las instituciones. Por un lado, el presidente se basó en lo que puede describirse como una relación

23 Arantes (2021) expone la génesis de lo que denomina “ideología francesa”, al inventariar el concepto de deconstrucción que aparece en la filosofía y las ciencias humanas occidentales como una forma de negar la anterior predilección del pensamiento por los grandes relatos históricos y por la idea misma de verdad. Surgida entre académicos de izquierda y haciéndose eco de la pérdida de antiguas referencias políticas e intelectuales, la idea de deconstrucción ahora también puebla el *métier* de la extrema derecha.

24 Las altas tasas de deserción en las escuelas públicas brasileñas durante la pandemia son síntoma de una incredulidad en las instituciones, en la educación como medio de ascenso social y en el futuro en su conjunto.

haitiana entre el pueblo y el Estado. Al igual que con el terremoto de la isla caribeña de 2010, muchos ya no esperaban el apoyo del gobierno.²⁵ A diferencia de la realidad de algunos países europeos, a casi nadie se le pasa por la cabeza que el Estado brasileño asuma la responsabilidad financiera de mantener a los trabajadores en casa durante la pandemia.

Un segundo aspecto es la desacreditación generalizada de las instituciones, incluida la red Globo, el principal monopolio de medios de comunicación del país. Muchos brasileños confinados no dejaron de escandalizarse ante la ignorancia de un pueblo que insistía en prestar atención al presidente lunático a contramano del sentido común y de la ciencia, sostenido además por la prensa que hostilizó el negacionismo de Brasilia. Sin embargo, es posible indicar que la indiferencia popular tiene menos que ver con la ignorancia que con el merecido descrédito de la red Globo y de los medios afines, cuya sórdida actuación ha sido denunciada desde siempre en las manifestaciones: “¡El pueblo no es bobo, abajo la red Globo!”.

El discurso de Bolsonaro está dirigido a la población que no cree en Lula ni en la red Globo; que olfatea cierta autenticidad en el presidente; que no espera nada del Estado y que, si recibe seiscientos reales del *auxilio emergencial*, va a seguir trabajando. Bolsonaro dialoga con las alternativas que parecen abiertas a la población trabajadora. En línea

25 Thomaz, Omar Ribeiro. “O terremoto no Haiti, o mundo dos brancos e o Lougawou”, *Novos Estudos Cebrap*, n. 86, 2010.

con su lógica, no se propuso contener la pandemia, sino defender la libertad de las personas para que vayan a trabajar. Defiende la libertad del “empreendedorismo”, la libertad de que las personas luchen en el mundo autofágico su supervivencia. Ante un aislamiento imposible (por las condiciones habitacionales) e impracticable (por la necesidad económica), muchas personas esperan que el Estado, al menos, no les impida luchar.

En síntesis, la novedad del bolsonarismo como forma política es la instrumentalización del autoritarismo y el conservadurismo que lo caracterizan, pero también la transgresión y la autenticidad, en el sentido de normalizar la sociabilidad autofágica que lo produjo y lo impulsa.

La guerra simbólica y política como espectáculo

En una realidad en la que la deconstrucción como método erosiona cualquier posibilidad de proyecto nacional, mientras que la atomización neoliberal erosiona el fundamento de toda sociabilidad, ¿en qué se sustenta el nacionalismo bolsonarista? A falta de bases materiales para unificar al conjunto de la población, como en el pasado, la idea de nación ya no puede movilizarse para evocar un nuevo cuerpo social. De ahí que la búsqueda de una identidad política para que este cuerpo nacional deformado no se presente como una promesa de transformación de las instituciones sociales y económicas, sino como una simbolización “patriótica” de la lógica corrosiva de la lucha de todos contra todos.

En la ideología bolsonarista, la impotencia de cambiar la dinámica social y la construcción de una nación se compensa con una hipertrofia de la dimensión cultural y de los valores. La otra cara del conformismo inherente a la normalización de la autofagia es la permanente movilización de valores en defensa de una nación mistificada. Como si la moral pudiera contener la disolución social que produce la economía.

Esta movilización moral responde a un proceso social objetivo: la erosión de la familia patriarcal como núcleo de reproducción social, lo que puede ser visto como una dimensión de la crisis del capital, que afecta también la forma en que el patriarcado se articula en este sistema.²⁶ Este es el trasfondo del ascenso de la lucha feminista, así como también de los derechos LGBTQIA+. No obstante, el movimiento de las placas tectónicas de la discriminación que, de diferentes formas, también incita las luchas por la igualdad racial y los derechos indígenas es percibido por muchos como una amenaza a la familia patriarcal, idealizada como la última referencia de estabilidad en un mundo en el que las referencias se descomponen. La afinidad electiva entre el cristianismo conservador y el bolsonarismo puede interpretarse como una reacción desesperada de los hombres, pero también de las mujeres, que sienten amenazado su lugar social, aunque sea un lugar subalterno. La cruzada moral bolsonarista encarna la reconquista de este lugar.

26 Scholz, Roswitha. "O valor é o homem", *Novos Estudos*, Cebrap, n. 45, 1996.

Representada como una guerra, esta política re-crea en el plano cultural la sociabilidad violenta que se pretende normalizar, que es también una forma de reivindicar el cambio sin cambiar nada: defender el orden atacándolo. Por lo tanto, se trata de una política conservadora no solo por su contenido cristiano, sino también por su forma. La cruzada moral bolsonarista da forma y color ideológico a lo que, en realidad, se entrega directamente a la autofagia.

La entrega aparece como conquista, lo viejo como nuevo, la mentira como autenticidad, la amenaza como víctima, la defensa como ataque, y así sucesivamente. Estas inversiones sugieren que la eficacia del bolsonarismo como política de masas reside no tanto en lo que ofrece como en la imagen que construye y cultiva de sí mismo. Así como poco importa que Bolsonaro sea un político profesional, mientras sea percibido como un *outsider*, poco importa que la “guerra” contra la pandemia sea un desastre o no, mientras la guerra cultural sea efectiva. Como sucede en el mundo virtual que lo eligió, Bolsonaro eleva su política como espectáculo a una nueva potencia.

Esta constatación complica el análisis de João Cezar de Castro Rocha sobre la guerra cultural como elemento central del bolsonarismo.²⁷ La destrucción de las instituciones que la dinámica bolsonarista

27 Barros, Ciro. “‘Quanto maior o colapso do governo, maior a virulência da guerra cultural’, diz pesquisador da UERJ”, *Pública*, 28 de mayo de 2020. Disponible en: <https://apublica.org/2020/05/quanto-maior-o-colapso-do-governo-maior-a-virulencia-da-guerra-cultural-diz-pesquisador-da-uerj/>.

produce compromete las condiciones elementales de la gestión pública, que resulta en una paradoja: “Sin guerra cultural, no hay bolsonarismo. Pero con una guerra cultural no puede haber gobierno de Bolsonaro”. Por ejemplo: ¿cómo hacer política pública con el desmantelamiento del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE)? En esa clave, el desapego entre el mundo paralelo bolsonarista y las exigencias de la realidad pasará factura en algún momento. Y luego escalará la violencia: “Cuanto mayor sea el colapso del gobierno, mayor será la virulencia de la guerra cultural, y mayor será la tendencia a que esta guerra virtual se desborde en las calles”.

Parece razonable suponer que, si se ve acorralado, el bolsonarismo responderá con más violencia cultural y represión. Sin embargo, independientemente de la evolución de este gobierno, se perfila una forma de hacer política que apunta a algo nuevo, en que el foco en la importancia del IBGE puede no estar puesto.

Nos preguntamos: ¿qué pasa si la efectividad política del bolsonarismo reside en otra parte? ¿Y si esta forma política no es una aberración sino una tendencia? ¿Y si, en lugar de una especie de contramovimiento polanyiano para enfrentar este desapego, el futuro señala una radicalización de la política como espectáculo? El caso indio revela un ejemplo avanzado de la combinación entre la espectacularización de la política y la fuerza bruta, que problematiza la paradoja mencionada por Rocha: a pesar del desmantelamiento de la capacidad del Estado indio para formular e implementar políticas públicas, Narendra

Modi fue reelecto en 2019, y su partido obtuvo la mayoría en el Parlamento (Sundar, en prensa). Es cierto que la organicidad social y el dominio institucional del nacionalismo hindú son muy superiores a los del bolsonarismo. En todo caso, la premisa de que gobernar en el siglo XXI significa gestionar las crisis puede resultar anacrónica como una dictadura que se apoya en los tanques en las calles.

En síntesis, Bolsonaro lleva al paroxismo el carácter fetichista de la política contemporánea, cuya eficacia no está donde promete estar (en el abordaje de problemas concretos), sino en la adhesión que produce por sí misma. En este proceso, asciende el desapego entre la imagen y la realidad a un nuevo nivel. De hecho, el bolsonarismo surge como una política de los impotentes, que va desde la geopolítica hasta los hogares, pero que resignifica la impotencia a través de una virilidad simbólica. El enfrentamiento se traslada al terreno de lo simbólico, lo que no significa que se trate de falsos conflictos o falsos cambios, sino, más bien, que estas disputas se libran principalmente en el plano cultural y subjetivo, mientras se reemplaza y acelera la dinámica social autofágica que esta política no produjo, pero en la que se apoya.

La impotencia para el cambio es uno de los elementos que explica por qué este tipo de nacionalismo, en Brasil y en el mundo, prescinde de las rupturas institucionales asociadas al nacionalismo de derecha o de izquierda en el siglo XX, bajo la forma de revoluciones y contrarrevoluciones. Por el contrario, el respaldo de las urnas ha sido fundamental para su legitimidad. Impotente para construir, la

deconstrucción general que guía la lucha bolsonarista tiene un carácter meramente negativo: no hay perspectivas de construir una nueva institucionalidad, al igual que en los nacionalismos de antaño. Puesto que una efectiva refundación nacional, por derecha o por izquierda está fuera de juego, la nación aparece bajo una forma mistificada, provista de una sustancia de orden moral y religioso. Por eso el lema adoptado por el gobierno federal, “Brasil por encima de todo, Dios por encima de todos” [*Brasil acima de tudo, Deus acima de todos*], indica otra paradoja más del bolsonarismo: una autenticidad que desemboca en una mistificación.

Ante esta realidad, pese a complejizarse cada vez más hacia una ruptura institucional, la revolución invertida del bolsonarismo no podrá instituir ni siquiera un simulacro de “proyecto nacional”, a diferencia de la autoproclamada “Revolución” de 1964, cuando el terrorismo de Estado allanó el camino para algo que aún podría ser denominado “Brasil potencia”.

Parte III: La espiral (idas y vueltas de la contención)

Los límites de la aceleración: de la “revolución invertida” a un “lulismo invertido”

Pero ¿cuál es el límite de esta destrucción desde el punto de vista del sistema? ¿En qué medida la aceleración bolsonarista demanda contención? ¿Puede el ímpetu antisistémico provocar reacciones sistémicas con el propósito de moderarlo, encuadrarlo o hasta descartarlo? ¿Qué formas políticas puede adoptar esa contención? ¿Y qué eficacia esperar de estas respuestas?

Durante el primer año de pandemia se vislumbraron diferentes caminos, algunos incluso dentro del propio gobierno. Hubo momentos en que la bola de nieve bolsonarista amenazó con derretirse bajo el calor de las numerosas peleas en las que se metió. Criticado en la prensa, fustigado por el Poder Judicial, hostilizado por la clase dominante y con su popularidad amenazada, el oportunista antisistémico vistió la camisa de la política fisiológica de siempre, comprando con cargos y presupuesto la fidelidad del aglomerado de pequeños partidos venales conocido como “centrão” en el Congreso Nacional. Al mismo tiempo, asumió una conducta más discreta y menos belicosa, que fue bien recibida por el gran capital y por los medios de comunicación. La expectativa era que, sin causar ruidos innecesarios,

el gobierno pudiese finalmente impulsar las reformas y privatizaciones prometidas. ¿Estará la fiera finalmente domada?¹ ¿Se acomodará la élite brasileña a un Bolsonaro sin bolsonarismo?

El mismo movimiento puede ser visto desde otro ángulo. Cuando, en 2020, se aprobó un auxilio de emergencia que distribuyó cuatro veces más dinero (seiscientos reales) a cuatro veces más personas que el Bolsa Familia petista, el país experimentó una inédita reducción temporaria de la pobreza absoluta. El presidente capitalizó la situación, y su popularidad aumentó en medio a la devastación sanitaria. Esas políticas de transferencia de ingreso coincidieron con una estabilización de las relaciones con el Congreso, en un momento en que Bolsonaro ensayaba una versión menos ideológica de sí mismo, pacificando las relaciones con el Supremo Tribunal Federal y con los

1 Cuando justificó su adhesión al entonces candidato Jair Bolsonaro, Paulo Guedes explicó el razonamiento de aquellos que representaba: “Todos allí trabajaban para Aécio, un ladrón y un drogadicto. Trabajó para Temer, un ladrón. Trabajó para Sarney, un ladrón y un sinvergüenzas que encuadró todo Brasil. Entonces llega un sujeto completamente tosco, bruto y consigue votos como lo hizo Lula. La élite brasileña, en vez de entender y decir: “Nosotros tenemos la oportunidad de cambiar la política brasileña para mejor [...]. Ah, pero él grita esto y grita aquello [...] ¡Amansa al hombre!”. Cuando se le preguntó si era posible amansar a Bolsonaro, sentenció: “Creo que sí, ya es otro animal”. Gaspar, Malu. “O fiador”, *Piauí*, n. 144, sep. de 2018. Disponible en: <https://piaui.folha.uol.com.br/materia/o-fiador/>.

medios corporativos. Como hemos visto, ese movimiento fue recibido con simpatía por el capital, que apostó a destrabar la agenda que le interesa. ¿Podría la “revolución invertida”, ansiada por el bolsonarismo, dar lugar a una especie de “lulismo invertido”?

Esclarezcamos en qué sentido se habla aquí de inversión. El intento de consolidar una alianza entre “mercado” y “excluidos” ya estaba planteada en los gobiernos del PT, pero en aquel momento fue racionalizada como parte de un proyecto de construcción nacional, bajo la égida del neodesarrollismo. Sin embargo, como se analizó anteriormente, la construcción sólo podía ser un simulacro, ya que, a pesar de las intenciones de sus líderes, el progresismo posible en los marcos del movimiento desocializador en curso estaba destinado a una gestión de la crisis, por medio de políticas de “contención aceleracionista”. Ese simulacro cayó con Bolsonaro, que asumió el desmoronamiento de la ciudadanía salarial y la subordinación a los Estados Unidos. Sin embargo, ante el agravamiento de la crisis en medio a la pandemia, el gobierno que encarna la “aceleración excluyente” recurrió a prácticas de “contención inclusiva”, potenciando programas de ingreso condicionado que fueron la vedette social del lulismo. Resulta evidente que el bolsonarismo no es el contrario del lulismo (en el sentido de contradictorio), sino su opuesto. O su “inverso”: así como “contención” implica “aceleración”, “aceleración” exige “contención”.

No obstante, para consolidar el “lulismo invertido”, se presentaron dificultades de diversa naturaleza. La principal de estas fue la intransigencia del ministro

de Economía en relación con la disciplina fiscal, que sería comprometida con la perpetuación de un ingreso mínimo en el nivel instituido en 2020, lo que llevó el gobierno a reducirlo al año siguiente.² Corresponde aclarar que ni el mercado financiero ni el ministro Paulo Guedes tienen una oposición de principio respecto de las políticas de ingreso mínimo, siempre y cuando no comprometan el techo de gastos establecido con Temer. Se alienta la idea de financiarlas intensificando privatizaciones y el recorte de gastos en servicios y en cargos públicos.³ Conciliar el fundamentalismo neoliberal con un programa sólido y amplio de ingreso mínimo universal sería la piedra filosofal para un gobierno que no puede prescindir del aval de las finanzas y del gran capital.

Independientemente del resultado inmediato del episodio, se hizo evidente que la política que más enorgullecó al lulismo podría servir para estabilizar el bolsonarismo en el poder. Si aceptamos como un hecho de la realidad la degradación de los servicios públicos y la escasez de empleos, tiene sentido

2 En 2021, el presupuesto atribuido al programa fue casi ocho veces menor: pasó de R\$ 322,8 mil millones (4,3 por ciento del PIB en 2020) a R\$ 42,6 mil millones (0,6 por ciento del PIB en 2021).

3 Tomazelli, Idiana. “Gobierno discute uso de privatizaciones para financiar programa de ingreso básico”, *O Estado de S. Paulo*, 3 jun. 2021. Disponible en: <https://economia.estadao.com.br/noticias/general,gobierno-discute-uso-de-privatizacoes-para-bancar-programa-de-renda-basica,70003735614>.

favorecer el acceso inmediato al dinero para muchos de los desposeídos, más allá del modo en que esa política es financiada. Hipotéticamente, las puertas están abiertas para una unión entre la razón neoliberal de los de arriba y las necesidades inmediatas de los de abajo, sea quien fuera el presidente que bendiga esa comunión.

En ese momento, así como ocurrió con el PT en el pasado, Bolsonaro vio su juego político limitado por el poder supraparlamentario del capital, que impuso el veto de la austeridad. Sin embargo, las idas y vueltas del gobierno, que intentaba moderar la ideología en favor del pragmatismo mientras mitigaba la pobreza con dinero vivo, sugerían que aceleración y contención eran movimientos opuestos, pero no contradictorios, de la dinámica social en marcha. A lo largo de la pandemia, la alucinada aceleración bolsonarista abultó los clamores de freno y contención, mientras la derrota electoral de Trump, a fines de 2020, privó al gobierno brasileño de su retaguardia internacional más importante. Los vientos parecían propicios para que Dr. Jekyll, el médico, volviera en sí, dominando, una vez más, la monstruosidad de Mr. Hyde.

Pero ¿cuáles son las condiciones de esta contención, ahora que la monstruosidad abandonó las sombras y circula abiertamente, como un fenómeno diseminado en la vida nacional? ¿A qué normalidad se ambiciona volver? Más aún: ¿es posible que la enfermedad brasileña haya desarrollado resistencias contra los remedios y los tratamientos disponibles?

Los límites de la contención: de la “hegemonía al revés” a su revés

Cuando el debate nacional se limita a diferentes estrategias de contención de la disolución social, esto es indicativo de que una metamorfosis está en curso en la propia política. La reducción del horizonte de expectativas descrita por Paulo Arantes (2014) corresponde a un estrechamiento del campo de la política, es decir, del alcance de aquello que se cuestiona y se considera posible cambiar. Con frecuencia, esa dimensión esencial del problema se ve opacada, incluso desde un punto de vista de izquierda. Justamente porque la enfermedad brasileña es aguda, se argumenta que es impertinente criticar las políticas que apuntan a aliviar sus síntomas. Al fin y al cabo, no parece sensato, sobre todo en los tiempos que corren, criticar a los médicos y sus remedios. No obstante, lo que a menudo se oculta por detrás de ese moralismo político es una postura que reprime los males congénitos del organismo social, en la esperanza de vender falsos remedios.

Por supuesto, es mejor que las personas tengan ingresos y vacunas. Resulta una obviedad admitir que es preferible un gobierno que contenga la pandemia a uno que la acelere. La cuestión es que cuando la política se reduce a la dualidad entre contención y aceleración, y los remedios aparecen como un tómallo o déjalo, se bloquea la reflexión sobre el metabolismo social que provoca la enfermedad. La totalidad social queda suprimida, y la enfermedad se reduce a sus síntomas. En ese marco, en que la

contención de daños se establece como un fin en sí, el diagnóstico de la enfermedad y su tratamiento son mistificados –podemos decir edulcorados–. Pero, sobre todo, las complejas interacciones que generan anticuerpos y efectos colaterales en el cuerpo social pasan a ser ignoradas, como efecto del propio tratamiento. El problema de fondo puede ser abordado a partir de las reflexiones tardías de Celso Furtado, autor insospechado de radicalismo y cuya trayectoria se confunde con la propia idea de un proyecto de desarrollo nacional. En el inicio de los años 1990, Furtado ya observaba que “los cambios estructurales fueron de tal orden que la visión keynesiana, fundada en la observación de sistemas nacionales con amplia autonomía de decisión en el plano internacional, se tornó totalmente obsoleta” (Furtado, 1987, p. 130). En consecuencia, el economista paraibano infiere que, en Brasil, “el proceso de formación del Estado Nacional se interrumpe precozmente, esto es, cuando todavía no se ha realizado la homogeneización en los niveles de productividad y en las técnicas productivas que caracterizan las regiones desarrolladas”, lo que señala “tensiones interregionales, una exacerbación de las rivalidades corporativas, todo apuntando a inviabilizar el país como proyecto nacional” (Furtado, 1992, p. 24).

Esos pasajes enuncian el siguiente problema: la “construcción interrumpida” no significa una especie de *stand by*, una pausa a la espera de reanudar la construcción de la nación. Puesto que lo que está en marcha es un proceso acumulativo de deconstrucción, descrito por Furtado como intensificación

de “fuerzas centrífugas” frente a la “desarticulación del espacio económico nacional” (Vieira, en prensa). Más que el fin de la política como esfera en la cual se disputa y se articula un futuro nacional compartido, lo que se constata es una dinámica que agrava los problemas ya planteados por la frustración de la construcción nacional. Ante el creciente desnivel en relación con los estándares globales de competencia, en Brasil se refuerzan formas de acumulación capitalista que exigen dosis aún mayores de desigualdad y exclusión.

Esa dinámica, a su vez, vuelve a instaurar el problema de la contención y de sus límites. ¿Cómo integrar e incluir a personas en una lógica económica que engendra mayor desintegración y nuevas exclusiones? ¿Qué tipo de remedio puede hacer frente a un proceso endógeno de generación de “fuerzas centrífugas”? ¿No estaría el propio remedio reforzando, de forma involuntaria, el agravamiento de la enfermedad?

Examinemos más de cerca el argumento. Conforme ya indicamos, el éxito temporal de las gestiones petistas no puede ser subestimado, pero debe ser entendido en su fuerza y vulnerabilidad. Es plausible argumentar que la era petista, con sus tecnologías de gestión social y expansión del consumo, tuvo un significado impactante, que, a primera vista, podría ser confundido con una ruptura histórica. Mientras André Singer (2012) evocó el *New Deal* estadounidense del periodo de entreguerras, un observador agudo y bien informado como Perry Anderson (2019 [2020]), sugirió que el país vivió,

bajo el petismo, una “transformación cercana a una revolución social”.⁴

La ilusión tiene puntos de apoyo en la realidad que deben ser contextualizados. Porque lo que las políticas de contención de la era petista remediaron fue el diagnóstico adelantado en 1996 por el presidente Fernando Henrique Cardoso: “Cuarenta millones de personas son inintegrables en el actual modelo económico”,⁵ lo que exigía políticas volcadas a la integración de los excluidos. De cierta manera, Lula realizó el programa anunciado pero no cumplido por su predecesor, lo que dio lugar al lema que acompañó los gobiernos petistas hasta 2011: “Brasil, un país de todos”. Más aún, el lulismo parecía consumir la promesa frustrada de la Nueva República enunciada desde el gobierno de Sarney (1985-1990), sintetizada en otro lema: “Todo por lo social”, que planteaba, a su manera, la marginalización social como problema clave del período que se iniciaba.

En resumen, si durante los gobiernos del PT muchos brasileños se alimentaron mejor y compraban más, mientras aumentaba la participación de negros y pobres en las universidades, estos son hechos relevantes, que sustentan la popularidad del lulismo aún

4 Una reseña crítica del libro de Anderson puede ser leída en Santos, Fabio Luis Barbosa dos. “La parábola de Anderson”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, v. 36, n. 106, 2021.

5 Freire, Vinicius Torre. “FHC exclusivo”, *Folha de S.Paulo*, 13 de oct. de 1996. Disponible en: <https://www1.folha.uol.com.br/fsp/1996/10/13/males!/5.html>.

hoy. Pero es precisamente en este punto que reside la paradoja que terminó desencadenando la inversión que estamos analizando. En un país donde la dinámica económica y social implicaba la disolución del mundo del trabajo y la pérdida de referencias colectivas y nacionales —es decir, en una sociedad en que el neoliberalismo y la individualización ya eran la norma cotidiana—, el éxito de la era petista fue producir una forma de gestión que corroboraba ese estado de cosas y, al mismo tiempo, lo democratizaba. Al reducir la exclusión social, se creó la expectativa de que el juego de la competencia pudiese favorecer a los de abajo. Irónicamente, fue a un partido que llegó al poder contra el neoliberalismo de las presidencias tucanas al que le tocó llevar adelante, de forma eficiente e inclusiva, la utopía neoliberal: parecía que, finalmente, serían integradas las mayorías que vivían, en gran medida, al margen de los circuitos de producción y consumo. La paradoja de esta inclusión es que la sociabilidad neoliberal está asentada en una dinámica de competencia que produce, justamente, su opuesto, o sea, la exclusión.

El neoliberalismo inclusivo fue la marca de la era petista, aunque nunca asumida como tal. Al contrario, el éxito provisorio de esta inclusión fue confundido por algunos con la superación del neoliberalismo (Sader, 2010), o incluso identificado con un proceso de refundación nacional. Se evocó un nuevo impulso desarrollista como ideología de un proyecto nacional que, supuestamente, se afirmaba contra el neoliberalismo. Más que la retórica neodesarrollista, el neologismo “social-desarrollismo”, creado por

el exministro de Economía Guido Mantega, traía la ambigüedad de la situación: las políticas sociales en curso daban el contenido real de un desarrollismo que nunca despegó (Feldmann, 2020).

Es en esa ambigüedad que se configuró una “hegemonía al revés”, expresión acuñada por Francisco de Oliveira (2015b) para sugerir que la idea gramsciana de hegemonía se realizaba de forma anómala en el país, en correspondencia con una estructura socioeconómica también anómala. Anticipada en el auge del lulismo, la idea de una hegemonía al revés es útil para delinear el movimiento ideológico que analizamos y su desenlace político lógico. Oliveira aludía a una situación en la que la dinámica capitalista determinaba la dirección real del país, como siempre. Pero, al mismo tiempo, un presidente metalúrgico que representaba un partido de los trabajadores instauraba la cuestión social en el centro del debate público, asumiendo una especie de “dirección moral” de la sociedad. Parecía plausible suponer que los de abajo finalmente serían contemplados.

Sin embargo, esa hegemonía era frágil, aunque limitada a un plano ético-moral. Esto porque la bandera social, encarnada en valores como ciudadanía e inclusión en el juego de la competencia, tenía pies de barro. Su base material se asentaba en un momento económico internacional privilegiado, que pasó. Al desatarse la crisis, quedó claro que la naturaleza débil y dependiente de la reproducción económica en Brasil implica un movimiento acumulativo de “fuerzas centrífugas”, que aceleran la

deconstrucción. Esas fuerzas echaron por tierra las mejores intenciones de quienes proponían y ejecutaban políticas de contención de la desagregación social, dejando al desnudo el abismo entre aquello que se preconizaba como el ideal ético-nacional de un “país de todos” y la aceleración objetiva de una sociabilidad excluyente. Quedó claro que el límite de ese neoliberalismo inclusivo estaba en la imposibilidad de “hacer sociedad”, como se prometía. Al reivindicar la construcción nacional cuando la dinámica social desemboca en la dirección contraria, la ideología petista se transmutó en una carnada. Una vez que la ilusión nacional se desarmó, era inevitable que la elección ético-moral por lo “social” y por la “ciudadanía” sonara como una cínica distorsión de la realidad.

Cuando la verdad de una sociedad falsa salió a la luz, los pilares de la contención celosamente administrada por los gobiernos del PT aparecieron como una mentira. El ideario de “Brasil, un país de todos” era desmentido por la inexistencia de un buen lugar para todos. En vez del *fair play* ciudadano e inclusivo, el juego de la competencia por la vida pasaría a ser expresado como una batalla abierta y frontal. Cuando surgió el lema bolsonarista “Brasil por encima de todo, Dios por encima de todos”, el cambio fundamental lo señalaba la expresión “por encima de”. Las grandezas evocadas, “Brasil” y “Dios”, misticizan una dinámica social que debe imponerse, por sobre las personas. “Por encima” indica verticalidad, pero, principalmente, indica lo que es absoluto: lo que está dado no cambiará, quien debe cambiar son

las personas. En otro formato, se reeditó el espíritu de la frase repetida por el dictador Medici, “Brasil, ámelo o déjelo”, que se replica en estas palabras de Bolsonaro: “Quien no acepte mis banderas –familia, Dios, Brasil, armamento, libertad de expresión, libre mercado– está en el gobierno equivocado”.⁶ En vez de ser el lulismo el que reordena la madeja de la construcción interrumpida, fue el bolsonarismo el que unió los extremos, haciendo una conexión directa con los cables pelados de la deconstrucción nacional. Y la Nueva República entró en cortocircuito.

En síntesis, podemos decir que los gobiernos petistas ofrecieron la máxima Nueva República posible, en los marcos de la dinámica histórica en la que estuvo inscrita. Cuando quedó claro que la reconstrucción de la nación era un simulacro, el tratamiento social que anunciaba la integración ciudadana también se disipó: la inclusión neoliberal perdió eficacia. La fecha de caducidad del remedio era junio de 2013. En aquel momento, el modo lulista de regulación del conflicto social hizo agua, pero, más importante aún, fue el propio horizonte asociado a la Nueva República que llegó a su techo. De allí en adelante, la defenestración del petismo fue solo una dimensión de la frustración con esa promesa incumplida, una frustración que también abarcó a los tucanos. Pero

6 “Escuche y lea en la totalidad la reunión ministerial de Bolsonaro liberada por el STF”, *Brasil de Fato*, 22 de mayo de 2020. Disponible en: <https://www.brasildefato.com.br/2020/05/22/ouca-e-leia-na-integra-a-reuniao-ministerial-de-bolsonaro-liberada-pelo-stf>.

más allá de los partidos, los valores asociados a la Nueva República se desmoralizaron, resultando en un desplazamiento de la “hegemonía moral” de la sociedad. Lo que vino luego solo podría ser su negación, invirtiendo la “hegemonía al revés”.

Con esto, muchas más cosas quedaron al revés. El agotamiento de la “dirección moral” petista –que tenía como fundamento el rescate de la cuestión social– fue el telón de fondo en el que prosperó el fuego cruzado de la operación Lava Jato.⁷ La ética cambió de partido, mientras que lo social salió de escena. Su lugar fue ocupado por la corrupción: sintomáticamente, un estandarte negativo. La nueva dirección moral que se anunciaba ejercitó sus músculos en la guerra declarada por el piso superior contra el PT, que generó las condiciones para la hostilidad o la indiferencia del piso inferior. Así, se abrió el camino para que la destitución de Rousseff y la asunción de Temer en 2016, además del golpe preventivo contra Lula en 2018, se llevaran a cabo sin resistencia, en nombre de la moral y de la patria. En las elecciones que se sucedieron, había un clima social que volvía vergonzoso votar al PT, pero no al apologista de la dictadura. El primero era discreto; el segundo, exaltado. Los monstruos no solo salieron del armario, sino que asumieron el timón moral de la sociedad.

7 Esa es una diferencia crucial en relación con el contexto del “mensalão” (2005): en un momento en que las políticas sociales estaban dando sus frutos y la hegemonía ideológica petista estaba en ascenso en el primer gobierno de Lula, las denuncias de corrupción tuvieron efectos limitados.

La nueva moral puso en marcha un proceso de desmoralización generalizado, en que resurgieron otros atavismos brasileños, comenzando por las élites. Es en esa dirección que Alex Hochuli actualiza la noción de “mundo sin culpa”, elaborada por Antônio Cândido en su texto “Dialéctica del malandraje”, de 1970:

Este “mundo sin culpa” –un mundo sin dramas morales, sin convicciones o remordimientos– es nuestro mundo posmoderno escrito a gran escala. La nueva élite global está enteramente *désembourgeoisée*; no hay reglas fijas e inflexibles, todo está en negociación. La moral es, a lo sumo, una cuestión individual, subjetiva, si no fuera un motivo de vergüenza; hoy en día, la élite prefiere las confesiones vacías de la ética corporativa, no los pronunciamientos morales. La moralidad no es más la piedra fundamental de la autoridad paterna y social. La élite posmoderna no se siente responsable. Ella no internalizó la ley y, por lo tanto, no siente culpa.⁸

Más que actualizar la idea de Cândido, Hochuli sugiere que esa moralidad peculiar, marcada por la ausencia de culpa, está internacionalizándose.

8 Hochuli, Alex. “The Brazilianization of the World”, *American Affairs*, v. V, n. 2, 2021. Disponible en: <https://americanaffairs-journal.org/2021/05/the-brazilianization-of-the-world/?fbclid=IwAR1A5H3H6LboVEJgmBy2lr8KZTXR3U5D2alMqi9-1OgvXO-QSBHAXXiZHne4#notes>.

La ausencia de nexos morales, diagnosticada por Caio Prado Jr. desde el origen colonial y que se perpetúa en la falta de cualquier compromiso de las élites con el entorno social, corrobora la idea de que Brasil es el país del futuro, pero de forma invertida –una hipótesis ya enunciada por Paulo Arantes (2004) en su reflexión sobre una “fractura brasileña del mundo”–.

Es cierto que el capítulo brasileño del “mundo sin culpa” no se suspendió durante los gobiernos de la Nueva República. Al contrario, la expoliación y las privatizaciones, la depredación y la corrupción atravesaron el período. Pero lo que hasta entonces estuvo reprimido salió a la superficie de modo patente en el gobierno de Bolsonaro, en el cual se descartaron los formalismos y la cordialidad del republicanismo burgués. El gobierno del príncipe de los sociólogos también dejó pasar mucho “ganado” y privatizó mucha “mierda”, pero siempre con modales.

Sin embargo, como los formalismos y la cordialidad son inseparables de la secular hipocresía burguesa, esa brutalización puede ser percibida por muchos como franqueza, lo que también es cierto. Si comprendemos a los Bolsonaros de este mundo como un síntoma más que como una causa, veremos que ellos son la cara fea pero real de la crisis de la sociabilidad burguesa, que también es la crisis de su hipocresía. Por eso, un presidente que naturaliza la mentira y el negacionismo puede aparecer como auténtico, ya que él se presenta como lo opuesto de la cordialidad –o sea, como el reverso de una sublimación social de la agresividad, que exige dosis cada

vez mayores de falsedad para permanecer de pie—. Bolsonaro es la cara fea de la política en un mundo en que las mediaciones entre cultura y barbarie se desdibujan. Él no es lo opuesto de esta cultura, sino su producto, superficialmente rebelde. En Brasil, esa brutalización del piso superior corroe la fina capa de civilidad que aún queda. Pero, por sobre todo, manda un “Salve” a la nación, autorizando la quema general.

¿Cómo queda la “dialéctica del malandrage” cuando la ausencia de nexos morales deja de ser un problema para tornarse una razón de Estado? La sociabilidad miliciana emerge como la contraparte natural de la brutalización burguesa: la expoliación, como norma económica en el piso superior, corresponde a la extorsión como orden social en el piso inferior. Sin embargo, lo que antes aparecía como mundos aparte que no se comunicaban —como en el antiguo dualismo estructural cepalino— revela su naturaleza simbiótica y mutuamente condicionada en el gobierno del excapitán. De repente, una versión gigante de un “gato”⁹ nacional salió a la luz, exponiendo múltiples cables pelados que ligan las milicias al Estado y a los negocios. El poder miliciano emerge como una parte informal del Estado; una especie de policía sin control, pero que tiene lazos muy estrechos con la policía oficial, sobre la que tampoco se tiene mucho control.

9 En Brasil, las conexiones de luz clandestinas realizadas en los postes de la red pública reciben la denominación de “gato”. En las zonas periféricas, es habitual ver decenas de cables ilegales, que se unen peligrosamente a la red legal.

Nuevamente, el gobierno de Bolsonaro no creó esa realidad, pero trajo a la superficie lo que se encontraba en las entrañas. Desvió los focos hacia lo que estaba en la penumbra: aquello que parecía solapado tomó el escenario de Brasilia. Se produjo un shock de realidad: muchos brasileños se dieron cuenta de que el cristianismo conservador tenía un proyecto de sociedad y que el poder miliciano tenía un proyecto político.¹⁰ Ante ellos, el excapitán se empuqueña: Bolsonaro emerge como poco más que una contingencia, no pasa de la punta del iceberg, de un cráter visible de las placas tectónicas que se mueven en Brasil y en América Latina.

Sin embargo, muchos no ven las cosas de esta manera, o no quieren verlas. Para aquellos que quisieran devolver el monstruo a las sombras, pero no ven vida fuera de la austeridad fiscal, lo ideal sería un ultraneoliberalismo con educación en la mesa, un papel para el cual no faltan candidatos, sino votos. Sin embargo, a contramano de la insignificancia objetiva del personaje, la personalización del debate político, alimentada por detractores y defensores del presidente, lo elevó a la condición de superhéroe: ¿podrá el “mito”¹¹ ser derrotado por mortales? ¿Habrás algún as bajo la manga para, eventualmente, frenar la vertiginosa aceleración bolsonarista?

10 La presión por restablecer el voto impreso es parte de los mecanismos que la política miliciano pretende volver a instituir, para la fiscalización y el control del voto en sus bases territoriales.

11 Los defensores de Bolsonaro se refieren a él como el “mito”.

Vuelta al escenario

Alejado de la disputa presidencial de 2018 por procesos judiciales notoriamente persecutorios, conducidos por el juez de Curitiba Sergio Moro, quien se tornaría luego ministro de Justicia del gobierno de Bolsonaro, el expresidente Lula vio sus derechos políticos restituidos tres años después. En ese momento, los efectos criminales de la política federal se sentían en todas las esferas de la existencia, de la economía a la salud mental, y nadie veía la luz al final del túnel de la pandemia. Atravesado por millones de corazones que experimentaban un duelo invisibilizado en medio de la indiferencia calculada, el país estaba sumido en el dolor, sin ninguna perspectiva de alivio.

En ese contexto, la vuelta del líder petista al juego político trajo una ráfaga de esperanza. Como el alcoholímetro de Brasilia se mostraba inservible para impugnar al chofer que conducía la nación sin freno rumbo al precipicio, la posibilidad de cambiar de conductor en la próxima ronda sonó reconfortante. Al mismo tiempo, la expectativa de la revancha electoral redujo la urgencia de detener la sangría desatada en Brasilia. Bolsonaro ganó un rival, pero desde ese momento se fortalecieron las perspectivas de concluir su mandato, lo que no deja de ser una normalización.

Sin embargo, la restitución de los derechos políticos de Lula, ciertamente justa, no resultó de hechos judiciales nuevos. Por un lado, el ministro del Supremo Tribunal Federal, Edson Fachin, decidió, de modo monocrático (es decir, sin consultar a sus pares), la incompetencia de la 13ª Cámara de Curitiba

para juzgar a un expresidente de la República. Posteriormente, la decisión fue refrendada por el tribunal. El día siguiente a la decisión de Fachin, el ministro Gilmar Mendes pautó un segundo recurso de la defensa de Lula, alegando la parcialidad del juez Sergio Moro. Este ministro –que ya en 2018 había pedido ver la causa– votó en favor de la defensa, posición endosada de inmediato por el ministro Ricardo Lewandowski. Luego, el ministro Kassio Marques, nombrado por el gobierno de Bolsonaro, votó contra el expresidente. Entonces, la jueza Carmen Lúcia cambió su voto dado años atrás, el cual fue decisivo para la prisión de Lula. Moro fue declarado parcial, y los derechos políticos del expresidente fueron restituidos.

La pregunta sigue siendo: ¿por qué el ministro Fachin no tomó esa decisión tres años antes, si Lula ya era expresidente y Curitiba ya estaba en Curitiba? O más aún: ¿por qué Gilmar Mendes decidió su voto esa misma semana, después de haber cajoneado el recurso de *habeas corpus* de la defensa por tres años? ¿Por qué Carmen Lúcia repentinamente cambió su voto si tampoco existían nuevos hechos? Es cierto que el sitio de internet *Intercept* reveló materiales que comprometen de modo irrefutable la imparcialidad del exjuez Moro. Pero tales revelaciones circularon más de un año antes y, de todos modos, no hubieran podido ser utilizadas como prueba debido al modo en que fueron obtenidas.

Nos encontramos con una situación en la que antiguos enemigos acérrimos del expresidente –que poco tiempo atrás habían conspirado

para “exiliarlo”– saludaron su retorno al juego político. Era como si todo no fuese más que un gran malentendido resuelto finalmente por el bien del país. Periodistas que hicieron carrera defenestrando el PT recibieron con los brazos abiertos el retorno del excriminal, ahora evocado como un verdadero estadista. Hasta Bolsonaro se vio forzado a moderar algunas de sus posturas más humillantes, luciendo mascarilla en ciertas apariciones, lo que alimentó la percepción de que el excapitán, finalmente, sería contenido en sus extremos. Algunos sectores de la política y de la prensa expresaron un alivio compartido por muchos ciudadanos, incluso entre quienes no integran el electorado de Lula, pero comparten la esperanza de que se levante una barrera para frenar la devastación en curso y, quién sabe, restaurar una normalidad, sea la que fuera.

De repente, el escenario parecía otro. Hasta el vicepresidente, el general Mourão, ponderó que “el pueblo es soberano, y si desea la vuelta de Lula, paciencia”.¹² Sin embargo, esa vuelta no fue producida por ninguna presión popular ni resultó de revelaciones jurídicas. Ante los hechos, se infiere que la rehabilitación de Lula correspondió a un movimiento en el piso superior de la sociedad brasileña, en respuesta a la aceleración del colapso del

12 Uribe, Gustavo; Colon, Leandro. “‘O povo é soberano, se quiser a volta de Lula, paciência. Acho difícil’, diz Mourão”, *Folha de S. Paulo*, 10 de mar. de 2021. Disponible en: <https://www1.folha.uol.com.br/poder/2021/03/o-povo-e-soberano-se-quiser-a-volta-de-lula-paciencia-acho-dificil-diz-mourao.shtml>.

país. André Singer, autor de la racionalización más elegante del conservadurismo petista en el poder, sostuvo de modo indirecto esta hipótesis: “¿Tal vez, con la rehabilitación del lulismo, los aqueos derroten a Troya, habrá pensado el juez? En el caso de la tragedia brasileña, guste o no el pasado de Lula, a la izquierda o a la derecha, el rol que le fue conferido ahora es el de salvar la democracia”.¹³ Esta lectura contiene un diagnóstico y un programa que endosan la espiral corrosiva que venimos describiendo: serán necesarios frentes cada vez más amplios para defender cada vez menos al país.

Evidentemente, no se trata de un movimiento unido y unívoco. Sobre todo, porque la deconstrucción del país también afecta a la clase dominante, desdoblándose en una especie de “crisis de dirección”. El Club Militar emitió un comunicado que condenaba la decisión del STF, lo que era de esperar. Entre los voceros del mercado, resonó el discurso de que la polarización entre Bolsonaro y Lula es mala para el país. Su ideal sería una tercera vía que impulsara la agenda del primero, con el carisma pop del segundo.

En cualquier caso, lo que se trasluce es que la razón de fondo de la vuelta de Lula al juego político se vincula con movimientos de la clase dominante

13 Singer, André. “Lula – O retorno do ostracismo”, *Revista IHU On-Line*, São Leopoldo, Instituto Humanitas Unisinos, 16 de mar. de 2021. Disponible en: <http://www.ihu.unisinos.br/78-noticias/607539-lula-o-retorno-do-ostracismo-articulo-de-andre-singer>.

en vista de contener la aceleración bolsonarista. Esto no quiere decir que el líder petista volverá a la presidencia, ya que el futuro político del país se encuentra abierto. Pero indica que la contención lulista volvió al abanico de las alternativas inmediatas. Consciente de su papel, Lula no tardó en reunirse con José Sarney y sellar un pacto por la democracia con Fernando Henrique Cardoso, a la vez que coqueteaba con sectores del “centrão”: la resurrección de la Nueva República no podría ser puesta en escena de forma más literal.

Independientemente de las tramas del juego partidario, la contención al bolsonarismo que se plantea revela su orientación restauracionista, en búsqueda de una normalidad perdida, identificada con un pasado relativamente idealizado. Visto desde esa perspectiva, es posible decir que el progresismo cambió de dirección, ya que apunta al pasado en vez del futuro, y esa reorientación constituye una novedad, ya que la contención en sí no lo es. En realidad, la aceleración capitalista siempre demandó alguna contención, materializada en intentos de racionalización institucional, en nombre de la supervivencia del propio orden de la competencia.

En un plano más general, la contención corresponde a una contradicción constitutiva de la modernidad burguesa, ya indicada por Horkheimer (1982, p. 14): “Una de las causas de la moralidad burguesa se sitúa en la necesidad de restringir el principio de competencia, justo en la época dominada por tal principio”. En otras palabras, el principio de la competencia que gobierna la totalidad del capital

precisa ser limitado para que el todo social sea capaz de reproducirse a sí mismo. Se vuelve necesario regular el juego, para que el “clima de negocios” y la acumulación prosperen.

Traslademos esta dinámica al Brasil actual: si el bolsonarismo lleva la naturaleza autofágica de la sociabilidad burguesa al paroxismo, inviabilizando la propia constitución de una sociedad, cabe a esa misma burguesía contener tal dinámica y salvar a la sociedad. Parafraseando a Keynes —quien afirmaba que era necesario salvar el capitalismo de los capitalistas—, en Brasil se trata de salvar a la sociedad burguesa de su propia corrosión.

Pero precisamente en el caso brasileño se revela que la dinámica aceleración-contención no es una mera alternancia de fases distintas, que se reduce a un eterno retorno entre polos opuestos. Es crucial comprender el sentido cualitativo del movimiento, ya que el contenido de lo que se acelera, así como de aquello que se pretende contener, está siempre cambiando. Se trata, como sugerimos, de una dinámica acumulativa, que resulta en una espiral de degradación social hacia la barbarie. Ante una aceleración creciente, en una senda en picada, es cada vez más difícil para el progresismo frenar y poner la marcha atrás.

Más allá de la obviedad de que la Tierra gira y el mundo cambia, la orientación restauradora del progresismo está a contramano del movimiento de la historia. Décadas de neoliberalización erosionaron las condiciones materiales que daban sustento a la ciudadanía salarial como horizonte societario,

convirtiendo a un partido de los trabajadores –concebido a la manera del PT– en algo anacrónico. De ahí la centralidad del “lulismo” como fenómeno carismático, más que como política de clase (Ab’Sáber, 2011). Por otro lado, las formas políticas como el bolsonarismo son dinamizadas por la desocialización autofágica ininterrumpida. El futuro de este presente no pertenece a los médicos, sino a los monstruos.

La retroalimentación de esta dinámica puede ser ilustrada por el sesgo de la seguridad pública. Mientras surgía la Nueva República, las periferias urbanas de São Paulo experimentaron un escenario de guerra civil, y explotaron los índices de homicidios. En respuesta, el poder público fortaleció las policías con nuevos efectivos y equipamientos, al mismo tiempo que la tasa de encarcelamiento se multiplicó. A su vez, la situación escabrosa de las prisiones fermentó el caldo de cultivo en que el PCC se fue afirmando como una organización capaz de ordenar los conflictos entre presidiarios, al posicionarse en forma paralela como interlocutor legítimo ante las autoridades penitenciarias. De las prisiones a las favelas, el PCC se tornó una referencia de orden y moral. A su modo, la organización disciplinó la violencia e impartió justicia. Y muchos hermanos ganaron dinero en el camino (Feltran, 2018).

Uno de los resultados de este orden fue la reducción sustantiva de los índices de homicidios en el estado de São Paulo, lo que a su vez proporcionó argumentos para reforzar las políticas de seguridad pública en marcha: las policías continuaron

creciendo y armándose, pero también el PCC. La policía se vio impulsada por presupuestos públicos cada vez mayores, pero muchos policías ganaron dinero, de modo metódico y rutinario, en los mercados ilegales en expansión; y con ellos se expandía también el PCC. La degradación del mundo del trabajo, por un lado, y el encarcelamiento en masa, por otro, vierten agua en el molino de la organización, que se refiere a la prisión como su “Universidad”.

A diferencia de las milicias en Río de Janeiro, en las cuales prevalecen relaciones simbióticas entre policía y criminales, la ética del PCC limita esta aproximación. Así, si en Río de Janeiro la incursión policial en una favela puede ser motivada por la intención miliciana de desalojar a un competidor –digamos, del Comando Vermelho–. Cuando el PCC se levantó en São Paulo en 2006, murieron cincuenta y nueve agentes de seguridad pública, pero la respuesta policial se cobró más de quinientas vidas.

A pesar de las particularidades regionales, el denominador común nacional es que las policías se fortalecen, pero los ladrones también. Y las fricciones entre esos mundos producen más violencia: la violencia genera violencia. Por lo tanto, la complementariedad entre los polos de la violencia no se traduce en unidad. Al contrario, se forman cuadros que responden a visiones de mundo diferentes y, muchas veces, conflictivas, aunque las tensiones sean acomodadas, aquí y allí, por la hábil mediación del equivalente universal: el dinero.

Mientras, en otras partes del mundo, la noción de que la desocialización neoliberal que conduce

a la guerra civil tiene un sentido figurado –o toma como referencia la dicotomía Estado y ciudadanía, o represión e insurgencia–, en Brasil la guerra potencial está planteada literalmente. Y en ella, nadie tiene claridad para diferenciar los buenos y los malos en medio de una ciudadanía que se retrae o se arma.

En un país como el nuestro, la violencia latente del neoliberalismo llega a los hechos. Más aún: en la medida en que la propia dinámica de la reproducción social produce policías y ladrones a escala masiva, movilizandolos recursos económicos y represivos cada vez mayores, esos actores adquieren relevancia social y económica, pero también política. A la manera de países como México y Colombia, se configura en Brasil una especie de bloque político armado capitaneado por la policía, en el que también se hermanan las Fuerzas Armadas y la seguridad privada, en torno a una visión de mundo convergente. Cada uno de estos actores maneja cuantiosos recursos económicos, dialoga con una necesidad social concreta y, por supuesto, cuenta con miles de militantes armados que pueden ser movilizados por una causa, que difícilmente será republicana. Esta es una segunda diferencia en relación con los países centrales: aquí, el bloque armado tiende a autonomizarse con relación a los gobiernos, al involucrarse en diferentes dimensiones de la economía política de la barbarie.

En el otro polo, el mundo del delito también es penetrante. Así, la tendencia es recrear en el plano político las dinámicas de oposición complementaria que policías y ladrones protagonizan en el día a día:

expresiones como “narcoestado” o “parapolítica”, que circulan en países como México, Colombia y Honduras, aluden a este fenómeno. Pero, en el caso brasileño, el bloque armado tiene un proyecto de sociedad. Paradójicamente, las policías se perciben como la última barrera que separa el país de la barbarie, lo que justifica su demanda de autonomía, los presupuestos que movilizan y los asesinatos que perpetrar. Así como sucede con el cristianismo conservador, con el que tiene afinidades electivas, el proyecto societario policial concibe el poder estatal solo como un medio: el fin es defender a la sociedad.¹⁴

Bolsonaro llevó al gobierno ese proyecto político, que defiende la sociedad destruyéndola. La desocialización agrava la inseguridad, que a su vez refuerza la policía como política. Si Mao Tse-Tung pensó el pueblo como aguas en las que la guerrilla nadaría como un pez, la corrosión del tejido social es el mar en el que policías y ladrones navegan. A su vez, la guerra latente reproduce y profundiza el miedo, el odio y la indiferencia, propulsando la politización del resentimiento social operada por el bolsonarismo —que no creó esa dinámica ni sus actores, pero que se alimenta de ella, al tiempo que la refuerza—.

En ese escenario, ¿cómo hacer una nación? Hace cien años, el “Manifiesto antropófago” modernista

14 Feltran, Gabriel. “Policía e política: o regime de poder hoje liderado por Bolsonaro”, *Novos Estudos Cebrap*, 27 de jun. de 2021. Disponible en: <http://novosestudos.com.br/policia-e-politica-o-regimen-de-poder-hoje-liderado-por-bolsonaro/>.

celebraba diferentes matrices culturales como una riqueza potencial para forjar la nación: “Solo la antropofagia nos une. Socialmente. Económicamente. Filosóficamente”.¹⁵ En la actualidad, la reproducción social experimentada como una batalla por la supervivencia engendra universos culturales hostiles entre sí. En este Brasil del sálvese quien pueda y de todos contra todos, ¿habrá fusión creativa posible? ¿O la antropofagia se habrá metamorfoseado en autofagia? Ya no está claro si la antropofagia nos une, pero lo cierto es que la autofagia nos desune. Social, económica y filosóficamente.

La misma cuestión puede ser abordada a través de otro prisma. En 1959, Antônio Cândido publicó una obra en la que pensaba la formación nacional desde la perspectiva de la literatura (Cândido, 1993). El horizonte de su reflexión, que no precisaba ser enunciado, es que Brasil se tornaría una nación letrada y, más aún, que los brasileños compartirían referencias culturales comunes, incluso literarias. ¿Qué pensar de estas premisas más de medio siglo después, cuando el país se encuentra atravesado por policías y ladrones, unos creyentes y otros no? ¿O por negras feministas que dijeron, con sus cuerpos, “él no” [Ele não],¹⁶ mientras los *Faria Limers*¹⁷

15 Publicado en 1928, el “Manifiesto antropófago” escrito por Oswald de Andrade da un marco al modernismo brasileño al problematizar la dependencia cultural del país.

16 “Ele não” fue una campaña contra Bolsonaro durante la campaña presidencial.

17 Denominación dada por un artículo de tapa de la revista *Veja*

ponderaron, con el bolsillo, que “él sí”? ¿Será posible forjar una nación a partir de universos simbólicos y lealtades tan dispares? ¿O sería más realista reposicionar la problemática de la formación nacional para encarar, desde diferentes ángulos, la deformación nacional?

Sea como fuera, dos cosas están claras. En primer lugar, a pesar de los próximos resultados electorales, la corrosión del tejido social brasileño, que compromete la fina capa de civilidad que separa el país de la barbarie, se continuará profundizando. En segundo lugar, el Brasil de hoy es diferente de aquel en el que Lula ganó las elecciones presidenciales por primera vez hace veinte años. Y resulta difícil argumentar que la diferencia es para mejor. Así, cabe preguntarse: si el principal triunfo de la versión brasileña del progresismo es la capacidad de conciliación, ¿cuál es el pacto posible en este escenario? ¿Y cuál es la dosis necesaria del remedio para que la contención surta algún efecto?

Lula afirma que nunca hizo concesiones políticas, sino acuerdos: “Si Jesús viniese aquí, y Judas tuviese votos en un partido cualquiera, Jesús tendría que llamar a Judas para hacer una coalición”. No se puede saber si, algún día, Lula reencarnará al Salvador en la presidencia. Pero cualquiera que reivindique este papel debe estar preparado, ya que los Judas serán muchos. Y estarán armados.

São Paulo, de diciembre de 2019, al referirse a jóvenes de alto poder adquisitivo que trabajan en el área de alto nivel de la avenida Faria Lima, en la ciudad de São Paulo.

En busca del maravilloso mundo de los nuevos consensos

En el corto plazo, el sombrío escenario parece ser mitigado por la situación internacional pospandemia. Existe la expectativa de que las políticas de las dos potencias que salen fortalecidas de este contexto, Estados Unidos y China, ampliarán el margen de maniobra de Brasil para lidiar con la dimensión económica de la crisis.¹⁸ Por un lado, el multimillonario Plan Biden volvería a situar en el horizonte la expansión fiscal keynesiana, ligada al anhelo de un nuevo *New Deal*, con la pretensión de reanudar los lazos sociales sueltos tras el mandato de Trump. Por otro lado, la mera existencia de China sugiere un orden mundial menos asimétrico que favorece el poder de negociación de países como Brasil. Además de ese aspecto geopolítico, las prácticas de planeamiento e intervención del Estado chino, asociadas a un proyecto nacional, podrían inspirar un nuevo ensayo desarrollista.

18 Esta esperanza de supuestos vientos favorables provenientes tanto de China como de Estados Unidos se verifica en declaraciones recientes de Lula. Ver la entrevista de Lula concedida al Servicio Público de Radiodifusión (PBS) de los EE. UU. el 13 de mayo de 2021. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=GLqmM-tMAHs>; y “Lula elogía Partido Comunista Chino: ‘Paleses deberiam aprender’”, *Poder 360*, 28 de jun. de 2021. Disponible en: <https://www.poder360.com.br/brasil/lula-elogia-partido-comunista-chin-paleses-deberiam-aprender/>.

No detallaremos las perspectivas inmediatas de la economía global, pero efectivamente es posible algún nivel de recuperación de corto plazo, impulsado por estas potencias. Sin embargo, desde el punto de vista de nuestro análisis, conviene problematizar los hipotéticos beneficios para Brasil. En primer lugar, estos enfoques de corto plazo no consideran la dinámica estructural del capital en crisis, que aumenta disparidades y refuerza las jerarquías internacionales vigentes. En esa realidad, el poder de recuperación de las dos potencias está ligado a la debilidad relativa de países como Brasil.

En el caso de los Estados Unidos, la capacidad de implementar políticas macroeconómicas expansivas es indisociable del estatuto del dólar como moneda-reserva global y de la posición privilegiada de los títulos de este país como último puerto seguro en medio de la inestabilidad inherente a la financierización. Ese privilegio de los Estados Unidos es el que hace posible los déficits públicos y comerciales inconcebibles para otros países. La contrapartida de la centralidad del dólar es el papel que otras monedas, como el real brasileño, tienen en los mercados globales. No se trata solo de monedas “débiles”, sino sobre todo especulativas, cuya demanda depende de evaluaciones de corto plazo (Carneiro & De Conti, 2020). Frente a esta arquitectura financiera global, la expectativa de que un cambio de mando en Brasilia devuelva la libertad a la política macroeconómica, viabilizando políticas sustantivas de asistencia social, es poco realista.

Además, el autoproclamado “Nuevo Consenso de Washington”, supuestamente distante del consenso

original de los años 1990, implica importantes contradicciones para América Latina. Si suben los intereses estadounidenses –movimiento que en 2021 ya se insinuaba en las tasas a largo plazo– toda una miríada de negocios que solo prosperan en función del endeudamiento barato puede quebrar, según la proyección del Fondo Monetario Internacional.¹⁹ Como contramovimiento, se reforzaría la suba de los intereses en Brasil, que ya se está esbozando. En suma, a pesar del éxito o no de este “Nuevo Consenso de Washington”, los condicionantes estructurales que atrofian la política económica se mantendrán. Es cierto que la austeridad radical que caracteriza al gobierno de Bolsonaro puede ser atenuada. Solo un nuevo *boom* de los *commodities* atraería cuantiosos flujos de capitales externos, pero esa película ya se ha visto: sus efectos son temporales, mientras que los impases estructurales de la economía brasileña se agravan.

Problemas análogos pero distintos se instauran con relación al llamado “Consenso de Pekín”. Los halagos del progresismo al “modelo chino” como último refugio del desarrollismo corresponden a una sintomática incapacidad de demostrar que ese “modelo” favorecería un nuevo estándar de inserción externa, o transformaciones sustanciales en la

19 Fondo Monetario Internacional. “Un puente a la recuperación: informe sobre la estabilidad financiera mundial”, abr. de 2021. Disponible en: <https://www.imf.org/pt/Publications/GFSR/Issues/2021/04/06/global-financial-stability-report-april-2021>.

dinámica del capitalismo brasileño. Dejando de lado la incompatibilidad del régimen chino con cualquier horizonte emancipatorio, esa evocación abstrae las condiciones históricas específicas del “milagro chino” y, sobre todo, erosiona la naturaleza de las relaciones económicas entre estos países, la cual es objetivamente opuesta a los anhelos de industrialización y soberanía emulados por sus admiradores brasileños: una balanza comercial que deja a la vista la creciente reprimarización de Brasil; la intensificación de los mecanismos de acumulación por desposesión, incluso por medio de concesiones y privatizaciones en beneficio de capitales chinos y la aceleración del desguace industrial ante la competencia china.²⁰ Precisamente por el hecho de que el espacio global para la acumulación es cada vez más exiguo y salvaje, creer que China abdicará de su posición de fuerza económica en favor de una especie de colaboración benigna con Brasil carece de

20 Los vetustos industriales brasileños tienen posiciones más realista que la izquierda sinófila. En marzo de 2021, cuando las tarifas para la importación de bienes de capital y otros productos fueron reducidas por el ministro Paulo Guedes, la Confederación Nacional de la Indústria (CNI) protestó contra esa medida que, a sus ojos, tendría un único beneficiario: la China “comunista” y, supuestamente, bastión de la oposición mundial al neoliberalismo. Ver: SIMANO, Edna. “Corte de imposto de importação favorece China, aponta CNI”, *Valor Econômico*, 29 de mar. de 2021. Disponible en: <https://valor.globo.com/brasil/noticia/2021/03/29/corte-de-imposto-de-importacao-favorece-china-aponta-cni.ghml>.

racionalidad. El ascenso chino, lejos de abrir nuevas ventanas de oportunidad para Brasil, estrecha aún más el campo para la expansión del capitalismo brasileño, que ya era extremadamente limitado antes del “milagro chino”, ante la competencia desigual con los países ricos.

En síntesis, la naturaleza de los nexos de la economía brasileña con el capitalismo estadounidense y con el capitalismo chino expone dos caras diferentes de la imposibilidad de reanudar la acumulación expandida en un contexto de crisis estructural del capital, comprometiendo cualquier proyecto de desarrollo nacional en el capitalismo periférico. La financierización que pasa por Washington y el extractivismo que culmina en Pekín reactualizan la nación como un mero negocio en el siglo XXI. Las expectativas depositadas en la política estadounidense y la emulación del régimen chino tienden más a la admiración contemplativa que a posibilidades efectivas de modificación de los condicionantes estructurales de la economía brasileña. Porque lo que parece ser la fuerza del admirable mundo de los nuevos consensos está umbilicalmente ligado a nuestras debilidades de siempre.

Disenso irreductible

Paradójicamente, la emulación de nuevos consensos externos de dudosa eficacia corresponde a una situación de disenso irreductible en el interior de la sociedad. Años de bolsonarismo en el poder dan voz y voto a un conjunto de actores y procesos de

disolución social que salen de los márgenes y se tornan dominantes en función de la naturaleza acumulativa de la deconstrucción nacional. Lo que parecía una anomalía se potencia y se normaliza.

El drama no se resume a constatar que los remedios de la contención tienden a perder eficacia, o a producir efectos opuestos a los deseados. La cuestión es que la metástasis bolsonarista modifica la propia dinámica de la enfermedad brasileña, como se desprende del análisis precedente sobre seguridad pública y criminalidad. La aceleración deja de ser un proceso inconsciente y espontáneo de desborde del resentimiento social para constituir una nueva forma de política, para la cual no faltan cuadros ni aparatos ideológicos. Su base social es una mezcla heterogénea que incluye pobres y ricos, católicos y evangélicos, empresarios y emprendedores, policías y milicias, Fuerzas Armadas y financistas, y que converge en torno a un nuevo espíritu del tiempo, opuesto al que encarnó la Nueva República. Lejos del diálogo y de la persuasión como método preferencial para sellar una unión nacional en torno a ciertos valores fundamentales, aunque idealizados, esa nueva fuerza social extrae su cohesión justamente del repudio de cualquier tentativa de pacto y consenso. La dinámica de la aceleración deja de ser contingente y pasa a ser socialmente deseada.

A contramano de esto, el desprendimiento entre la promesa y la realidad de la política de la contención tiende a drenar el dinamismo de esta alternativa, tornándola una forma de política desenergizada. Esa política tiende a perder eficacia en sus propios

términos, porque se degradaron las condiciones materiales e institucionales para el pacto lulista. Al perder conexión con la realidad, el lulismo corre el riesgo de transformarse en una apuesta salvífica —la esperanza de que el líder vuelva triunfante antes del juicio final para evitar el apocalipsis, *pathos* exaltado en estas palabras del reconocido líder del Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra (MST), João Pedro Stédile: “Lula debe ser nuestro Moisés, convencer al pueblo de cruzar el Mar Rojo. No hay otro personaje que pueda cumplir este rol”.²¹

En este contexto, el argumento de que hay un consenso antibolsonarista en la sociedad brasileña, expresado, por ejemplo, en la campaña “somos el 70 por ciento”, diluye el carácter heterogéneo de esta mayoría. Pero, sobre todo, oculta la imposibilidad de galvanizar esa energía social, convirtiendo el rechazo en fuerza política objetiva. No se puede esperar potencia de un progresismo que milita por la conservación social o por la restauración de un pasado idealizado. En una realidad en la que los vientos de la historia enardecen a la extrema derecha global, se constata en Brasil que los molinos satánicos encarnados por el bolsonarismo ya se robustecieron y crearon fortalezas en el tejido social. Con o sin Bolsonaro, hay un impulso propagador de esta forma política que no será dirimido por la

21 “Stédile: Lula foi escolhido pelo povo para explicar o que está acontecendo no país”, *Brasil 247*, 15 de nov. de 2019. Disponible en: <https://www.brasil247.com/brasil/stedile-lula-foi-escolhido-pelo-povo-para-explicar-o-que-esta-acontecendo-no-pales>.

invocación de un pasado que se derrumbó por sus propias contradicciones.

Un capítulo de esas contradicciones no resueltas se refiere al estatuto presente y futuro del mundo del trabajo. La tendencia al aumento de la informalidad es agravada por la creciente indistinción entre trabajo informal y las formas precarizadas y desreglamentadas del trabajo formal. Incluso en los Estados Unidos se impone la percepción de que los estímulos gubernamentales y programas de transferencia de ingreso pueden reanimar el consumo y aliviar la pobreza, pero no revertirán el desmantelamiento de la sociedad salarial.²² La misma constatación se observa en Europa Occidental, antigua fortaleza del trabajo reglamentado.

Si la normalidad esperada para la pospandemia en el corazón del capitalismo mundial es el retorno de un engranaje social que produce, en escala creciente, lo que David Graeber (2018) llamó *shit jobs* y desempleo, ¿cómo evaluar en Brasil las promesas de Lula el 1° de mayo de 2021: “Nosotros ya probamos que existe otra manera de gobernar, que es posible garantizar a cada trabajador y a cada trabajadora un salario digno, la seguridad de la libreta de trabajo firmada [...]. Es necesario creer que Brasil puede volver a ser un país de todos.”²³ ¿Podrá realmente volver a serlo?

22 Roberts, Michael. “The Year of the Pandemic”, *Michael Roberts Blog*, 11 de mar. de 2021. Disponible en: <https://thenextrecession.wordpress.com/2021/03/11/the-year-of-the-pandemic/>.

23 Rosa, Rosely; Muniz, Marize. “Trabajadores, lutar siempre e

Queremos esclarecer nuestro punto. Una cosa es la defensa impostergable de los medios de vida y de los derechos básicos para aquellos que, en esta sociedad, viven de su trabajo. Otra cosa, muy diferente, es pintar la restauración utópica de una sociedad salarial que, en Brasil, nunca se consolidó en el pasado y ciertamente no está planteada como futuro. Esa promesa irrealizable no es una impostura. Es sintomática de una falta de ideas que revela la imposibilidad objetiva de trascender las referencias originales que animaron los haceres y los sueños de ese partido trabajador brasileño. Tal imposibilidad corrobora el impase civilizatorio de nuestros tiempos, revelando una impotencia simétrica en la izquierda y en la derecha para imaginar horizontes civilizatorios que trasciendan el paradigma del progreso y, en ese marco, repensar el lugar del trabajo.²⁴

Si, en los albores del capitalismo, la izquierda y la derecha se hermanaban en el culto al trabajo, se observa un fenómeno comparable en la actualidad, pero con

desistir jamais', afirma Lula no 1º de mayo unificado", CUT, 1º de mayo de 2021. Disponible en: <https://www.cut.org.br/noticias/trabajadores-lutar-siempre-e-desistir-jamales-diz-lula-no-1-de-mayo-unificado-b94f>.

24 Nos referimos al trabajo como actividad indisociable de las relaciones coercitivas en el mundo contemporáneo y cuyo motor fundamental es el miedo a la exclusión, en sus dimensiones material y psíquica. La restitución de sentido al trabajo de las mayorías importa transformaciones sociales de tal envergadura que ese hacer social se tornaría irreconocible en la forma en que se experimenta el trabajo en la actualidad.

diferencias cruciales. En el pasado, la izquierda arrancaba conquistas en nombre de un proletariado colectivamente organizado, cuyo poder político correspondía a su centralidad objetiva en la producción social de la riqueza. El culto al trabajo estaba basado en una promesa emancipatoria. En el presente, el trabajo organizado perdió centralidad en la producción y en la política. En este contexto, la incapacidad de la izquierda, todavía referida al paradigma del progreso, para imaginar formas sociales que superen el trabajo como un fin en sí tiene su costo. Se abren brechas para que el culto al trabajo emerja como una bandera de la extrema derecha, en su forma abiertamente sacrificial y autofágica.

El mismo 1° de mayo de 2021 en que Lula prometió la restauración de la ciudadanía salarial, la derecha se manifestó en defensa de la libre realización de todas las actividades económicas, y en contra de las medidas de aislamiento social adoptadas por estados y municipios en la pandemia. Aunque poco numerosas, esas movilizaciones revelan una derecha que salió a las calles en una fecha históricamente reivindicada por la izquierda, también en defensa del trabajo. Sin embargo, lejos de la ciudadanía salarial, esta reivindicación es resignificada como la libertad de luchar por la supervivencia en una sociedad autofágica. En consonancia con la posición del presidente, la defensa del confinamiento es retratada como una postura elitista, de quien tiene el privilegio de no necesitar matar un león por día para poder comer.²⁵

25 En palabras de Bolsonaro: “Actividad esencial es toda aquella que es necesaria para que un trabajador lleve el pan a su

Evidentemente, hay mucha hipocresía entre quien posa en defensa de los trabajadores, pero apoya un gobierno que acelera la pandemia y que redujo sustancialmente el auxilio de emergencia en 2021. Pero la fractura expuesta en las calles es real: pocos creen que el futuro pueda ser redimido en el espejismo de un mundo del trabajo protegido, armónico y valorizado. La incredulidad no es resultado de una minoría bolsonarista o de empresarios inescrupulosos, sino que refleja la vivencia concreta de millones de personas que no ven opción fuera del “rebusque”, de la economía de plataforma y de otras formas de trabajo, formales o informales, legales o ilegales. En suma, pocos tienen fe en la promesa de inmunización contra la salvajada.

Resulta evidente que la aceleración sistémica engendradora por el capital alcanzó al mundo del trabajo: se corre cada vez más rápido “para mantener la posición en la escalera mecánica descendente”.²⁶ En esa rotación ininterrumpida e interminable, los individuos son convocados a enfrentarse como

casa” (Soares, Ingrid. “Atividade essencial é toda aquela necessária para um trabalhador levar o pão para casa”, *Correio Bre aziliense*, 4 de mar. de 2021. Disponible en: <https://www.correiobraziliense.com.br/politica/2021/03/4910181-atividade-essencial-e-toda-aquela-necessaria-para-um-trabalhador-levar-o-pao-para-casa.htm>).

26 Böttcher, Herbert. “Alguma coisa segue seu curso, ou: O apito final que ninguém quer ouvir”, trad., Boaventura Antunes, *Exit!*, nov. de 2018. Disponible en: http://www.obeco-online.org/herbert_bottcher3.htm.

“capitales humanos”, al mismo tiempo que se intensifica la precarización y la vigilancia, sembrando el terreno en el que se cultiva el conflicto entre los que viven del trabajo. En otras palabras, la subjetividad autofágica tiene una objetividad concreta. En la ausencia de alternativas críticas a esa sociabilidad y a sus presupuestos, se difunde la sensación de que peor que estar en guerra es cualquier intento de privar a los combatientes de las armas de las que disponen. O incluso prometer un mundo del trabajo ornamentado de derechos y protecciones sociales cuando esto es cada vez menos posible para cada vez más personas. Pintar color de rosa lo que es negro sobre blanco.

El petismo promete que la escalera mecánica volverá a subir para todos, como si el mecanismo social descendente pudiera invertirse apretando los botones correctos: es una cuestión de técnica de gobierno. El modo petista de gobernar corresponde a un método para construir gobernabilidad. Contra la política del disenso irreductible, el petismo propone un pacto social, siempre reductible. La división se enfrenta con unión; el conflicto, con diálogo y la aceleración, con contención.

Sin embargo, esa oposición enmascara una unidad. La defensa transversal del trabajo como un derecho –en vez de repensar su lugar ante la automatización de las fuerzas productivas– sugiere que ambos polos comparten una gramática civilizatoria común: el valor como principio totalizante de las relaciones sociales, que instituye una sociabilidad presidida por la competencia, engendrando una dinámica de

desocialización autofágica que se puede modular, pero no invertir. En definitiva, estamos frente a diferentes formas políticas de impotencia para desafiar esa dinámica social. En la medida en que la izquierda disputa la hegemonía sin cuestionar el engranaje que produce el movimiento descendente –el principio societario que ordena esa totalidad–, revela una impotencia opuesta al bolsionarismo. La política petista está en la negación de la desocialización neoliberal, mientras que el bolsionarismo positiviza esa dinámica. La primera promete políticas estatales de inmunización ante la autofagia, mientras que la promesa del segundo es armar a los individuos para vivirla.

Frente a la impotencia de un lado y de otro para generar cambios, el contenido de la disputa política se vacía. Los problemas estructurales ni siquiera son evocados, mientras que el debate es trasladado al plano de los valores, tal vez el único terreno posible de cambio cuando los principios ordenadores de esta sociabilidad no se cuestionan. Paradójicamente, como una especie de compensación simbólica para simular el cambio donde no está planteado, el enfrentamiento de las impotencias se presenta como una disputa entre superhéroes –o entre los mitos y el mesías–. La política se presenta como espectáculo, mientras la realidad adquiere contornos de ficción.

Entre la ficción y el espectáculo

Entre médicos y monstruos, entre contenciones y aceleraciones se procesa una dialéctica negativa cuyo sentido se acerca trágicamente a la ficción

imaginada por Stevenson. Con esto no afirmamos que un desenlace monstruoso sea inexorable, pero sí que el país avanza en esa dirección. Para modificar ese curso, es necesario, en primer lugar, un diagnóstico realista de la enfermedad social. No es posible resolver los problemas de la realidad con una comprensión superficial de su dinámica, así como no es posible curar un cáncer con aspirinas –aunque pueda aliviarse provisoriamente alguno de sus síntomas–.

Nuestro análisis muestra que las tentativas de controlar y regular la dinámica económica y social en curso son impotentes ante el agravamiento continuo de la triple crisis del capital, del Estado y del trabajo. La autonomía y la integración deseadas se revelan ficticias ante la profundización de la heteronomía autofágica. Lo que parecía un progreso económico resulta ser una regresión de la estructura productiva; los empresarios que parecían socios de un proyecto desarrollista dan lugar a la depredación del “mundo sin culpa”; los intentos de afirmar un mundo del trabajo civilizado dan lugar a antagonismos irreconciliables en el estrecho embudo de la competencia, y así sucesivamente.

A pesar de las intenciones, el progresismo confirma la ficción de que las raíces del impase brasileño no están en la propia dinámica planteada por la reproducción social, sino en supuestos desvíos que, una vez rectificadas, permitirán a la sanidad y a la salud dirimir la locura y la enfermedad. Como Dr. Jekyll, se cree en el poder de la razón para domar al monstruo, sin que se tenga en cuenta la

monstruosidad latente en la propia razón que se pretende afirmar. La monstruosidad que Dr. Jekyll liberó es constitutiva de la razón a la cual sirve como médico y que atiende con el nombre de progreso. Así como Mr. Hyde se desarrolló a raíz de la repetición de la fórmula, la enfermedad brasileña también evoluciona con la reiteración de las formas de reproducción económica y social vigentes, aunque bajo el gobierno de la medicina progresista.

El desajuste entre el agravamiento de la enfermedad y la ineficacia del remedio es compatible con diferentes reacciones ideológicas en circulación. La ortodoxia imperante insiste en resolver los problemas del neoliberalismo con más neoliberalismo, delineando un ciclo infinito de austeridad autoinmune a las críticas, ya que a estas siempre se responden con la prescripción de más reformas neoliberales. En el polo opuesto, el progresismo está siempre a la espera de una correlación de fuerzas favorable al cambio. Mientras tanto, se justifican ciclos infinitos de pragmatismo programático, junto con las alianzas electorales de siempre, empujando toda alternativa crítica a este presente hacia un futuro que nunca llega.

Otra expresión del mismo impase es la propuesta de derrotar a la extrema derecha en su campo, esto es, en la guerra cultural. El desafío reside en movilizar emociones y valores para rescatar de la manipulación bolsonarista el “verdadero proyecto popular y nacional”. Por eso, la exhortación al carisma de Lula, evocado como el único capaz de derrotar el diabólico Mesías, en una retórica de tonos mesiánicos cuya

versión laica se expresa en el lenguaje de un “populismo de izquierda renovado”.²⁷ Ciertamente, no se trata de que el plano de los valores y el de la cultura deban ser descartados como menores y subordinados a los dictámenes de la economía. Pero, justamente, cuando la cultura se torna por excelencia la forma de la disputa política, es porque la propia política se redujo a un gran espectáculo. Ese teatro simbólico, que concentra las atenciones de la izquierda y de la derecha, expresa la impotencia de uno y de otro para alterar el metabolismo social.

Este mundo en el que el espectáculo da forma a lo real, o en el que la realidad es presentada como espectáculo, está en sintonía con una sociabilidad mediada por imágenes, un fenómeno potenciado por las redes sociales y que alcanzó su apogeo durante la pandemia de covid-19. Esa dimensión visual

27 Un ejemplo de esta postura: “El populismo democrático, ese antídoto capaz de derrotar a Bolsonaro, debe inspirarse en Getúlio. Debe incorporar valores y vocabulario cristianos, sin dejar de lado la ética republicana. Debe articular nuevas identidades y nuevas demandas sociales, sin dejar de lado las antiguas. Debe brotar de todos los fragilizados victimizados por los fuertes [...]. Pero, por sobre todo, para ser el líder del Populismo de los Últimos y el antídoto contrarrevolucionario contra Bolsonaro, a imagen y semejanza de Getúlio, Lula debería retornar ‘no como líder de partidos, sino como líder de masas’”. Lago, Miguel. “Batalhadores do Brasil’... Só a reencarnação de Getúlio Vargas pode derrotar Bolsonaro”, *Piauí*, n. 176, mayo de 2021. Disponible en: <https://piaui.folha.uol.com.br/materia/batalhadores-do-brasil/>.

de la sociabilidad que invade la política corresponde a una dinámica en la que la propia reproducción económica está asentada en una lógica ficticia, que mal disfraza la falta de substancia de ese ordenamiento social, en todos los sentidos.

Podemos decir que esa política está en sintonía con lo que se tornó el capitalismo en nuestros tiempos: un sistema que sobrevive a base de crecientes inyecciones de capital ficticio, necesarias para mantener en movimiento un engranaje de reproducción social truncada y que, por eso mismo, se lleva a cabo de maneras cada vez más violentas, elevando a niveles inéditos el fetichismo que impregna la vida social. En definitiva: son las formas de la política en el mundo en las que se explicita el carácter del capital como “ilusión real”. ¿No sería el desvelamiento de todas esas ilusiones el punto de partida para recuperar un pensamiento y una práctica que sean transformadores?

Reflexiones finales. En busca de un futuro

La política progresista de contención de la crisis estructural que atraviesa la reproducción de la vida en las sociedades latinoamericanas en el siglo XXI se reveló impotente para revertir una dinámica de desocialización autofágica que la antecede y la envuelve. Al contrario, hemos visto que, a pesar de las intenciones de los gobernantes, las formas de esta contención la aceleran. En ese cuadro, el futuro de la contención progresista demandará frentes cada vez más amplios para defender cada vez menos conquistas, al mismo tiempo que las condiciones materiales e institucionales de esta política tienden a deteriorarse, tornándola progresivamente menos viable y eficaz.

Las disputas electorales en Ecuador y en Perú en 2021 sugieren que el propio tiempo del progresismo puede estar pasando, como forma política de la expectativa de cambio. En el primer caso, la fisura en el progresismo abrió espacio a una candidatura en defensa de la naturaleza, mientras, en el segundo, los sentires populares fueron cautivados por un *outsider*, desplazando el lugar de la izquierda convencional. Estos signos de los tiempos no significan ningún determinismo, ya que hay países en los que la forma progresista aún condensa esperanzas —ya sea porque nunca llegó, como en Colombia; ya sea porque nunca termina de irse, como en Brasil—.

En cualquier caso, el sentido del movimiento de la historia indica un agravamiento de la crisis, que

cuestiona las formas convencionales de la política, a la izquierda y a la derecha. En la vía inversa de esta espiral acumulativa hacia la barbarie, la tendencia es que las rebeliones se multipliquen, expresando la inconformidad y la revuelta con una dinámica social que el progresismo solo sustituye. En otras palabras, lo contrario a la forma política que el bolsonarismo encarna no es el progresismo, sino la rebelión.

Esta relación de oposición no contradictoria entre el progresismo y el bolsonarismo evidencia una situación contraria a lo que podría intuirse: durante la pandemia, estallaron rebeliones en países en los que el progresismo no había llegado a la presidencia a comienzos del siglo XXI (en Colombia, Perú y Chile) y también en el que este proceso había sido más débil (Paraguay). No obstante esta constatación no implica ninguna correlación necesaria, porque una cosa (rebelión en la pandemia) no depende necesariamente de la otra (vitalidad del progresismo), y los flujos de la rebeldía durante la pandemia evidencian una relación antitética entre progresismo y rebelión: donde el progresismo está más vivo como forma política, se encienden aún más velas en el altar electoral, y menos chances hay de que las calles estallen. Más que una esperanza política, el progresismo se convirtió en una *política de la espera*. O dicho de otro modo: en su relación antitética con el desorden, se confirma la identificación del progresismo con el orden. En lo negativo de la rebeldía, esa política se revela como una forma del orden: para ella, el orden es progreso, y viceversa. De ahí la tendencia de las rebeliones a englobar el progresismo

como objetivo, en vez de identificarlo con la salvación: aunque junio de 2013 no haya sido una revuelta contra el PT, también lo incluyó, mientras que los rebeldes chilenos eligieron a muchos constituyentes frenteamplistas, pero en menor número que a los independientes. Las indignaciones que toman las calles no tienen partido ni ideología, ya que encarnan contradicciones que atraviesan las vidas que se rebelan. Por lo tanto, no se puede esperar una correlación mecánica entre rebelión y votos para la izquierda, ya que el malestar contra el orden puede expresarse en otros lenguajes —ya sea en el caballo de Pedro Castillo, ya sea en el gesto de “pistola en mano” de Bolsonaro—. Parte del drama de nuestro tiempo es que, en un mundo de expectativas decrecientes, aprendemos que también es posible odiar lo existente en nombre de algo peor.¹

El gran desafío de una rebelión como la chilena, y de otras de nuestros tiempos, es cómo transformar ese “gran rechazo” en un devenir alternativo. Auguste Comte ya sostenía que no se destruye efectivamente aquello que se sustituye. Canalizar el cambio rebelde por la forma de una nueva Constitución o de una nueva candidatura demuestra la falta de imaginación colectiva de nuestros tiempos. Una nueva Constitución o un nuevo presidente solo sustituye la dominación con otros colores. Al disociar la economía y la política, el sistema del capital puede

1 Jappe, Anselm. “La Violence, mais pour quoi faire?”, *Palim Psao*, 2009. Disponible en: <http://www.palim-psao.fr/article-34399246.html>.

darse el lujo de avalar la disputa política, siempre y cuando no se cuestione el principio societario que organiza el sistema, es decir, el propio capital. Por ello, sin atacar al sistema del capital como una totalidad, cuando se vacían las calles y se apagan las luces de la Constituyente, se restablecen las rutinas: todas y todos vuelven a ser deglutidos por su metabolismo social, convertido en una máquina de producir miedo, odio e indiferencia.

Las rebeliones no son una solución, sino una premisa necesaria para salir del impase. Son, ante todo, una señal de salud, ya que los cuerpos en las calles cargan subjetividades que encontraron brechas para romper con la anestesia imperante y pueden movilizarse por el cambio. La forma *rebelión* contiene una potencia emancipatoria, porque deriva de un sentimiento insoportable, y lo insoportable empuja hacia lo imposible y lo prohibido: nuestros sueños no caben en sus urnas, ni nuestras pesadillas, ni nuestros muertos, como afirman los zapatistas.

Al mismo tiempo, se constata que el resentimiento social puede ser politizado para intensificar la autofagia, como ocurrió en Brasil. El desafío de hacer de la rebeldía emancipación puede ser sintetizado en una línea: ¿cómo dar un futuro a la rabia contra una existencia insoportable?

No se trata de un problema teórico o práctico, sino de todo junto y mezclado. La rebelión desafía las formas del progresismo, ya que no tiene proyecto ni programa. También desafía su tiempo, ya que la rebelión es la política del ahora.

¿Pero cómo hacer surgir la creación de esta potencia destructora? ¿Cómo dar formas diferentes de las progresistas a una rebeldía que contradice aquellas formas? ¿Cómo liberar los haceres y pensares de las formas del orden, que incluyen el progresismo? ¿Cómo restituir la unidad entre la política y la economía, desmontando el valor como principio totalizador de la vida social? Cuando, finalmente, *se vayan todos*, ¿qué instituir al día siguiente?

En resumidas cuentas, ¿cómo puede la rebelión parir un futuro? Este es el desafío de la política emancipatoria que rechaza el mal menor, en América Latina y en el mundo.

Bibliografia

Ab'sáber, Tales. *Lulismo: carisma pop e cultura anticrítica*. São Paulo: Hedra, 2011.

Anders, Günther. *Le Temps de la fin*. París: L'Herne, 2007.

Anderson, Perry. *Brazil Apart (1964-2019)*. Nueva York: Verso, 2019. [Ed. bras.: *Brasil à parte*. Trad. Alexandre Barbosa de Souza, Bruno Costa, Fernando Pureza, Jayme da Costa Pinto e SatBhagat Rogério Bettoni. São Paulo: Boitempo, 2020.]

Arantes, Paulo Eduardo. “A fratura brasileira do mundo”. En: *Zero à esquerda*. São Paulo: Conrad, 2004.

Arantes, Paulo Eduardo. *O novo tempo do mundo e outros estudos sobre a era da emergência*. São Paulo: Boitempo, 2014.

Arantes, Paulo Eduardo. *Formação e desconstrução: uma visita ao Museu da Ideologia Francesa*. São Paulo: Editora 34, 2021.

Bacevich, Andrew. *Washington Rules*. Nueva York: Metropolitan Books, 2010.

Braga, Ruy; Santos, Fabio Luis Barbosa dos. “Elective Affinities in Bolsonaro’s Brazil: Neoliberalism, Authoritarianism, Evangelism” (en prensa).

Brenner, Robert. *O boom e a bolha: os Estados Unidos na economia mundial*. Trad. Zaida Maldonado. Río de Janeiro: Record, 2003. [Ed. cast.: *La expansión económica y la burbuja bursátil: Estados Unidos y la economía mundial*. Madrid: Akal, 2003.]

Brown, Wendy. *Nas ruínas do neoliberalismo: a ascensão da política antidemocrática no Ocidente*. Trad. Mário Antunes Marino e Eduardo A. Camargo Santos. São Paulo:

Politeia, 2019. [Ed. cast.: *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las política antidemocráticas en Occidente*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2020.]

Cândido, António. *Formação da literatura brasileira: momentos decisivos*. Belo Horizonte: Itatiaia, 1993.

Carneiro, Ricardo; de Conti, Bruno. “Privilégio exorbitante e fardo compulsório (a dupla face do SMI financeirizado)”, Texto para *Discussão, Campinas*, IE-Unicamp, ago. 2020.

Clover, Joshua. *Riot, Strike, Riot: The New Era of Uprisings*. Londres: Verso, 2016.

Dardot, Pierre; Laval, Christian. *La Nouvelle Raison du monde: essai sur la société néolibérale*. Paris: La Découverte, 2010. [Ed. cast.: *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa, 2013.]

Dardot, Pierre et al. *Le Choix de la guerre civil*. Montreal: Lux Éditeur, 2021.

Dessotti, Fabiana Rita; Santos, Fabio Luis Barbosa dos; Franzoni, Marcela (orgs.). *México e os desafios do progressismo tardio*. São Paulo: Elefante, 2019.

Domingos Neto, Manuel. “Fileiras desconhecidas”. En: Martins Filho, João Roberto (org.). *Os militares e a crise brasileira*. São Paulo: Alameda, 2021.

Ellner, Steve (org). *Latin America’s Pink Tide*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, 2019.

Feldmann, Daniel. “A construção simulada: uma interpretação da ideologia do neodesenvolvimentismo no Brasil”. En: Santos, Fabio Luis Barbosa dos; Perruso, Marco Antonio; Oliveira, Marinalva Silva (orgs.). *O pânico como política: o Brasil no imaginário do lulismo em crise*. Rio de Janeiro: Mauad, 2020.

Feltran, Gabriel. *Irmãos: uma história do PCC*. São

Paulo: Companhia das Letras, 2018.

Fernandes, Florestan. *Revolução burguesa no Brasil*. Rio de Janeiro: Zahar, 1974. [Ed. cast.: *La revolución burguesa en Brasil*. México: Siglo XXI, 1978.]

Fernandes, Florestan. *Poder e contrapoder na América Latina*. São Paulo: Expressão Popular, 2015 (1981).

Fernandes, Sabrina. *Sintomas mórbidos: a encruzilhada da esquerda brasileira*. São Paulo: Autonomia Literária, 2019.

Furtado, Celso. *O mito do desenvolvimento econômico*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1974. [Ed. cast.: *El desarrollo económico: un mito*, Siglo XXI, México, 1975.]

Furtado, Celso. *Transformação e crise na economia mundial*. São Paulo: Paz e Terra, 1987. [Ed. cast.: *Economía mundial. Transformación y crisis*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991.]

Furtado, Celso. *Brasil: a construção interrompida*. São Paulo: Paz e Terra, 1992. [Ed. cast.: *Brasil, la construcción interrumpida*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.]

Furtado, Celso. *Subdesenvolvimento com abundância de divisas*. Rio de Janeiro: Contraponto, 2008.

Gaudichaud, Franck; Modonesi, Massimo; Webber, Jeffery. *Fin de partie? Amérique Latine: Les Expériences Progressistes dans l'Impasse*. Paris: Syllepse, 2020. [Ed. cast.: *Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI. Ensayos de interpretación histórica*. México: UNAM, 2019.]

Graeber, David. *Bullshit Jobs: A Theory*. Nueva York: Simon & Schuster, 2018. [Ed. cast.: *Trabajos de mierda. Una teoría*. Barcelona: Ariel, 2018.]

Harvey, David. *O novo imperialismo*. Trad. Adail Sobral y Maria Stela Gonçalves. São Paulo: Loyola, 2010. [Ed. cast.: *El Nuevo Imperialismo*. Madrid: Akal, 2004.]

Horkheimer, Max. "Egoism and the Freedom

Movement: on the Anthropology of the Bourgeois Era”, *Telos: Critical Theory of the Contemporary*, n. 54, 1982, p. 10-60.

Jácome, Francine. “Crisis, seguridad y fuerza armada en Venezuela: Retos en la relación colombo-venezolana”, *Documentos de Política Venezolana*, Bogotá, Universidad del Rosario, n. 11, 13 nov. 2017.

Jappe, Anselm. *La Société autophage: Capitalisme, démesure et autodestruction*. París: La Découverte, 2017. [Ed. cast.: *La sociedad autófaga. Capitalismo, desmesura y autodestrucción*. Logroño: Pepitas de Calabaza, 2019.]

Kehl, Maria Rita. *Ressentimento*. São Paulo: Casa do Psicólogo, 2004.

Klein, Naomi. *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*. Nueva York: Metropolitan Books, 2007. [Ed. cast.: *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires: Paidós, 2008.]

Korybko, Andrew. *Guerras híbridas: das revoluções coloridas aos golpes*. Trad. Thyago Antunes. São Paulo: Expressão Popular, 2018. [Ed. cast.: *Guerras híbridas. Revoluciones de colores y guerra no convencional*. Buenos Aires: Batalla de Ideas, 2019.]

Kurz, Robert. *O colapso da modernização*. Trad. Karen Elsabe Barbosa. São Paulo: Paz e Terra, 1993. [Ed. cast.: *El colapso de la modernización. Del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial*. Buenos Aires: Editorial Marat, 2016.]

Kurz, Robert. *Dinheiro sem valor: linhas gerais para a transformação da crítica da economia política*. Trad. Lumir Nahodil. Lisboa: Antígona, 2014.

Lavinas, Lena; Araújo, Eliane; Gentil, Denise. “Revisiting Financialization Drives in Brazil: The Rise

of Stock Markets”, *Texto para Discussão*, Rio de Janeiro, Instituto de Economia-UFRJ, n. 29, 2020.

Lohoff, Ernst; Trenkle, Norbert. *La Grande Dévalorisation : pourquoi la spéculation et la dette de l'État ne sont pas les causes de la crise*. Fécamp: Post-Éditions, 2014.

Marx, Karl. *O capital: crítica da economia política*. Trad. Regis Barbosa e Flavio R. Kothe. São Paulo: Nova Cultural, 1985. 5 v. (Coleção Os Economistas). [Ed. cast.: *El capital. Crítica de la economía política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, última edición, 2014.]

Mayol, Alberto. *El derrumbe del modelo: la crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*. Santiago: LOM Editorial, 2012.

Menegat, Marildo. *A crítica do capitalismo em tempos de catástrofe*. Rio de Janeiro: Consequência, 2019.

Mercadante, Aloísio. *Brasil: A construção retomada*. São Paulo: Terceiro Nome, 2010.

Mészáros, István. *Beyond Capital: toward a Theory of Transition*. Nueva York: Monthly Review Press, 1999. [Ed. cast.: *Más allá del Capital: Hacia una teoría de la transición*. Caracas: Vadell Hermanos Editores, 2001.]

Mészáros, István. *Actualidad histórica de la ofensiva socialista. Alternativa al parlamentarismo*. Barcelona: El Viejo Topo, 2011.

Neumann, Franz. *Behemoth: the Structure and Practice of National Socialism, 1933-1944*. Chicago: Ivan R. Dee, 2009. [Ed. cast.: *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo, 1933-1944*. Barcelona: Anthropos, 2014.]

Oliveira, Francisco de. “Hegemonia às avessas”. En: Braga, Ruy; Oliveira, Francisco de; Rizek, Cibele Saliba (orgs.). *Hegemonia às avessas: economia, política e cultura na era da servidão financeira*. São Paulo: Boitempo, 2015a.

Oliveira, Francisco de. *Crítica à razão dualista: o ornitorrinco*. São Paulo: Boitempo, 2015b.

Paulani, Leda. *Brasil delivery: servidão financeira e estado de emergência econômico*. São Paulo: Boitempo, 2008.

Polanyi, Karl. “Nossa obsoleta mentalidade de mercado”, *Plataforma Política e Social: Caminhos para o desenvolvimento*, trad. Thomas Conti, [s.f.] [1947]. [Ed. cast.: “Nuestra obsoleta mentalidad de mercado”, *Sociología Histórica*, (3), 2013, 567–583. Recuperado de: <https://revistas.um.es/sh/article/view/189401>]

Polanyi, Karl. *A grande transformação: as origens de nossa época*. Trad. Fanny Wrabel. Rio de Janeiro: Campus, 2000. [Ed. cast.: *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.]

Postone, Moshe. *Tempo, trabalho e dominação social*. Trad. Amilton Reis e Paulo Cezar Castanheira. São Paulo: Boitempo, 2014. [Ed. cast.: *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*, Madrid: Marcial Pons, 2006.]

Prado Jr., Caio. *Formação do Brasil contemporâneo*. São Paulo: Publifolha, 2000 (1942).

Ruíz, Carlos; Boccardo, Giorgio. *Los chilenos bajo el neoliberalismo*. Santiago: Fundación Nodo XXI, 2015.

Sader, Emir. *A nova toupeira: os caminhos da esquerda latino-americana*. São Paulo: Boitempo, 2009. [Ed. cast.: *Los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.]

Sampaio Jr., Plínio. “Os impasses da formação nacional”. En: Fiori, José Luís (org.). *Estados e moedas no desenvolvimento das nações*. Petrópolis: Vozes, 1999.

Santos, Fabio Luis Barbosa dos. *Uma história da onda*

progressista sul-americana (1998-2016). São Paulo: Elefante, 2018.

Santos, Fabio Luis Barbosa dos; Perruso, Marco Antonio; Oliveira, Marinalva Silva (orgs.). *O pânico como política: o Brasil no imaginário do lulismo em crise*. Rio de Janeiro: Mauad, 2020.

Schumpeter, Joseph Alois. *Capitalismo, socialismo e democracia*. Trad. Luis Antonio Oliveira de Araújo. Rio de Janeiro: Zahar, 1979. [Ed. cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona: Orbis, 1983.]

Schwarz, Roberto. “Fim de século”. En: *Sequências brasileiras: ensaios*. São Paulo: Companhia das Letras, 1999.

Singer, André. *Os sentidos do lulismo*. São Paulo: Companhia das Letras, 2012.

Stevenson, Robert Louis. *O médico e o monstro: o estranho caso do Dr. Jekyll e Sr. Hyde*. Trad. Jorio Dauster. São Paulo: Companhia das Letras, 2015. [Ed. cast.: *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Trad. de Elvio E. Gandolfo. Barcelona: Libros del Zorro Rojo, 2010.]

Streck, Wolfgang. *Tempo comprado: a crise adiada do capitalismo democrático*. Coimbra: Actual, 2013. [Ed. cast.: *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Buenos Aires / Madrid: Capital Intelectual / Katz Editores, 2016.]

Sundar, Nandini. *India's Unofficial Emergency* (en prensa).

Viana, Sílvia. “Acabou!”, *Argumentum Debate*, Vitória, Programa de Pós-graduação em Política Social de la Universidad Federal de Espírito Santo, v.11, n. 2, mayo/ago. 2019.

Vieira, Carlos Alberto Cordovano. *60 anos de formação econômica do Brasil: a construção interrompida na crise estrutural do capital* (en prensa).

Otros títulos de Tinta Limón

Serie ch'ixi

Una teoría marxista del valor-trabajo a la luz de la industria petrolera

George Caffentzis

La casa como laboratorio. Finanzas, vivienda y trabajo esencial.

Luci Cavallero y Verónica Gago

Brujas. Caza de brujas y mujeres

Silvia Federici

¿Quién le debe a quién? Ensayos transaccionales de desobediencia financiera

Silvia Federici, Verónica Gago y Luci Cavallero

Una lectura feminista de la deuda. ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos!

Luci Cavallero y Verónica Gago

La Internacional Feminista

VV. AA.

Los límites del capital. Deuda, moenda y lucha de clases

George Caffentzis

Colección Nociones Comunes

Cultura de la red. Información, política y trabajo libre
Tiziana Terranova

Cárcel y exilio. Historia de un comunista II
Antonio Negri

Guerras y capital. Una contrahistoria
Éric Alliez y Maurizio Lazzarato

Sobre la impotencia
Paolo Virno

Teoría de los ensamblajes, y complejidad social
Manuel Delanda

La memoria utópica del Inca Garcilaso. Comunalismo andino y buen gobierno
Alfredo Gómez-Müller

¿Cómo imponer un límite absoluto al capitalismo?
Filosofía política de Deleuze y Guattari
Jun Fujita Hirose

Historia de un comunista
Antonio Negri

Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo
Ulrich Brand y Markus Wissen

Aura latente. Estética/ Ética/ Política/Técnica
Ticio Escobar

*En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las
políticas antidemocráticas en Occidente*
Wendy Brown

*Reencantar el mundo. El feminismo y la política
de los comunes*
Silvia Federici

El umbral. Crónicas y meditaciones
Franco Berardi Bifo

*En letras de sangre y fuego. Trabajo, máquinas y crisis
del capitalismo*
George Caffentzis

*Cine capital. Cómo las imágenes devienen
revolucionarias*
Jun Fujita Hirose

*Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un
presente en crisis*
Silvia Rivera Cusicanqui

Pensar en movimiento

Venezuela crónica. Cómo fue que la historia nos trajo hasta aquí

José Roberto Duque

Laboratorio Favela. Violencia política en Río de Janeiro
Marielle Franco

La sociedad ajustada. Colectivo Juguetes Perdidos
Salud feminista.

Soberanía de los cuerpos, poder y organización
VV.AA.

Incursiones

La acción psicológica. Dictadura, inteligencia y gobierno de las emociones 1955-1981

Julia Risler

La cueva de los sueños. Precariedad, bingos y política.
Andrés Fuentes

¿Quién mató a Cafrune? Crónica de la muerte de la canción militante

Jimena Néspolo

Este título *Brasil autofágica* se
terminó de imprimir el 29 de mayo
de 2022 en Imprenta Dorrego,
Buenos Aires, Argentina